A PUNTO DE SER COLGADO

Marco Antonio Gutiérrez Gutiérrez

Capítulo 1

Marco Gutiérrez

A Punto de Ser Colgado

El colgado

Amordazado y con una soga en el cuello, sabe que, en cualquier instante, su cuerpo penderá de la gruesa rama de aquel gran árbol, al ser arreado el animal. La banda de cien hombres lo acusa de ser enemigo y quiere verlo morir ahorcado. Con las manos atadas hacia atrás, lo único que le queda de agarre, es su pescuezo enrollado dentro de la soga. Aprieta las piernas sobre el costillar del caballo y luego las afloja otra vez; enseguida mueve hacia adelante el hombro derecho y después el izquierdo. Y como si ya estuviera acomodado a su gusto, se queda quieto. En lo que los cien se ponen de acuerdo, él, medita.

__ Inclemente la muerte del señor, asesinado con odio. Ahora es mi turno__

Razona angustiado.

__ ¿Sabrán quién era mi patrón?__

Huyendo de la bola, hace días que se vino a la sierra junto con su señora. Ha andado por veredas y, justo cuando tomó camino principal, fue a dar de frente con ese grupo que lo quiere matar.

Sus ojos se mueven y miran a cada uno de los cien hombres. De entre ellos se desprende el que va a colocarse por detrás del caballo. Con su sombrero de ala ancha y copa muy alta, llega mientras fuma un trocito de cigarro; una nada.

La mujer del colgado

Preocupada, ha mandado llamar a los tres tíos de su marido. Quienes acuden a su llamado, son las mujeres. Turbada, la mujer de uno de ellos le informa.

__ Se enlistaron con los alzados. Salieron ayer en la tarde__

Con cierta aflicción ella le responde.

__Mi marido, sus sobrino, fue a conseguir noticias y no ha regresado. Ya

dilató de más__

Y les dice a todas.

__ Hace tres horas que debió estar aquí y nada que llega__

Pensativa, quizá analiza el rumbo que vio que tomó, y no encuentra nada que le permita suponer lo sucedido. A su vez las tres mujeres, no se separan; la observan y voltean a mirarse a cada momento, como si estuvieran a la defensiva, como esperando algo de improviso. Con la atención de las tres, de repente reacciona y les hace saber, que para hacer menos pesada la espera, tomarán unos tragos de aguardiente. Luego con autoridad les dice.

__ ¡Traigan la mesa y las sillas del corredor!__

Las mujeres se desparpajan, moviéndose como hormigas; retachando unas contra otras; encontrándose en el camino. Mientras, ella va y regresa botella en mano con los consiguientes vasos. Sentadas unas, las tres mujeres en un extremo y Facunda en el otro de la mesa, puede vérsele llenar los vasos pasarlos y a la misma vez, hablarles del asunto de su marido desaparecido.

___ Siempre sale a la misma hora y regresa igual. De ahí mi aflicción__

Más luego, de pronto con un trueno inesperado, la anfitriona insta a iniciar los tragos.

__ ¡Salud!__

Precavidas, desde donde están sentadas, las tres mujeres se miran, pero no se mueven; al no obtener respuesta, sorprendida y con molestia, repite casi con odio.

__ ¡Salud!__

Las tres vuelven a mirarse como si así se hablaran, y comienzan a reír. No es una risa franca, alegre. Es como provocada por el miedo; una mueca. Entonces Facunda, sentada en un extremo, se pone de pie y va hacia ellas, quienes, en la otra punta de la mesa, colocadas una al lado de la otra, la esperan. Altiva, camina la corta distancia que las separa. La fina piel de su cara se ha puesto roja y su voz es autoritaria al dirigirse nuevamente a las tres.

__ ¡Van a beber quieran o no!__

Dice con coraje.

__ ¡Salud!__

El grupito hace el intento de brindar; levantan sus vasos, pero se quedan a medias, indecisas, hasta temerosas. A punto de perder el control de su carácter, inesperadamente la aristócrata hace un alto. Las mujeres notan que se queda fija, sin mover nada de su cuerpo y que la piel de su rostro ha vuelto a su color.

Belsasar Míguez

Dentro de la hacienda de su propiedad, a seis horas de la sierra, en mangas de camisa, el hombre da vueltas y vueltas en el mismo sitio. La espera lo impacienta, su pensamiento va y viene, cuando de pronto.

__ ¡Patrón, patrón!__

El grito llega del patio. Con rapidez se asoma al ventanal para mirar de canto, y ansiosamente va y destraba la aldaba para dar paso al visitante, que llega presuroso, diciendo.

__ ¡Patrón, don Belsasar, he vuelto!__

Sin responderle, el hombre deja la puerta y se va, seguido del recién llegado. Dentro ya del estudio, el sirviente le dice.

__ El rumor preocupa, señor__

Nervioso, Belsasar sabe que la situación es peligrosa y se pone a caminar mientras se mesa los cabellos entrecanos.

__ Se dice por lo bajito que se la tienen sentenciada__

Le dice el sirviente.

__ Usté perdonará la rudeza, mi señor, pero es la voz que corre__

El hombre que llegó y le habla, Reséndez, es uno de sus hombres de confianza.

—Patrón, es menester huir, vámonos para la sierra__

Preguntando por su esposa, Belsasar le responde.

—¿Doña Eloísa está ya a buen resguardo?__

Respetuoso, Reséndez no se ha sentado.

—Sí señor, en un lugar secreto__

—¿Dónde se encuentra Fernando? —

—Nadie sabe mi señor, pero allá no está, ni su señora__

Belsasar va hacia donde cuelga la foto de doña Mariana y don Celedonio; con la mirada en el rostro de su madre, dice.

—Mira, esto no tiene remedio, saben dónde me encuentro y qué hago; adonde vaya será lo mismo. Cuando lo decidan será mi fin__

El sirviente agacha la cabeza para no tener que responder y recibe la orden.

—¡Abre toda la casa, desde la entrada hasta la última ventana¡. ¡Que las cortinas estén atadas, pero antes escuchemos el gramófono¡. ¡Que suene a todo volumen!__

El esplendor

Fernando La Flor

Siguiendo la hierba verde, el ganado se mueve a placer en lontananza. Hombres de a caballo y armados vigilan para prevenir sobresaltos. Con cientos de detalles, la enorme mansión edificada cerca de la entrada de la finca recibe a los visitantes en el amplio patio tipo andaluz, desde donde se aprecia el frondoso huerto de diferentes frutos y aun la capilla. En las afueras de esa, la hacienda “Los Garabatos”, se da una conversación.

—Su mercé, vea usté, ando buscando aceptación__

—¿De dónde vienes? ¿Qué sabes hacer?__

—Lo que le plazca, su mercé__

El jovencito de pantalón y camisa de manta espera agachado, mientras el tipo que resguarda la entrada, de enorme bigote y armado con una carabina de repetición de palanca, lo estudia con la vista antes de llevarlo con el capataz. Una vez que lo ha visto por todos lados, jala de la campana, y, al sordo sonido, acude otro de igual talante, quien conduce al muchacho al interior, por diferente acceso. Al llegar, el guardia lo anuncia y lo deja. Despótico, como si el mal humor se hubiera quedado para siempre con él, el capataz lo interroga.

—¿Gracia?__

Humilde, pero pendiente de su alrededor, responde haciendo girar con ambas manos su sombrero, impulsándolo por los bordes.

—Fernando La Flor, señor__

—¡Letras!__

—No__

Reséndez empieza a caminar en círculo sobre Fernando; observa al joven de apariencia desvalida y miserable, no mas alto que el tanto de tres palanganas. Fernando se queda quieto mirando al horizonte, como esperando algo. Reséndez se detiene enfrente de él. Lo mira directo a los ojos, talvez buscando algo, en silencio. Luego, sin dejar de verlo, con autoridad le dice.

__ ¡Necesito a uno que levante la suciedad del ganado!__

Después, no bien hubo terminado de hablar, sin voltearse, con la vista clavada en los ojos del joven, con un silbido chillante hace venir a uno de nombre Servando.

—¡Dale un lugar, almohada y tapadera! ¡Se queda a trabajar!__

Dicho eso, Fernando se retira y sigue a Servando. Reséndez queda parado con la mano sobre la cacha de su arma, mientras observa como se interesa en todo a su paso.

Facunda Tlacuach

Empañados por el sudor que baja por su frente envejecida, los pequeños espejuelos circulares se han convertido, esa tarde, en un obstáculo en su misión de capacitar a la joven Facunda en el manejo diestro del chelo. Se ha pasado el tiempo limpiando los espejuelos e indicándole la mejor posición para la ejecución del instrumento. Aburrido, su comportamiento comienza a cambiar.

__ ¡Erguida doña Facunda, erguida!__

La mujer trata de lograrlo, de cumplir la instrucción, pero no agrada al violonchelista, que desesperado colocándose firme, sin moverse, le dice.

__ ¡El mentón en línea!__

Y estira uno de los tirantes que sostienen con elegancia sus pantalones.

__ ¡No!__

Vuelve a decir.

El cabello, lacio y completamente blanco, ha ido perdiendo la compostura, debido a la brusquedad del músico al mover la cabeza. Fastidiado le dice a Facunda.

___ Por hoy es suficiente, continuamos mañana__

Luego de levantar la tapa y consultar la hora en el reloj de bolsillo, toma su levita y se acomoda el sombrero de copa; hace tiempo a Facunda y llegado el momento, salen del estudio. Saliendo, Facunda saluda a su padre, quien en ese momento saborea la bebida de chocolate y, al verla, deja el pequeño vaso de porcelana en la mesa de centro.

__ ¡Hija!__

Da un beso en su frente y se dirige al maestro, que ahora limpia con el fino pañuelo las gafas circulares.

—Galeano, ¿cómo va la niña?__

—Eh, bien don Herlindo. El secreto es que domine la posición__

Sin haber terminado de hablar, don Herlindo le indica que vaya adelante, hacia la salida, y lo acompaña abrazado de su hija.

—Excelente, Galeano, porque tus honorarios lo ameritan__

—No se preocupe, señor —

Contesta el músico.

Que aturdido se coloca la levita y dice adiós.

Belsasar recorre “Los Garabatos”

Belsasar ha sido heredado en vida. Como regalo a la obtención del título de ingeniero agrimensor, don Celedonio Míguez, su padre, ha dispuesto entregarle la finca “Los Garabatos”. Situada a cuatro kilómetros de Flores de Arrayán, rumbo a la selva, al oriente, es una extensión muy grande, y vino a hacerse cargo directamente de la Ciudad de México.

A caballo, indaga dentro de la llanura; conoce a fondo su propiedad.

Delante, a pie, Reséndez va prodigándole la información del ganado.

—Son mil quinientos treinta y tres, patrón__

—Don Celedonio, mi padre, está convencido de que no se aprovecha como debería el desperdicio del ganado__

Le responde.

Luego, sin tomarlos en cuenta, pasa por entre dos hombres armados que vigilan el ganado. No obstante, con la cabeza destapada y el sombrero en el pecho, se le saluda con respeto ("señor"). A esa hora del día, el sol deja caer de manera vertical, su ardiente esplendor.

__ ¡Agua!__

Dice el agrimensor.

Al escuchar la voz apremiante, el capataz corre hacia el jinete de botas negras para darle de beber de la cantimplora que ya ha destapado. Reséndez es alto, su cuerpo moreno tiene la potencia de tres hombres fuertes. Al caminar, las pantorrillas se le transforman en motores que impulsan con energía sus enormes zancadas. Cuando Belsasar ha dejado nuevamente la cantimplora en sus manos, Reséndez le dice.

—La tierra ya se está trabajando para que una vez que vengan las primeras aguas dejemos caer las semillas, señor__

Elegantemente vestido de montar, el adinerado no contesta y se va directo adonde se mezcla el estiércol con los vegetales. Ahí, el muchacho trabaja desconectado de su derredor, como ausente; con un rastrillo jala y acomoda la materia, pero constantemente se detiene y observa con detenimiento hacia el suelo, recoge porciones y las lleva cerca de sus ojos. Belsasar ya está parado a caballo en el límite de la abonera. Reséndez, encorajinado, entra a la abonera con enormes zancadas. Va decidido. Los ojos azules del elegante jinete no pierden detalle de la acción del capataz.

__ ¡Hazte pa acá tú, muerto de hambre!__

Sorprendido por el grito de Apolonio Reséndez, Fernando voltea espantado y muestra desconcierto. Sin tiempo de nada, es tomado del cuello y llevado con violencia hacia el finquero. Ante el largo tranco de aquél, Fernando La Flor forzosamente corre. Al llegar, Reséndez dice.

__ Su mercé, éste es el de la abonera__

Luego el capataz se dirige al campesino.

__ ¡Cuádrese!__

Su uno cincuenta es muy poco en medio del coloso y del pudiente que con una mano sostiene la brida y con la otra blande el fuete. Fernando puede ver la silueta del patrón proyectada sobre el piso, pues se encuentra con la cabeza baja y los brazos entrelazados por detrás de la espalda; talvez siente que no es momento de voltear hacia él. Picando con el fuete, el jinete se levanta el fino sombrero, y con ese movimiento dejándose la frente totalmente descubierta, le ordena.

__ ¡limpia mis botas!__

Sin esperarlo, Fernando recibe un fuerte empellón de Reséndez y queda con la boca pegada a la bota del agrimensor. La Flor no se mueve. Sus ojos casi rozan la piel del borceguí, sin poder mirar a ningún lado, sin poder moverse por la amenaza de los dos hombres. Belsasar comienza a juguetear la rienda y el potro comienza a mostrarse nervioso; resopla y sacude la cabeza de arriba abajo erizando la crin; rasca varias veces, topando con fuerza el casco en la tierra. A La Flor ya le cuesta mantenerse quieto. Sigue al zapato que va conforme el movimiento del caballo que no para de rascar; Fernando estira el cuello hacia los lados, atrás, arriba, para poder mantenerse pegado al pie. Se estira o se encoge; va a la izquierda o a la derecha. En una parada que hace la bestia, Fernando saca la lengua y de ida y vuelta, cepilla la bota del señor, que sonrie. Satisfecho, el dueño hace señas a Reséndez, que responde ordenando corajudo.

__ ¡A tu labor!__

Enseguida de un tirón a la brida, el heredero de los Miguez Flament, obliga al caballo a girar y trotar hacia la casa principal.

A la zaga, Reséndez corre y mantiene con esfuerzo el ritmo del caballo. En la zona agrícola la tierra suelta por el arado aprisiona sus pies a cada paso, obligándolo a un esfuerzo mayor. Su respiración ya es difícil. Las gotas de sudor que le brotan son frías y caminan sobre la piel de su cara que ha perdido el tono moreno para dar paso a un color verdoso.

El trato a Reséndez

Belsasar desmonta. Reséndez a punto de caer, llega para tomar las riendas y, sabiendo que debe atenderlo, grita un nombre.

__ ¡Servando!__

El muchacho, que siempre está a su sombra, aparece de la nada, como un fantasma, y con acostumbrada rapidez se lleva el fino caballo.

Mas tarde, Servando entra donde Reséndez, ya de rodillas y con supremo cuidado, desprovee del calzado al patrón. Cuando Belsasar se estira, mientras está sentado sobre el butacón, Servando todavía alcanza a ver que el hombre coloca uno de sus pies en la cara del capataz. Antes de salir, impactado por la escena, el joven dice.

___ Dios bendito__

De rodillas, como puede, Reséndez lava el otro pie de Belsasar; el

que tiene metido en la palangana.

—Señor, con cuidado —

Dice Reséndez.

En lo que va dejando caer el agua tibia del aguamanil hacia la palangana. El agua con extractos químicos de la hoja de níspero, tiene el color del barro; convencido de los poderes del agua con extractos, Belsasar cree sentir, al contacto con la piel de sus pies, que el líquido entra hacia su interior y lo dota de mucha fuerza y vida. Se mueve y toma del cuello a su sirviente para demostrarse que es real su vitalidad.

__ ¡Muérete, basura!__

Presiona sobre la tráquea. Sus manos delicadas y largas alcanzan a cerrarse sobre la piel oscura del autóctono sujeto. A continuación, éste da la impresión de sofocamiento y se mueve entre estertores a punto de fenecer. Ahora Belsasar le ha dado largas a la tráquea del hombre, y despectivo le dice.

__ ¡Cochino mugroso!__

Y ríe fuera de control. Después, con sorna primero, y engrandecido después, le grita.

__ ¡Eres mi esclavoi. ¡Besa mis pies, animal!__

En silencio y seguido por la miedosa mirada de las mujeres, el sirviente recorre con sus labios los pies de finas líneas. En ese mismo momento otra mujer, portando la charola de cristal cortado, coloca en la mesita, a la mano del cacique, la copa con vino blanco importado de la región de Burdeos.

Fernando La Flor

Detenido en el mango del rastrillo, La Flor ha hecho un alto y dice, mirando a lo lejos.

__ Por más que miro, no encuentro a alguno que ejercite diferencias; como hechos del mismo acero, caminan igual, miran igual, van al mismo lugar__

Luego otra vez remueve la mescolanza hundido hasta las rodillas. Su calzón de manta tiene parches y remiendos más que estrellas tiene el cielo. Incluso mira al infinito.

Continuación del trato a Reséndez

Cerrados los ojos, deja pasar por su garganta el suave trago de vino, el cual, según se ve, le provoca satisfacción. Cuatro mujeres esperan la instrucción; formadas, llevan toallas y varias infusiones para su arreglo. El calzón blanco entallado que tiene puesto, es de algodón puro; confeccionado a pedido, fue traído directo desde la capital. Las mujeres, como no queriendo, miran las piernas flacas y amarillentas salpicadas de ronchas amoratadas y por momentos intercambian miradas; nerviosas.

—¡Ya es tiempo!__

Dice de pronto. Mal humorado.

—Mi señor, ahora arreglo las cosas su mercé__

Responde Apolonio Reséndez.

—¡Rápido, rápido, que es para hoy!__

Vuelve a decir Belsasar, tronando los dedos.

Reséndez retira la palangana, y pasa la toalla que recibe de la sirvienta, desde la planta de los pies hasta el borde del calzón.

Fernando La Flor

—El tipo ese es como retrasado__

—Parece mudo__

Son dos vigías que desde arriba de los caballos, doblados sobre sus

monturas, observan a Fernando.

—Mejor lejos de ese zángano. Lo tarugo se pega__

Dijeron.

—Y la jediondes también__

Alzándose, erguidos, toman las riendas y se retiran a caballo.

Seguidamente hablan a La Flor, al pasar cerca de él.

__ Nos vemos__

Dice uno.

__Adiós enjuto__

Dice el otro.

Fernando no los mira. Aparenta no haberlos escuchado. Deja que se alejen, que sigan su camino hablando y riendo. Pasado el tiempo deja de trabajar y platica, pero solo él se escucha.

__ Lo principal, que nadie sepa qué quiero, así es mejor__

Deja a un lado el azadón y toma agua del pumpo; tiene hambre, pero faltan tres horas para comer. Sosteniendo el pumpo con las dos manos a la altura del pecho, Fernando sigue hablando como si estuviera con alguien más.

__Yo no viviré jodido todo el tiempo como mi apá y mi amá__

Pero se encuentra solo y con el pumpo terciado en la espalda dice otra vez.

__ He podido saber, sólo con fijarme bien, cómo se ejerce aquí en la propiedá__

Se queda como ido; y luego tiene vida otra vez; entonces recoge el azadón y vuelve a su oficio. Las moscas de un verde metálico vuelven al aire, y evitan los golpes de la herramienta que penetra el batido con olor a inmundicia. Fernando alista el siguiente golpe y dice tratando de agarrar fuerza.

__ El dueño, ese hombre fino, sólo sabe mandar, y el Reséndez ese, es un

aprovechado__

Por esos días, el sol es fuerte y mina la voluntad. El latón afilado cae con mucha fuerza, y un puñado de cuerpos verdes se va volando, apenas antes del impacto. Como autómata Fernando sigue hablando.

__ Aquí está el nudo, igual debe estar el modo de desatarlo, sólo tengo que fijarme__.

Belsasar se retira de "Los Garabatos"

Afuera, cuatro del personal ya lo esperan para partir a Flores de Arrayán. Recién lavado, el Thomas Flyer se encuentra estacionado. Reséndez se adelanta para auxiliarlo. La levita de chaqué le da un aire principesco, que se acentúa al colocarse el negro sombrero de copa ya arriba del automóvil. Belsasar grita desde el automóvil.

__ ¡De dos en dos y tú en el centro!__

Antes de cumplimentar la orden, Reséndez, parado junto al vehículo, acomoda el grueso fajo de papeles y se retira. El Thomas Flyer avanza escoltado por cinco hombres armados y a caballo, dos en cada costado, y Reséndez va al centro, ligeramente adelante.

Fernando hace intentos de leer

Es una hoja de papel con letras hechas a mano. En algunas de sus partes no se distingue la ruta de la tinta azul. Sobre el petate que usa para dormir, procede a desarrugarla, y la plancha con sus manos, sobre su pecho, a la vez que dice.

__Estas figuras son las palabras habladas por la gente__

Luego intenta leer, sin lograrlo. Se detiene a ver las letras por un tiempo largo y así pasa el tiempo. Dan las dos de la mañana. La vela se ha convertido en un cabo, y llega la oscuridad cuando dos dedos presionan el pabilo.

Facunda caprichosa

Ha estado hojeando publicaciones toda la tarde. Ha ido de revista en revista, pero nada le ha gustado. Al punto en que se aproxima la media noche y aburrida avienta los folletos, lejos; se impacienta sobre el amplio y cómodo sofá. Fastidiada, comienza a estirar la tela del mueble y va jalando uno por uno los finos hilachos; forma montoncitos para luego colocarlos en la palma de su mano y soplar con fuerza; y es entonces que se divierte, cuando los hilos se esparcen en el vacío por todos lados. Ríe

sin gracia alguna, sin recato; más de repente, a gritos dice un nombre.

—¡Melania, Melania!__

—Mande, doña Facunda__

Responde la mujer del servicio que acude sin demora.

—¡Tarada tráeme pastel y leche! —

Truena los dedos para apurarla. La sirvienta huye de ahí dispuesta a complacerla.

—Hija —

Dice don Herlindo, su padre, que entra en ropa de dormir. Sabedor de su comportamiento, con mucho cuidado va a calmarla.

— Hijita, hija, vine a hacerte compañía__

—¡Quiero reventar, incendiar todas las casas! ¡Morir!__

Contesta la rubia.

Moviendo los hombros con violencia y metiendo la cara entre las manos. Apenado por su creciente mal genio, que si no lo atiende terminará por explotar, don Herlindo sentado junto a ella, en el sofá, la abraza por los hombros y le dice.

—Podríamos ir a la capital del país a visitar tiendas de modas__

En ese momento Melania entra con el pastel, pero recibe con un movimiento de la cabeza, la orden del padre de retirarse.

—Con quince días allá, hijita, compras, visitas amistades y sirve que conoces jóvenes de nuestro nivel__

Facunda encuentra paz en esas palabras y con quietud, ahora se encuentra abrazada a don Herlindo.

Las incursiones de Servando

—Alguna gracia tuviera el malnacido__

Dice la mujer de Eliel cuando ve que va hacia ellos.

—Argüendero es. Así se pudrirá__

—¡Buenas tardes!__

Saluda Servando, faltando todavía para llegar.

—Y viene para acá el desgraciado, pasado de sinvergüenza. Un puñete en la trompa quiere__

—Cuida tu lengua__

Dice Eliel a su mujer y después voltea y saluda al visitante, que está por llegar.

__ Buenas tardes, Servandito__

Servando tiene ojos alargados, parecidos a la forma de los ojales y siempre están pendientes, al acecho. Conversa, pero no los tiene fijos, los mueve en todas direcciones; lleva años haciéndolo, día con día, todo el tiempo, tanto, que ya no es consciente de lo que sus ojos hacen, de que se mueven para todos lados, apenas sale de su jacal.

—Ando la hacienda para que todo esté en su lugar. Ésa es la orden. Últimamente se han perdido cosas, y el señor don Belsasar, por medio de don Apolonio, me manda vigilar dónde y quién las tiene__

La mujer y el hombre se miran. Ella espanta con su pie desnudo a una hormiga roja que avanza hacia su piel. Presuroso, el animalito recula ante la amenaza de ese oscuro y agrietado objeto. Al mismo tiempo, Servando continúa.

—Es bueno que respeten y hablen por aquello de que vean algo malo__

Muy cerca de los dos, saca de su camisa un cigarrillo, lo enciende y se pasea frente a ellos, luego sin pedir autorización entra a la casucha. Gira la cabeza por las cuatro paredes de caña de maíz y lodo. Sacude el petate enrollado, lo avienta al suelo y sale, y se topa con la mirada de Eliel, que es mayor de estatura. Con el cigarro aun en la boca, Servando le dice a Eliel.

—Estense pendientes tú y tu mujer__

—Vete sin cuidado, Servandito. Nomás que mire algo, corriendito te aviso__

Le contesta Eliel que mientras habla, se agacha para amarrar los cordeles

de sus sandalias.

A través de una rendija observa a Servando ir y venir, entrar y salir y cuando ve que se retira dice.

__Es el que llega a todas las casas. Habla con todos__

Pronto se separa y va a sentarse sobre el petate. Con la hoja de papel en la mano intenta descubrir el mensaje, sabiendo que Servando va a buscarlo.

__ ¡La Flor!__

El grito, que le hace traer a la mente al capataz Reséndez, lo sorprende, mientras ve las imágenes de las letras en tinta azul.

__ ¡La Flor!__

De nuevo el grito.

Al llegar, Servando de frente a Fernando, que se encuentra sentado, sin respeto, avienta saliva que cae apenas fuera del petate. Embravecido, le pregunta.

__ ¿No sabes hablar?__

Ante el silencio de Fernando grita con coraje.

__ ¡Te llamo y no contestas!__

Se da media vuelta, fuma hasta quemarse los dedos, hasta que el ardor lo obliga a lanzar lo que queda del cigarro; el cabo. Fernando se levanta diciendo.

—Pa servirte siempre—

Pero Servando de espaldas, sin mirarlo solo le contesta.

__Abre bien los ojos, se han perdido cosas, y los patrones las quieren. Donde veas algo raro me avisas__

Sin terminar todavía de hablar y aun de espaldas, se da cuenta de un pequeño baúl de madera podrida que cuelga del techo, sostenido por un bejuco. Volteándose pregunta con señas por el baúl y antes de que le responda va por él, desata el bejuco y, al hacerlo, el cofre se le escapa hacia el suelo. La tapa salta y tras ella los papeles vuelan y caen regados

en el suelo. Servando se sorprende y le dice.

—¿Guardas pedazos de papel con letras?__

Belsasar con su madre

Lleva dos días revisando los números. Viaja a la capital y quiere conocer a fondo el rendimiento en plata de su hacienda. Desconfiado, don Celedonio, su padre, había registrado personalmente las operaciones. Ha terminado y está convencido de que necesita personas, de confianza sobre todo. Cavila.

Doña Mariana ha entrado, le ha dejado una taza de café sobre el lujoso escritorio. Y en seguida le dice.

—Tu ropá se ha acomodadó en la valijá__

Deja los papeles y se dirige a su madre.

—Sólo la recién confeccionada__

Doña Mariana insiste.

—Nuestrá mansión en Coyoacán, pensandó en tu llegadá la he mandadó remodelar con un ingenieró francés muy demandadó__

Pero él, atento a su propio pensamiento no la escucha, sin embargo, pronto reacciona y le pregunta por don Celedonio.

—¿Mi padre?__

Ahora es ella quien no contesta. Ha puesto su pensamiento en el futuro no tan lejano, donde su hijo es distinguido por la mejor sociedad de la capital del país y el anfitrión le dedica unas palabras, que ella cree escuchar.

__Señor diputado Belsasar Míguez, bienvenido__

Adentro, la pulcritud, los buenos modales y el lujo se combinan.

—Es un honor, señor don José Rey David Villagómez y Sentíez__

—La clase, señor diputado, la clase es la que lo hace diferente, adelante lo estamos esperando__

Al darse cuenta de su presencia, hombres y mujeres van a su encuentro. Alguien pide al cuarteto de cuerdas una pieza en su honor; que es cuando

a lo lejos alcanza a escuchar a Belsasar.

—¿Mi padre, aún está despierto?__

Esta vez sí responde y lo hace con empuje.

—¡Sí, está tomandó un bañó tibió! Trabajó en excesó —

Luego se prepara para salir; cuando se va, al ir caminando deja ver un conjunto actuado de movimientos finos.

Las primeras acciones de Fernando para aprender a leer

Todos los trabajadores se encuentran ese mediodía en la capillita de la hacienda. Escuchan en silencio.

__Éste es el libro de la historia de Adán. En el día que Dios creo a Adán…__

El sacerdote lee y hace la interpretación mirando al techo.

Fernando repite las primeras palabras del hombre, pocas, para no olvidarlas. Como si fuera un molde corrido, las sobrepone mentalmente sobre cada letra del folletín que cada domingo reciben los peones para seguir la misa, sin importar que ninguno pueda leerlo. En medio de la letanía, repite sin subir la voz y asocia sonido y figura, diciendo.

__La historia de Adán. En el día que Dios creo a Adán__

Hasta terminar la misa. Llegaba a su jacal, de misa o de la abonera y seguía repitiendo. Así siguió por un tiempo.

Fernando sorprende a Servando

Una ocasión, mientras se ocupaba en su trabajo de acarrear y mezclar, Servando lo abordó.

—Todos hablan de que algo escondes —

—Todavía guardo mis papeles en el baúl__

—¿Con qué motivo? No entiendes de letras__

—En ese tiempo no —

—¿Ahora sí? ¿Aprendiste de las vacas?__

La respuesta de Fernando es inesperada.

—Voy a leerte algo en mi jacal, si quieres —

Con seguridad lo mira de frente y vuelve a decirle.

—Por la tarde__.

Fernando La Flor, empeñado en la lectura, hace meses que no sale de "Los Garabatos". Después de ir a la capilla se encierra a hojear sus hojas y no se le ve por ninguna parte. Sigue siendo muy pobre. Duerme todavía en el mismo petate, y su baúl de madera cuelga del techo detenido por el mismo bejuco. Sus ropas provocan lástima, pero su mirada es retadora.

Esa tarde, ya han descolgado el baúl y sacado los papeles. Fernando deletrea con dificultad supina.

__ E-l-s-e-ñ-o-r__

Incrédulo, Servando estira el cuello todo lo que puede para mirar la boca de La Flor y sin entender qué le dicen, también observa las letras. Más tarde, Servando es despedido desde la entrada al jacal. Satisfecho, La Flor retoma el deletreo.

Los padres de Belsasar

Celedonio Míguez es un hombre muy rico. Bien visto por los políticos, fue aceptado en el reparto de los negocios. Casado con Mariana Flament, de quien no están muy claros sus orígenes, goza de su fortuna. Esa noche se preparan para dormir. La mujer se aplica crema francesa para conservar el cutis. Frente al espejo, con las piernas cruzadas, el negligé se le resbala hacia arriba y descubre sus ancas de piel envejecida. Don Celedonio, en bata, sale hablando del baño.

—Visitaré al señor secretario en mi próximo viaje a la capital__

A un lado de la mujer, se revisa las bolsas de los ojos y las estira hacia abajo.

—No puedés dejár de hacerló —

Al escuchar el acento de doña Mariana se detiene, da la impresión de querer decir algo, luego se retira y se mete a la cama. Dormidos, sus ronquidos se confunden con los sonidos que brotan de entre las sábanas.

Belsasar, Herlindo y Facunda viajan a la capital

Lo ha visto. A pocos metros de distancia, Herlindo busca saludarlo. Acompañando a su hija, en viaje a la Ciudad de México, van en uno de los vagones de primera clase. Belsasar también sabe de su presencia y aparenta que no. Ante la insistencia incómoda, voltea a verlo y con marcado desgano devuelve el saludo y vuelve a mostrar desinterés. Altivo, hojea el diario, y arquea las cejas. Muchas horas después, al llegar a la estación, Herlindo se pone de pie y camina desesperado hacia adelante, hacia donde Belsasar ya se alista para salir.

__ ¡Ingeniero!, ¡ señor don Belsasar reciba mis saludos y el de Facundita, Facundita, mi hijita ¡__

Sin atenderlo, con elegancia, Belsasar despliega el paraguas negro, dispuesto a ir a la salida para abandonar el vagón

__ ¡Ingeniero!__

Vuelve a decir, acercándose con rapidez tras evadir a uno y luego a otro pasajero. Cuando Belsasar empieza a descender por los escalones, don Herlindo llega y extiende la mano, la mano extendida que se queda en el aire sin respuesta. Parado en la puerta del vagón, baja la mano y, apurado por los pasajeros que quieren pasar, apenas logra escuchar a Belsasar que mecánicamente le dice.

__ Albricias__

Cuando Belsasar ha subido al auto y éste comienza a moverse, Facunda llega, toma del hombro a su padre, y juntos abandonan la estación. Como nunca, Facunda se conduce sin llamar la atención.

Herlindo y su hija Facunda en el hotel

Toman las mejores habitaciones del gran hotel en el centro de la capital. Herlindo le dice a su única hija.

—Hija, debo mirar por tu vida. Somos sólo los dos__

Facunda sabe por dónde va y le responde.

—Ese hombre, Belsasar, nos mal mira. Nos quisiera de sus

sirvientes__

—Cuestión de hallarle su lado débil, hijita__

Ella espera, lista para salir, mientras don Herlindo monta la placa completa sobre sus encías descoloridas. Se sabe que un día, el hombre apareció en Flores de Arrayán vendiendo de puerta en puerta tela para

pantalón. No se sabe cómo, pero se matrimonió con la mamá de Facunda, a pesar de que era diez años más grande que él. Muchas propiedades heredó a su muerte. Para obligarlo a salir, Facunda camina a la puerta, abre y se va por el lujoso pasillo; a través del umbral don Herlindo, la ve alejarse y con rapidez va tras ella, absorbiendo el sudor con el paliacate en toda la nuca.

Cuando en la entrada del hotel, esperan embarcarse hacia el restaurante Raffiné.

__ Pa, se sabe que anduviste rondando a doña Mariana antes de mi madre__

Distraído en una mujer que entra, no la escucha; él busca su mirada y le sonríe. A cambio, de la dama recibe una mirada de desprecio.

Facunda sigue diciéndole.

—Yo he sabido que has intentado algo todavía__

Ante el silencio de su padre que sigue sin contestar, Facunda siente hervir la sangre y sin poder contenerse, grita.

__ ¡Contéstame!__

—¡Hijita!__

Ajenos a todos discuten.

__ ¡Si no hablas claro, gritaré y me revolcaré ahora!__

La gruesa lonja de la nuca de don Herlindo, expulsa un sudor espeso que se va metiendo en el cuello de la camisa blanca y da lugar a una mancha mantecosa. Sudoroso responde.

—No hay nada por aclararse, lo que fue, fue__

Casi a gritos Facunda le responde.

—¡Quieres la posición y el poder de los Míguez! —

Y antes de que pueda responder, la muchacha le dice.

— ¡Yo también!__

Sorprendido pregunta

—¿Cómo?__

—¡Y si no podemos, que no vivan en paz, que sufran y se desprecien entre ellos!__

Reséndez intimida a Fernando

Lo ha visto. Cuando se comporta así, es seguro que acabará interrogándolo. Desde que sabe que leyó frente a Servando, es notorio que le interesa saber qué pretende. Ha intentado frenar que en la hacienda se conozca el suceso, pero Servando se ha encargado de comunicarlo a cada trabajador.

—Bien bien, bien sabía yo desde un primer momento que no eras de fiar__

—Su mercé, conforme a sus órdenes he trabajado el abono, sin quitarle ni así a las horas de labor__

—¡No, si no fuera así, tengo la potestad de correrte como a un perro!__

Fernando sigue dejando caer el azadón sobre el batido, sin darle cara.

—Mire, señor capataz Reséndez__

Dice Fernando.

__ Usté dijo que trabajara duro. No salgo pa ningún lado, nomás trabajar y mi jacal, eso__

El capataz es poderoso y ahora lleva un machete sin funda y moviéndose un poco, a modo de quedar de frente, con fuerza le dice.

—¡Deja eso!__

La Flor no contesta y Apolonio vuelve a hablarle.

—Es conocido que trabajas como se debe, lo que interrogo es lo que se comenta por todos lados en la hacienda —

Camina hasta quedar a un paso de Fernando, diciéndole amenazador.

— Que ya sabes de letras__

Hasta entonces Fernando deja lo que hace y le da cara, diciéndole.

—Nomás que digo unas letras apenas__

—Aquí todo está en santa paz y así quiero que siga. Ándate sosiego__

Moviendo el machete, el capataz vuelve a decir.

—Ya estás informado__.

Belsasar recibe instrucciones en la capital

El mayor de los dos hombres actúa con mando; da instrucciones.

—Vienen los tiempos difíciles, Belsasar__

Luego de un silencio.

__ Bueno es que te prepares__

—He venido a recibir sus indicaciones, señor__

El ambiente es silencioso. No hay bebidas ni humo de cigarro. La puerta está bajo llave, y los cortinales impiden la vista más allá.

—Eres joven__

Dice el hombre.

—Treinta y uno, señor general__

__ Confío en que tus padres hayan sabido aleccionarte. Las gentes no deben revolverse. Cada estirpe se obliga a lo necesario para conservar el apellido en alto, bienes y colaborar para mandar y ser obedecidos__

El hombre de mayor edad sigue hablando.

—Una esposa es importante. Da a los hombres de bien prestigio y respeto__

Lo ha sorprendido, pero hábil, Belsasar va tras el comentario.

—Llegado el momento que espero pronto, habrá boda en Coyoacán, en el centro mismo del país, señor__

El lujo en las ropas habla por ellos. El general sigue hablando.

—Nuestro destino es el Congreso y habremos de estar en él, si queremos

cumplir con nuestro altísimo destino. No lo olvides__

Al escucharlo, Belsasar respira largo y hasta adentro. Sin detenerse, el General le dice.

—Con lo hablado entiendo que eres nuestro amigo de mayor jerarquía en tu estado__

—Un honor, estimado general__

El militar, vestido con elegancia de civil, abandona su lugar en el sillón, entorchándose los bigotes va al escritorio y jala un cajón; con una seña hace que el ingeniero vaya hasta él y coloca en sus manos la daga que tomó.

—Sabes ya el significado que tiene__

El arrayense se inclina al tomar el cuchillo, y oye que le dice.

—Mis parabienes a don Celedonio, a doña Mariana__

Al salir de la residencia siente que el frío del aire se mete en la piel de su cara y opta por ponerse los guantes. La llovizna da a la noche un sentido de soledad, mientras, su chofer ya lo espera con la portezuela abierta. Alguien, sin ser notado, ha estado viéndolo desde su salida hasta subirse al auto.

Los arrebatos de los Tlacuach en el Raffiné

El clavicémbalo suena a cada treinta minutos. Los clientes lo escuchan por un corto tiempo, tres minutos cuando mucho, después tienen media hora de plática. Se sirve café con la especialidad; buñuelo de manzana. Pero en verdad no importa, lo que se busca es conversar. Ése no es lugar para cualquiera. Los precios son altos, para pagarlos hay que tener; se debe ser rico y tener la apariencia. Entran. De golpe sienten que algo los detiene. Pierden seguridad. Ahora son los tres minutos del clavicémbalo. Don Herlindo lleva en la cabeza un olor agrio, a limón a un día de pudrirse. Quedan en sus cerreros cabellos algunas bolsitas con jugo, que no alcanzaron a triturarse. Encima, por lo grande de sus tallas, al pasar golpean las mesas; las tazas ruedan y cae el café. Facunda va del brazo de su padre, quien tiene las mangas arremangadas.

—Pa, nos están viendo__

—Camina, ya casi llegamos__

Un elegante mesero, al verlos, los conduce hasta instalarlos, pero no se

retira. Leen la carta y sigue parado.

—¿Y éste qué? —

Grita Facunda.

El clavicémbalo termina. La atención ahora está en los tres. La media hora para platicar ya está corriendo. No se levantan tazas. Los platos de buñuelos están en su lugar. En el rincón el artista saca el reloj del bolsillo, lo consulta y cierra la tapa. Ningún hombre o mujer entra a la buñuelería, y los que están no se van.

Otro mesero llega, algo dice al oído de don Herlindo y, no bien acaba de hablarle, tiene que hacerse para atrás. De no hacerlo, por la violencia con que se incorporó, el hombre le habría roto los labios con la cabeza. Don Herlindo dice con rabia.

—¡Mi dinero es mi dinero! —

Al hablar, a trasluz se ve la saliva que sale directo al pecho del sujeto. El reloj es consultado otra vez.

A buena distancia, el mesero le habla nuevamente.

—Caballero, así se estila entre la gente fina, acostumbrada al trato excelente__

Herlindo, fornido y alto, coloca el paliacate sobre su nuca. Facunda quiere saber qué le dijo el camarero y duda entre ir con el que habló o con su padre. El tiempo corre. Con claroscuros el día es fresco. Un airecillo frío entra en la garganta del provinciano. Al parecer es el motivo de la tos que surge entre lapsos. Tomando fuerza, se convierte en una tos corrida que obliga al fornido hombre a detenerse en el que le habló al oído. Fue cuando Facunda se interesó en preguntar a cualquiera de los dos. Las lágrimas ruedan por la presión ejercida al expulsar con brusquedad el aire. Ya repuesto, don Herlindo pasa el paliacate por su cara. Cuando termina, busca a su hija. A su lado, el que le habló en secreto, tiene extendida la mano.

—¿Y éste?__

Dice don Herlindo.

El clavicembalista, para no exponerse, le dice, teniendo cuidado de no quedar muy cerca.

—Monsieur, en el Raffiné todó se cobrá__

Rodeado, Herlindo logra oírlo con dificultad, ya que la clientela entre burlas, grita y pide su salida. Facunda apenas ha escuchado al francés y creyendo saber de lo que se trata, afligida pregunta a don Herlindo Tlacuach.

—Pa, ¿qué te dijo?__

—¡Propina, quiere propina!__

Le contesta, rodeado por los dos camareros y el clavicembalista.

—¡Ámonos! ¡Ámonos, pá!__

Dice Facunda, que entra por él y se lo lleva.

Fernando es admirado por Servando

Para inicios de ese diciembre, después de varios años de esfuerzo, lee con claridad y sabe de operaciones aritméticas. Sentados sobre el petate, Fernando hurga entre líneas, describiendo con claridad la noticia del día.

__ El señor licenciado De la Barra y la vicepresidencia…….__

Voltea hacia Servando, que con la vista puesta en el recorte del diario, parece estar hecho de mármol, no se mueve. Contento, Fernando deja el recorte, se pone de pie y camina; de una de las esquinas, donde está un cajón de madera, saca una muda de manta.

___ No me he mudado__

Le dice a Servando.

__ A pesar de que me bañé hace ya un rato__

La tarde es clara, el cielo sin nubes se ve azul, y en el jacalito no hay penumbras. Y sigue diciéndole.

__ Es cochino ponerse la misma muda después de asearse__

Desata el cordel que detiene a su cintura al pantalón, pero antes se ha quitado la camisola. Cae el pantalón y queda desnudo. Su altura es poca. Servando, al mirarlo, comprueba que no padece ninguna atrofia. Sus huesos cubiertos de cuero transparente parecen sin carne. Por la parte de arriba pone atención en las clavículas; extendiendo la mirada hacia abajo tiene la seguridad de que ve dos huesos largos. El cuero ceñido a las costillas se estira y afloja por la respiración. Intrigado, no se detiene y se

fija en el par de pequeñas caderas y luego pasa al ombligo; después no puede creer lo que observa.

__ ¡Es enfermedá!__

Dice.

Mientras Fernando, que parece no haberlo escuchado, le informa.

—Pronto no seré más el estercolero__

Con calma, empieza metiendo una pierna en el calzoncillo.

Servando todavía confuso, le pregunta.

—¿Te vas de aquí?__

—No es necesario cambiar de lugar__

—El señor don Apolonio no te confía. Ha comentado que tu mirada no es buena__

Fernando no hace caso al comentario, y termina de amarrarse el pantalón. Queda un silencio que despierta sospecha, pero luego el del estiércol, le aclara.

—Se dice que llevas buen tiempo en la hacienda, y me consta de tu lealtad a Reséndez__

Al oírlo, Servando deja el petate, camina y se detiene hasta que queda de espaldas a Fernando, que está parado en el centro del jacal. Ya ahí le responde.

—Diecinueve años. Vine cuando tenía once. Ya hasta me olvidé de mi familia, y ellos de mí__

—Debes rehacerte hoy, mañana será tarde__

Le aconseja Fernando.

La Flor, que se mueve con la camisola colgando de su mano, lo rodea hasta quedar frente a él. Sabe que sufre y lo escucha.

—No sé, no aprendí cómo hacerlo__

Arrastrando la camisola lo rodea otra vez. Ahora le habla por la espalda.

—Ten confianza en tu persona. Tienes lo que todos: cerebro, manos, pies. ¡Tienes emociones y un corazón que impulsa tu sangre! —

Su palabra ha ido tomando fuerza hasta terminar gritando. Luego baja la intensidad.

— Si no lo haces, sólo tuya será la culpa y tendrás castigo__

Al terminar de decir lo anterior, Fernando coloca la cabeza en la boca de la camisola de mangas de tres cuartos.

Servando se libera de Reséndez

Para él como capataz, tiene una casa más o menos formal, con servicio de letrina. En ese momento tiene los pies sobre el tapesco. Sentado fuma un habano. Retira el puro de sus labios y

Dice.

__Siento que peligro con el control sobre la hacienda__

Servando, sentado en la cama, se encuentra callado. Lo ve encajarse dos dedos en una de las entradas de la nariz y arrancar varios pelos. Espera. Ahora con la vista en el habano, Apolonio Reséndez le dice.

__ Lo sé bien, Fernando La Flor se nos va a encaramar. De mierdero va a subir a quién sabe dónde__

Después, la cólera lo atrapa.

__ ¡Si estuviera en mí, lo ponía a sacar con las manos la suciedá de mi letrina! ¡Maldito!__

De pronto el mosquitero se desata y atrapa a Servando.

Y Reséndez que no lo ve, sigue hablando, pero ahora un poco más enérgico.

__ ¡De saberlo, se la cobraré a quien pudo ayudarle!__

Cuando se da cuenta, ya Servando está saliendo de la trampa.

__ ¡Te estás volviendo inútil! ¡Te has convertido en un bueno para nada!__

—Patrón, yo lo puse en conocimiento luego luego, en cuanto vi que tenía

esos papeles__

—¡Sí, carajo! ¡Pero no hiciste que se fuera!__

Servando sale de la cama; Reséndez lo siente pero no lo ve. De un estuche de madera que ha sacado de una costalera, ha tomado un puro; Reséndez lo siente y voltea, cuando lo hace, ya Servando tiene la vela ardiendo sobre el cigarro. Reséndez se sorprende, después reacciona y va, con fuerza se planta frente a Servando, para decirle cara a cara.

—Vamos a ver. ¡Sábete!__

Conforme habla, un adormecimiento aparece en el lado izquierdo de su cara. Aun así le grita.

— ¡Que eres un saco de estiércol sin valor! —

Su respiración es anormal.

— ¡Traidor!__

El sirviente se sostiene con esfuerzo; siente por dentro de la espalda un friecito bajando por su espinazo. El cigarro sigue en sus labios, pero la sangre golpea con fuerza en sus sienes, por los machetes que están a la mano. Encarrilado, Apolonio le dice.

—¡Malagradecido! ¡Te igualas!__

Entonces afloja los labios dejando caer el habano y como puede, dudando, el sirviente va a la salida. Afuera no ve a nadie, pero ahí están. Reséndez al verlo, pide que regrese. En absoluto nadie, fuera de Servando, sabe que fuma habanos, en cambio, a Belsasar todos lo han visto con el puro encendido. Apolonio agrega.

—Ya veré yo qué hacer para mal informarlo con el patrón__

Viendo que Reséndez se queda bajo el marco de la entrada, el joven entra a tomar lugar en la perezosa, se estira y da un quejido de placer cuando usa el tapesco para sus pies.

La premonición que nadie tomó en cuenta

Escucha el agradecimiento de Eliel y se va a la choza que sigue. Es de conocimiento común que todas las tardes los visita para leerles a quienes tengan correspondencia. Sin considerarlo a él, todos en esa finca son analfabetas.

__ Nandito, socórrame con la cuenta pa saber cuánto fue de la raya__

Suplica Tolentino y le acerca la luz del quinqué. Lo requerido para hacer números Fernando ya lo lleva y solicita.

__ Tolentino, trae todo: monedas, billetes, víveres, todo__

Cuando ya tiene todo, inicia el procedimiento sobre una hoja blanca; asienta por rubro, teniendo a Tolentino a un costado. Luego del procedimiento Fernando le dice.

__ Debió haberte sobrado efectivo por cinco pesos, aquí están__

Tolentino grita.

__ ¡Vieja, traite el café!__

Antes que Cristín los asista, coloca en la mano de Fernando La Flor una cruz de madera y le informa con qué material la construyó. Con otro grito, pide una vez más el café.

__ ¡Cristín, estoy esperando!__

A espaldas de La Flor, en la puerta, aparece Cándida que grita.

__ ¡Cristín!__

Al verlos, la muchacha los nombra.

__ Nandito, Tolentino__

Uno de ellos le contesta.

_____Pasa adelante, Cristín anda en el fogón__

La muchacha que tiene el vigor de la juventud, camina con rapidez hasta el fondo. Al encontrarse con Cristín le dice.

__ Te manda mi amá. Apenas salió de la lumbre__

Después de decir lo anterior, deja la ollita en el tapanco y le quita a la criatura de encima, que es justo cuando Ubaldo llega, pronunciando.

—Tolentino —

Este lo ha visto desde que llegó, antes que hablara, porque está de frente. No se puede decir de frente a la calle, porque ahí no hay calles. Ubaldo se

detiene sobre un costado de la puerta, por afuera, a la vez que dice.

—Nandito —

Quien le contesta.

— A la orden, Ubaldo__

Son las seis treinta. La noche no es sombría. Llega la bebida. En las cercanías del fogón, Cándida le canta al varón de seis meses. No puede estarse en calma. Lo aprieta a su pecho, baila, muerde sus mejillas.

Tolentino le habla a Ubaldo que aún está afuera.

—Pásate cumpa__

De inmediato, Cristín coloca un tronco y un vaso de peltre para el nuevo agregado. Momento en que de pie, Ubaldo aprovecha para manifestarse.

—Anochi fui a la caza y me topé con un saraguato. Ésa es la olla que trajo la Cándida, mija__

A propósito de mencionarla, mira a Macrinito frotar la cara en el estómago de la joven mujer, que ríe nerviosa. Ahora está de espaldas al suelo, por sobre el petate. Ubaldo dice.

—Ya anda en edá mi Cándida__

Sin hacer comentario alguno a lo dicho por Ubaldo, Tolentino anuncia que sale.

—Voy afuera__

Al irse Tolentino, Ubaldo conversa con Fernando y de repente, elevando la voz ordena a su hija.

—¡Vente pa acá!__

Refiriéndose a Cándida, Ubaldo le dice.

—La edá de ésta tenía la que es mi mujer. Allá en la sierra de donde nos venimos buscando la vida, los que no se juntan tiernos, ya se quedaron__

El sonido de un chorro que cae, viene del rumbo que tomó Tolentino, cuando la hija de Ubaldo, con Macrino en sus brazos llega a sentarse. El crío descansa tranquilo, pero ella, no puede estar inmóvil; se le nota inquieta. La chispa que se mueve en sus ojos, parece lumbre. Enfrente de

ella y estando Ubaldo presente, Fernando le dice.

—Cándida, los tiempos vienen complicados__

Pero ella le responde.

—Puedo hacer todo el oficio de mi casa y aun trabajar en el monte__

Casualmente, Cristín aparece por Macrino. Tolentino llega sacando por la boca, aire acompañado de un ruido rasposo, que es muy familiar por esos lugares. Con su hijo en brazos, Cristín, sin esperar instrucción, va al tapanco, al tiempo que se hace presente una mujer con justán a cuadros rojos y blancos; lleva una blusa blanca suelta y trenzas amarradas por arriba de la cabeza. Al regresar de donde fue, Cristín la reconoce.

—¡Comadrita Adelfa!__

Con el posh en la mano, abraza a la comadre. Tolentino que está cerca le arrebata la botella de alcohol y da varios tragos, luego siente la necesidad de convidar, y así es que Ubaldo deja caer el fermento abrasador sobre su lengua que se retuerce entre piquetes ardorosos. En la mesa se encuentran Cándida y los tres hombres. Cerca, las dos mujeres, Cristín y Adelfa hablan, pero evitan quedarse en el mismo lugar, para no correr el riesgo de que Macrinito se aburra y comience a molestarse.

—La luz está con nosotros, cuantimás, antes qué íbamos a saber nada de nada__

—Es verdá, compa Ubaldo. Es verdad lo del Fernando__

Responde Tolentino.

—Hay que sentir aprecio, dar valor como Dios quiere a lo que recibimos y al que está cerca de uno__

Se van los minutos. El aguardiente se acaba. El tiempo transcurrido no es mucho, si acaso la mitad de la hora. Macrino se revuelve entre los brazos de su madre, el sueño empieza a doblegarlo. Las mujeres se quedan en el mismo lugar, no se mueven por nada del mundo, y Macrino arrecia su inconformidad, pero la conducta de ellas no cambia.

—Se ha oído que el Nandito tiene bien grande, grandísimo, usté ya sabe__

—¡Sí, comadrita Cristín! castigo del cielo será__

En ese momento, un torbellino de insectos revolotea por todo el campo, son chaquistes que se pegan a cualquier piel, su mordida es parecida a

una brasa untada al cuero; es señal de que son las siete con treinta minutos, por lo que se hace necesario quemar aserrín resinoso; costumbre de por ahí.

—Candidita, trai la lata pal aserrín. En el fogón agarras el ocote__

Fernando tiene decidido que se retira y aprovecha lo dicho por Cristín, para despedirse en general mientras recoge cuaderno, pluma y la cruz de madera, regalo de Tolentino.

—Mañana nos encontramos, Dios mediante__

Ubaldo tercia.

—Orita la Cándida te lleva saraguato, listo pa echar bocado__

A la misma hora en casa de Belsasar

En otro sitio, entre penumbras, Belsasar busca nombres; dos o tres. Sin nadie mas que él en el estudio, dice.

__Reséndez, Servando__

Se queda pensando, como recordando. Pasado un momento, otra vez dice.

___ Reséndez, Servando, estercolero__

La puerta del estudio fue cerrada con llave. Escucha que le hablan.

__ Belsasar, trajé algó calienté__

Del otro lado, doña Mariana, la madre, insiste en estar con él, pero hoy no es posible.

A la misma hora en casa de los Tlacuach

Ellos, en su propia residencia, que no es menor, sin testigos, hablan con seguridad.

—Visitas con regalos, ora tú, ora yo, seguidamente los dos al mismo tiempo__

—Sí pa, que se acostumbren a que estemos cerca__

—Facundita, hijita mía, tu deber es olvidarte de los confites__

Al oír a su padre, Facunda busca con la mirada el agua de hierbas dentro del vaso, que según le han dicho a don Herlindo, es garantía de quitar peso.

Continuación de la premonición

Por lo consiguiente, donde Tolentino ya han abierto otra botella; convite de Ubaldo. Salvo Macrino, los demás rondan los mismos años de nacidos. Cándida salió a llevar la parte del saraguato prometida a Fernando La Flor. Puesto que han dado las ocho treinta, los chaquistes han desaparecido.

—¡Fernando, traje el saraguato! —

Con el olote en la mano La Flor se apresura. De pie se ajusta el calzón de manta y rodeando la cintura amarra el cordel.

—¡Estercolero!__

El grito insistente lo apura y de detrás de la casa, llega por la

espalda de Cándida, diciéndole.

—Fui afuera, entra__

Mientras tanto, Macrinito, a esas horas, colgado de las vigas, duerme en el cajón de tablas; cerca de él, los dos hombres y la mujer conversan en la mesa.

—Hay que esperar otro tantito —

Dice Ubaldo a Tolentino.

—Es amigo —

Contesta Tolentino.

—Pero mi Candelita no puede quedarse sin marido—

interviene Adelfa.

Cristín, que vuelve, pega la boca en el oído de su comadre Adelfa; luego, salen de la casa. Por su parte, Tolentino deja caer en su estómago un trago de Posh. Y Ubaldo habla de Cándida.

—Ella ya sabe ya —

Se van diez minutos. La pareja de mujeres que salió, sigue ausente.

—¿Y aquéllas pue? Ures que se fueron—

Apenas termina Tolentino de hablar, cuando Ubaldo de improviso, sale huyendo desenfrenado, como caballo desbocado, sin rienda. Tolentino lo sigue. Yendo los dos a dar, primero uno y después el otro, directamente a la entrada oscura de la choza de Fernando.

—¿Qué piensa, compadre?__

Sin prestar atención a las palabras de Tolentino, impotente, Ubaldo quiere saber qué pasa adentro.

—No vaya a desgraciar a mi Cande__

Dice con voz temblorosa__

—Se trata de agarrarlo en la maroma, compa Ubaldo, que no llegue a mucho__

Contesta Tolentino.

A tientas, como faltos de vista, van tocando lo que encuentran. Jamás han estado en la casita, por eso no hay nada que recuerden. Como cosa mala, otros dos cuerpos se paran en la entrada, cruzan la puerta y la oscuridad los absorbe, como si los hubiera tragado. Por ahí se escuchan los pasos sobre el monte seco. En medio de la negra noche, van acompañados por una melodía instrumentada con silbidos. Sin dudar, también se mete a la casa.

—¡Ey, eje, ah! —

Unos gritos son de sorpresa, otros de pena; hasta que, quien llegó al último, el de los silbidos, queriendo aparentar valor, pregunta como engallado.

__ ¡Quién vive! ¡Qué buscan, Tolentino!__

—Nandito, vas a perdonar. Me preocupó mi niña. Nomás venía con el saraguato y pa atrás —

Es Ubaldo quien se apresura a responder. Pero llega el llanto de un niño y Cristín se va.

Y Nandito dice.

—Fui con ella, a llevarla, Ubaldo. De allá vengo__

Adelfa da dos pasos hasta quedar frente al joven.

—¿Pa qué fuiste? Ella nomás vino aquí__

En eso se escucha un nombre.

—¡Tolentino, Tolentino! —

Al segundo grito, éste sale cuando Adelfa desencantada pregunta.

—¡Ay no! Ubaldo. ¿No desgraciaría a mi Cande?__

Intempestivamente, luego de un corto tiempo, Tolentino regresa apresurado; interviene sin poner en cuenta nada.

—¡Una vela! ¿Tienes una vela? Ardió toda la de mi casa. La Cristín no mira en la escurana, luego Macrinito está llore que llore__

Adelfa sale afligida y Fernando atiende a Tolentino en su requerimiento. Cuando éste se retira, vuelve donde había quedado.

—Preferí comer el saraguato en tu casa, Ubaldo, sirve que no le inyecte veneno una víbora a Cándida, muy noche__

Adelfa ha llegado a su jacal, no la ve adentro y piensa lo peor y le grita; le grita con gritos destemplados.

—¡Candita, Cándida! ¿Ontas, mija. ¿No es que te desgració el man ése? —

No sabe dónde buscar. Desesperada, sin sustento, como si no tuviera agarradero, sigue hablándole.

__ Pero es que si no, te quedas. Ansina no es lo que queremos__.

La noche es muy oscura. Los animales a deshoras patrullan sus territorios, acechan. Tantos años de vivir así; años con sus padres, años con su familia. Sabe dónde están los animales, qué hacen, conoce sus sonidos. No le duelen los huesos. Los músculos le responden bien. Cansado, toma asiento sobre la parte expuesta de la raíz de una pochota. Primera ocasión que realiza tal acto. Tal vez nunca se sintió como ahora.

Mientras tanto, Cándida da razón a Adelfa, su madre.

—Estaba yo ajuera. Mi necesidad era grande, mire__

Se encontraron mientras ella salía del escusado y Adelfa la buscaba más desesperada que al principio.

—Pues qué pasó con el Nando mija. No te localizamos. Más bien estaba negro de oscuro__

—Que por los animales me dijo que me traía. Ahí, acurrucado se bajó el saraguato__

En apariencia Adelfa no se siente conforme con lo que le responde Cándida. Las dudas siguen punzándole dentro de ella. Como si las tripas se le estuvieran enrollando. Por lo que le pregunta.

—¿No pasó nada? Nosotros preocupados. No te juera a desgraciar__

Al oírla, Cándida se destraba el pelo y se da vuelta; se va para adentro del jacal, a dormir. Pero, afuera todavía, percibe el bulto bajo la pochota. Siente un escalofrío que apenas habla a su madre.

—¡ El alma, bajo la ceiba, el alma! —

Con dificultad, Adelfa que tiembla al mirar a la visión, jala a Cándida; ya dentro del jacal, el miedo aún persiste.

—Nos vamos “antá” la comadre__

Dice Adelfa.

__ Tenemos que llegar, vamos a rodear—

Por la parte posterior salen de la casa, buscando pasar a espaldas de la visión. Con inicios de taquicardia, fuera de la realidad, llegan. Tolentino que ya se enjuaga la boca para el descanso, al oír que de improviso le hablan, siente un aflojamiento general y levantársele el pelo.

—¡Compadre! ¿Onde está su compadre?__

Con el corazón a punto de reventar, Tolentino se agazapa como si fuera un resorte que se encoge al recibir un martillazo contra el suelo. Pero luego al reconocer a la comadre Adelfa, se endereza y contesta.

—Hace tiempo que se jaló__

Adentro Cristín atiende a Macrino, que, a esta hora, comienza a retorcerse. Sale, pues ha escuchado ruido. En cuanto lo hace, Adelfa le

dice.

—Comadre Cristín, mire que un alma no se mueve de la pochota__

En ese momento Tolentino que había entrado, sale con el machete desenvainado; que es cuando Adelfa y Cándida se van con él. De paso, invitan a Fernando La Flor, que en ese momento ya intentaba cerrar.

—Nandito, mi marido quién sabe dónde anda__

Fernando la escucha, y se queda quieto intentando entender, pero no lo logra y responde vagamente.

—De aquí salió ures__

Tolentino interviene.

—Pa acabar de joder, un alma se estacionó en la ceiba. Es justo hacer que deje de molestar. ¡Vamos! —

Fernando se da la vuelta y desaparece, adentro enciende la raja de ocote y sale con el rastrillo. Andando y con el machete listo, Tolentino da las instrucciones.

— Con el ocote por delante, Nandito, si es mal, con la lumbre se acaba — Precavidos, avanzan, cuando de pronto.

—Ahí está, no se mueve —

Dicen.

Distinguen sus caites; las manchas de barro en el pantalón de manta les resulta familiar. El valor regresa con los pasos sigilosos conque avanzan. Las mujeres van un poco alejadas, pero no dejan de caminar.

—¡Ubaldo, compadre! —

Los varones hablan al mismo tiempo. Según parece no los escuchó, de tal manera que, poniendo una rodilla en el suelo, Tolentino le habla; mientras, le pide a Fernando acercar el ocote. Sus ojos abiertos no se mueven. Encorvado, el mentón choca con las rodillas. Adelfa y Cándida llegan hasta el sitio. Con los cuatro mirándolo a la cara, se mantiene igual, más luego, como si fuera otro, hace un relato de mal agüero.

—¡Diez años, sí! Diez años para que truene lo que ya empezó__

Fernando hace por salirse.

—¡No te muevas!__

Le dice con autoridad.

Adelfa tiene las dos manos cubriéndose la boca. Atemorizado, Tolentino quiere que reaccione.

—Compa, aquí están sus mujeres, mi comadre y Candita__

Sin atenderlo el hombre sigue.

—Habrá disparos y descabezados en donde quiera, desde aquí hasta más arriba y a los lados__

Con valor, hasta ese momento ausente, Cándida deja a su madre y se pone de rodillas frente a Ubaldo, se persigna y le dice.

—Diga todo, cuéntelo usted como pueda. Nosotros estamos para oírlo__

Como si no fuera él, se para y le habla al estercolero. Para estar cerca avanza hacia él.

—Algunos se irán corriendo de esta propiedá. Otro morirá, pero antes dejará de hablar__

Adelfa llora mientras se tapa los ojos y dice de manera entrecortada.

—Se volvió loco, pobre el Ubaldo__

Cándida ha ido a la choza, que está cerca.

—¡Tú estarás ahí, estercolero!__

Dice Ubaldo a Fernando.

__ Pero ignoro qué será de ti__

Luego cae de rodillas y alza los brazos mirando al cielo. Justo cuando abre la boca para seguir, se estremece al salpicarle una lluvia de gotas de agua.

—¡Fuera, fuera! —

Cándida, con un manojo de albahaca y llevando en el cuello un trenzado

de ajos, le avienta agua bendita.

__ ¡Malo, deja a mi apá! ¡Sal de ahí, por mi conducto, te ordena Dios! ¡Sal! ¡Sal!__

Aturdido, el poseído se mueve con violencia y se toma la cabeza por las sienes. Voltea a verlos y dice desconcertado.

—¡Qué, qué carajos! ¿Están locos? ¿Qué hacen aquí?__

Belsasar arma su equipo y recibe a los Tlacuach

Ante sus padres, Belsasar expone sus ideas. Don Celedonio Miguez, ronda, va y viene; estudia las palabras. Doña Mariana Flament da vueltas a una publicación sobre modas; con el pelo recogido provoca la idea de que su cuello es extensamente largo, fino.

__ La tranquilidad me hará falta para organizar todo__

Ha dicho Belsasar.

__ Quiero la confianza__

Luego de hablar, el interés de Belsasar queda en conocer la fuerza de las respuestas, sobre todo de don Celedonio. En espera pasa la fina mano por el mentón y se acaricia la barba de candado. La señora Flament por fin deja la revista y es la que le responde en primer lugar.

—El futuró de los Miguéz Flaménт, hijó, es obligación de todós__

Inesperadamente el señor Míguez y Ortuño corta la contestación e interviene áspero.

—¡Todo es tuyo! ¡Tómalo!__

Belsasar tiene, de su madre, el físico; de su padre, el carácter.

Camina hasta darles la espalda y observando su sombra sobre la

pared, eufórico les dice.

—¡Seré recordado por siempre! ¡La república me honrará!__

La fotografía de la pared le atrae y expresa con orgullo, contemplando la hazaña del militar.

—¡Mi general Díez!__

La mujer toma de la otra mesa, la foto de Belsasar cuando niño, y sus labios se despliegan en una sonrisa total. Luego de pasar todo eso, escuchan al hijo agrimensor enumerar nombres.

—Reséndez y Servando; Servando por ser leal del primero__

Después, el nombramiento de don Herlindo y Facunda, golpea al patriarca, que reacciona alzando la voz.

—¡Belsasar! —

Luego se pasea molesto, pues no entiende el nombramiento. Es urgente una aclaración. Y así sucede; Belsasar le dice.

—Su fortuna no es menor, además de que les apremia lo rancio de los apellidos Míguez Flament__

Inconforme don Celedonio le reprocha.

—¡Sí, señor!, pero habría que tener cuidado, la cronología de Herlindo no es para hacer fiesta__

En tanto, doña Mariana, con el simple nombre del prestamista, es invadida por la incomodidad, pero no dice nada. Luego Belsasar se refiere a Fernando La Flor.

—He oído decir, ya es voz general, que el estercolero sabe leer y realizar operaciones__

La cara del padre es de ignorancia, por lo que Belsasar le aclara.

—No lo conoces. Lleva un tiempo en Los Garabatos.

Llegó completamente en la ignorancia. Es de inteligencia apreciable__

Ahora, doña Mariana tiene una mueca de desaprobación, por eso, Belsasar insiste.

__ Vi su mirada. Llegará a ser el de mayor importancia de mis empleados__

Cuando se han puesto de acuerdo, el tañer de la campana anuncia que hay visitas. Salen. El encargado de la entrada avisa.

—¡El señor comerciante y doña Facunda! —

Herlindo llega saludando efusivo. Como una máquina de tren.

—¡Distinguidos amigos, doña Mariana, mis respetos!__

Facunda, atenta, percibe entre los tres una especie de entendimiento acordado. Encuentra raras las sonrisas, el acomedimiento.

—Justo, señor Herlindo, para acompañarnos a merendar__

Dice el agrimensor, induciéndolos a caminar.

Resulta sospechoso para Facunda, que el altivo Belsasar los tome a ambos del brazo. Mariana y Celedonio los siguen.

Por su odio a Fernando, Reséndez va perdiendo autoridad

—¡Avísale!__

Es Apolonio Reséndez que en los campos de la hacienda, furioso ha ordenado a Servando. No obstante su talla y su temperamento de toro sin amansar, se nota extraño, como si escondiera algo. Venido del norte, cuenta con cuarenta y ocho años cumplidos, andando en los cuarenta y nueve. Es sabido por aquí que tiene varios hijos regados, pero al día de hoy, en su casa no tiene ninguna mujer. Se mete dando gritos.

—¡Caminen! ¡Muévanse! ¡Produzcan!—

Pasa demasiado cerca de cada trabajador. Descontrolado, se enardece.

__ ¡Desgraciados! ¡Métanle duro! —

En un momento dado casi corre. Es cuando el sombrero vuela de su cabeza, lo que hace que el barbiquejo baje del mentón al cuello. En su paso violento, el sombrero revolotea en su espalda, dando la impresión de que lleva un paracaídas. Los guardias se sorprenden. Por su parte, Eliel al verlo suspende el acarreo de forraje. Se queda parado viéndolo pasar desaforado, como loco, cerca de él. Precisamente ahora, llega Tolentino cargando el galón de melaza y Eliel le dice, refiriéndose a Reséndez.

—Era cabrón. Ahora es peor__

Con el galón al hombro, Tolentino le contesta.

—Llegó el chaparro y empioró__

El hombre ha ido perdiendo fuerza y con ello, la sensatez perdida, regresa. El fresco de sus ropas sudadas le devuelve la temperatura. Ubaldo que está por ahí, ve que se aleja.

El fresco llega a todos con gotitas de agua. Es porque el cielo ha empezado a cubrirse de negro. El viento corre fuerte, en ráfagas. Ahora ya nadie puede verlo, pues Reséndez ha entrado a la zona de grandes árboles; ahí, dos cruzan escondiéndose de él por entre los árboles y maleza. Se alejan lo que pueden. Cuando se sienten seguros se detienen y el hombre dice.

—Hacete pa allá, Reynalda. Corre. Nos vaya a mirar cómo estamos__

Y se van escabullendo nuevamente.

Finalmente, Tonatiuh, el encargado de los caballos, no obstante su ansiedad, termina de vestirse. Reynalda camina, se va agazapada en dirección a la molienda. A esa hora apila la caña. Veinte minutos atrás ingresó al bosque según por su necesidad. El cuidador está obligado a esperar, pues en donde debe pasar, el capataz da vueltas sin irse. Si hiciera un rodeo tardaría seis veces más de lo normal. Tapado por el amate, a su mente llega la imagen de los caballos que cuida. La piel se le enfría al reconocer lo que le darían por lo malo que pasara en su ausencia. El odio por Reséndez se multiplica, pero ni modo de matarlo. Olvida que, al estar con la mujer, desprendió de sus orejas el par de aretes de alambre que, ahora sabe, tiene en la mano. A su nuca llega un dolor intenso. Sus ojos sufren. Hasta su sangre disminuye la presión. Ya no respira con normalidad, peor que el hombre al que con gusto mataría se sienta y le da la espalda. Con un deseo inmenso de abalanzársele y asesinarlo, habla para sus adentros.

—¡Apolonio remaldito!__

Por su parte, éste coloca los nudillos de manera violenta sobre sus temporales. Presiona hasta que el sudor perla su frente y los dientes muerden su lengua. Al verlo, el emboscado siente confusión, se olvida de sí mismo y le dice desde donde está.

—¡Don Apolonio! —

Sin soltar los aretes sale del escondite y va caminando.

__ Don, don Apolonio —

Vuelve a decir.

Ahora hay claridad. Las nubes se movieron al ocaso y provocaron un

cambio en el tiempo. Reséndez lo escucha y se sorprende.

—¡Quién! ¡Cómo es que andas aquí. Los animales allá solos! __

—Señor, vi que se daba castigo__

—¡Sí, te pregunté de tu lugar donde trabajas!__

El trabajador, a propósito, evita contestarle. Pero agrega, sin acercarse mucho.

—Pensé como si le llegara la locura; don Apolonio, porque lo vi, lo creo__

Reséndez toma fuerzas para ponerse de pie. Quedan de frente, sólo que el caballerango no se agacha, como de costumbre, lo que lo impulsa a buscar motivos.

—¡Los aretes! Mucho se ha oído de la Reynalda y tú. ¿Le pertenecen?__

El joven encargado del establo tiene un aflojamiento general del cuerpo. Duda. Pero aún con el temor corriendo por sus huesos, insiste.

—Todos aquí, en Los Garabatos, piensan que el Fernando tiene más bolas que usté. Si supieran que lo vi maltratándose, como matándose__

Rápidamente el capataz Reséndez se da cuenta que eso lo dejaría en desventaja. Perdería respeto. La hacienda está de por medio, tal vez hasta su vida. Contraataca.

—Tonatiuh, la Carmela ¿sabe que te escondes en el bosque con la Reynalda?__

La amenaza es de tomarse en cuenta, pero Tonatiuh le responde.

—Mire, don Reséndez, no conviene jodernos, usté me cuida, lo cuido yo__

En el campo, Servando va por La Flor. Su deber es comunicarle las órdenes de Apolonio Reséndez. Fuera de la cercanía con su jefe, él tiene una sensación; se siente pájaro. Cándida, que viene con el bastimento para Ubaldo, lo saluda por su nombre. De lejos, entre los trabajadores, es difícil saber quién es; de cada paso de antes, ahora camina tres y causa entusiasmo su velocidad de palabra. Cuando divisa al que mezcla estiércol, le hace saber que ya está por llegar.

—¡Nandito, ey! ¡Traigo recado!__

Fernando deja la herramienta y voltea a verlo.

—Nandito, que mañana tienes deber de estar ahí__

Cándida ya se encuentra cerca del punto en que platican.

—¿Onde es?__

Pregunta Fernando.

__ En la casa grande. Que me des tu número de mudada, de sombrero, que se necesita saber de qué tamaño es tu pie para tu calzado__

Sorprendido, La Flor se pregunta, ¿Quién y para qué quiere saber sus tallas?

—No me creas, Nandito, pero se van a juntar tú, el mero dueño y don Apolonio. ¿Para qué? Ahí sí me vas a dispensá__

Luego guardan silencio, porque, Cándida llega y también tiene un encargo para Fernando.

—Que dice mi papá Ubaldo que llegues a beber café, que por favor no sea muy tardesón__

Servando da los primeros pasos para irse, pero antes dice.

—A las dos en puntito, puntual Nandito. En la mañanita estarán por aquí tus cosas, asegún entiendo, dijo don Apolonio__.

El día en que Fernando se hizo cargo de "Los Garabatos"

El angosto camino va a la parte del río en el que los hombres se bañan. El sitio por costumbre es negado a las mujeres. Eso es sabido. Fernando camina seguro de que son las diez de la mañana; confiado de la soledad, está por alcanzar la ribera. El agua no está a su vista, debido al bloque de árboles que hay por toda la línea, a manera de rompe vientos. Llega al punto en que sus oídos captan algo, al instante, su cuerpo adopta diferente posición; de alerta. Y sin ver, centrado sus sentidos en dirección de donde viene ese algo que lo alertó, toca por instinto el machete por el lado de la cacha.; luego de descartar el peligro, sigue el caminito, pero ahora, sin la confianza con la que empezó a caminar por el lugar. La preocupación llega porque no es hora de que alguien ande por ahí. Los hombres no tienen por qué abandonar el trabajo. Entra al bloque de árboles; el camino se vuelve zigzagueante, con árboles aquí y allá. Son treinta metros de seguir la brecha que se va a la izquierda, después a la derecha y luego endereza; esquivando árboles y matorrales, llega a la orilla, cerca de un Ishcanal. Al llegar, abre la hierba a sus ojos. De golpe,

la mira flotando de espaldas en las aguas de la rejoya; su desnudez es brillante. El agua se desplaza por su vientre desnudo y su sonrisa es blanca y aletea como paloma. Inmediatamente la ansiedad lo captura y no puede evitar mencionarla.

__ Cándida__

Dice.

No está dispuesto a irse, pero, un movimiento entremezclado se siente en la cercanía; vuelo de aves, animales que corren. Fernando reacciona y busca protección. Pegado al tronco del matilisguate, sacando la cabeza se asoma. El aire que topa en su oído, lleva como si fuera un hilo de teléfono, los suspiros y un nombre de mujer.

__ ¡Reynalda!__

Hasta donde está, el aire también lleva, ahora, el sonido del movimiento sobre el monte y un susurro.

__ ¡Ah, Tonatiuh!__

Luego, decidido a plantarse frente a Cándida, baja a la poza, pero ya estando ahí, se desconcierta, desconfía de su lucidez. Hay ausencia de ruidos, las pisadas no se ven y el agua no indica movimiento alguno.

Desde la mañana, Reséndez se ocupa de tener en pleno todo conforme se ocupe. Fernando espera en el patio, calcula que faltarán cinco minutos para la hora. Un poco después, los gritos por su espalda lo sobresaltan.

__ ¡Éntrate, tú!__

Sólo de verlo, Reséndez se violenta y le habla con energía.

__ ¡Entrando te agachas! ¡Respeto!__

Entran y vuelve a insistir violento.

__ ¡Agáchate!__

Sentado mesándose los bigotes, Belsasar, por la sonrisa que tiene, se nota que mira con satisfacción morbosa como lo sobajan. El hombre de riqueza enorme aún no ha hablado. Sentado en una silla de varilla labrada en el respaldo, Belsasar mira con fijeza al estercolero. Lo presiona. Reséndez, de rodillas sostiene el cenicero a la derecha del patrón. Agachado Fernando no puede ver que el hombre fuma un habano; Al fin,

Belsasar Míguez da comienzo.

—En la familia, los negocios o lo que sea, en la vida, nunca, óiganlo bien, nunca se triunfa si la lealtad no se encuentra presente__

Ahora se levanta, camina en sentido contrario a la ubicación de Fernando. De espaldas, sacude el cigarro. Las cenizas quedan en el depósito que lleva Apolonio e inmediatamente, dice.

— Es imposible que por sí solo un cristiano triunfe —

Estira el brazo ordenando dónde requiere el cenicero. El capataz es perfecto.

— Apolonio Reséndez, aquí presente, ha sabido ser leal —

Regresa a la silla y hace la indicación de que las botas le estorban. El poderoso sirviente, de rodillas, destraba todas las fajillas y libera los pies sin dejar el cenicero y, ahí es cuando el muchacho, es interrogado por el patrón.

— ¿Y bien, estercolero? —

Al instante, Fernando avienta hacia su espalda el sombrero de ala ancha recién estrenado, se aproxima y agachándose, de hinojos pasa la lengua por los pies del heredero de los Miguez Flament. La delicada piel queda brillante. Cumplido su deseo, Belsasar, fastidiado le dice.

— ¡Basta! —

Llegada de afuera, se oye de vez en cuando, unas veces lejos, otras con mayor cercanía, una voz parecida a la de Servando; es por que, tras ellas, Servando verifica a cuatro mujeres muy serias que hacen trabajos en la cocina y en el comedor. Adentro, Belsasar ordena poner atención y se dirige a Fernando.

— Me ha llegado la noticia de que sabes de letras y números__

—Poco, su señoría__

Entonces, de su chaqué, sale el recorte de periódico que entrega a Reséndez. Enseguida, descubre en su reloj de bolsillo que tiene diez minutos para salir al comedor. Y otra vez, con el desdén que acostumbra, ordena a su capataz.

—¡Infórmame Apolonio!__

Pálido, el hombre mira el recorte y no encuentra qué decir.

—Desde mañana te quiero en Flores de Arrayán. Te daré instrucciones precisas__

Le ha dicho a Fernando. En consecuencia también tiene palabras para su capataz de tantos años.

—Sigues haciéndote cargo del trabajo de la hacienda, pero—

Señala a Fernando.

—Rindiéndole cuentas a éste como si fuera yo—

Sólo Dios y él, Reséndez, saben lo que sintió, porque no dio señales. Faltando sesenta segundos para los diez minutos, la puerta es abierta. Aparece Belsasar de botas y chaqué. No ha puesto pie fuera cuando ya, vestidos de fiesta, el señor comerciante don Herlindo y su única hija van cruzando el patio tipo andaluz.

__ ¡Herlindo, Facunda!__

Dice Belsasar, en apariencia emocionado, y va a encontrarlos seguido por sus empleados.

__ ¡Su humilde casa los recibe con regocijo!__

Les hace notar que se ha impacientado por verlos. Efusivo, complementa los halagos.

__ Les recuerdo que mi propósito es presentarles a mis sirvientes, que desde hoy servirán a ustedes también__

Al hablar de ellos es imprescindible presentarlos. En primer lugar dice el nombre del capataz.

__ Apolonio Reséndez__

Cuando llega el momento en que lo nombra, señala a La Flor. Facunda encuentra en la mirada de Fernando algo que hace sonreírle.

El primer día de Fernando en la residencia Míguez Flament

Hace el último amarre. El caballo queda en descanso y con suficiente lazo para no mortificarlo. Ha venido de Los Garabatos. Preguntando ha sabido llegar a la mansión de los Míguez Flament. Por lo que se ve, hay instrucciones de dejarlo entrar. En la gran puerta de hierro, un hombre, el vigía con sombrero de charro le dice cómo llegar. Impresionado, Fernando

observa el enorme patio de cantera; indeciso, con sigilo da sus primeros pasos, tratando de acostumbrarse, reconociendo los terrenos que pisa. Atrás la puerta se ha cerrado. La fila de maceteros colgantes, hechos de mimbre, llenos de orquídeas, parece no tener fin; el goteo es inagotable; por toda la línea, una tras otra las gotas se cuelan entre el mimbre y van a dar al suelo de piedra; una gota está por caer, Fernando con la vista hacia arriba, mirándola, la espera con la palma de la mano extendida; la gota llega a estrellarse y se desvanece; luego, camina al lado contrario y va metiéndose por entre las columnas de ladrillos laqueados en negro; serpenteando, culebreando, las va dejando atrás, hasta alcanzar la última; parado, mira para varios lados, después, camina de regreso; deteniéndose en cada columna, toca con los dedos las hojas de las enredaderas que trepan enrollándose sobre ellas. Absorto, olvida donde está, hasta que escucha.

__ Si pasa como espero, estarás conmigo. Te diré por ahora que se dará arreglo a tu jacal. Tendrás una cama, letrina—

__ Su señoría —

Dice Fernando a Belsasar, y rápido va a presentarse ante él. En lo que le presenta sus saludos, un hombre llega. La caja de cartón que lleva queda en manos del joven sirviente y Belsasar hace cuentas.

— Seis mudas nuevas. Con la de ayer tienes para cada día de la semana —

Súbitamente, don Celedonio y Facunda aparecen en el pasillo que viene de los jardines. Según se entiende, éstos no se interesan más que en sus asuntos, ya que no voltean ni a verlos, menos para decirles palabra alguna. Van caminando por el patio entre pláticas.

—Con gusto, Facundita. Aquí se le aprecia, chula__

—Don Celedonio, tomo su palabra__

Así, sin fijarse en los dos hombres, llegan a la salida. Fernando se mantiene igual; pendiente solo a las palabras de Belsasar, no ha visto hacia ningún lado. Siempre atento, sigue escuchándolo hablar.

—Lo que exijo es eficiencia. La hacienda no rinde lo que debería. Confío sobre todo en tu lealtad. Ya todos los papeles están allá. Son tu herramienta de trabajo —

Afuera, ya para retirarse, Facunda ve cómo es besado el dorso de su mano. En tal acto, la pronunciada calvicie de don Celedonio también

queda a la vista.

—Vaya con dios, niña__

Dice el engolosinado hombre, una vez que ha despegado los labios y cuyos cachetes se ven arrebolados. En el patio, Belsasar continúa con Fernando. Pronto con pasos rápidos, menuditos, doña Mariana aparece buscando al marido. Llamándolo con gritos, se aproxima.

—¡Celedonió, hombré! —

Lo busca en toda la casa. Pregunta con los mozos. Tiene prisa. En el patio descubre a su hijo y le pregunta.

— ¿Tu padré? No lo encuentró. El señor ministró. ¡Largá distanciá!__

Al oírla, Belsasar se va tan rápido que olvida los buenos modales; doña Mariana cerca de Fernando, queda desconcertada, pero de repente se fija en el muchacho, le da vueltas, satisfecha luego de observarlo bien, el estilo francés de la dama desparece y decide hablarle.

—Las apariencias funcionan hasta que te descubren. ¡Eres el estercolero! ¡Eso es! ¡Bienvenido al mundo!—

Busca su mano, la encuentra, la aprieta y mostrando la perfección de sus dientes, se presenta.

— Mariana Flament__.

Fernando reordena el territorio de "Los Garabatos"

En nombre del prestigio de la poderosa familia, tiene prohibido andar en caites. La costumbre de usar mocasines no arraiga en sus pies que arden, razón para andarlos sin atar. Tocan a la puerta. De seguro es el capataz que responde a su llamado. Desde su escritorio le ordena.

—¡Pa dentro!__

De mejor muda, Reséndez ya no es como era antes; como ganado cerrero. Ahora se presenta ablandado, como el cuero remojado. Entre uno y otro, por lo menos habrá quince años de diferencia.

—Pa lo que gustes mandar, Fernando —

Dice Apolonio, sentándose frente a él.

—Vamos a ordenar el funcionamiento del personal. Cada quien en su

lugar__

Le informa Fernando.

El capataz queda en silencio, pensativo, luego responde.

—La mera verdá, no entiendo__

Con precisión le responden.

—Es caballerango, Tonatiuh podría ser un gran domador—

A Reséndez el nombre le trae recuerdos y eso hace que sus dientes choquen con violencia.

—Haremos divisiones. Se creará un mapa del terreno de acuerdo a su vocación, con lo cual quedará en orden la producción__

Pero muy bien es sabedor, que su trabajo está en juego. Respira con fuerza, hasta el fondo; se llena de energía y contesta.

—¡Estoy listo, dispuesto!__

Entonces, mostrándole los dedos de las manos, Fernando le responde.

—Apolonio Reséndez, diez días es lo que tenemos. ¡Ni uno más!__

Muchos roles cambiaron. El terreno se dividió. Cabría entonces pensar en otras diferencias. Pero no obstante, el juego de Reynalda y Tonatiuh no termina, Cándida sigue sin marido y por su parte Servando sigue obedeciendo al nuevo Apolonio Reséndez.

En los campos, Fernando habla con Reséndez, que le acompaña en un recorrido de vigilancia.

__ Nos hemos convertido en la hacienda ejemplo del estado__

dice Fernando.

__ Reséndez, la tarea ahora es corresponderles a los muchachos__

Llegan al punto del mezclado. Entre silbidos propios, Ubaldo no se entera de que pasaron cerca. A esa misma hora, Cándida carga los alimentos que lleva a su papá. Su físico es bien visto. Tiene apariencia de gacela. Montado en un caballo que amansó antier, Tonatiuh le tapa la salida y le habla con deseo de tenerla.

__ Cande, cada día que pasa te pones mejor__

A lo lejos, Reynalda que lleva de comer al marido, no escucha, pero los ve y habla rabiosa.

__ ¡Ofrecida, desgraciada. Por eso no agarra marido!__

El domador sabe qué sucede y atiza el fuego. Baja de un salto; ya abajo orgulloso, pegándose da tres pasos con Cándida, que sin inmutarse no le permite más y le dice.

__ ¡No agarro hombres casados; mañosos, menos!__

Él se detiene y deja que se vaya. Ya no insiste. Tolentino que viene del bosque y trae la carreta llena de leña, desde arriba le dice a Cándida.

__ ¡Voy pa la casa de los señores, vámonos!__

Al detenerse el carretón la muchacha coloca el morral en el espacio que queda; en la tarima. Luego poniéndose de espaldas, con un impulso queda también en la tarima; sentada, las puntas de los leños le punzan en la espalda; Reynalda corre, va en su busca; cuando llega a sentarse, pegándose a ella, trae una llama por dentro, que la impulsa a decir.

—Quiubo, ¿todavía no agarras nada?__

—Pa tener un pior es nada, luego esconderme con otro, mejor sola__

Contesta Cándida.

La pelea no es nueva pero hoy, el insulto puede llegar lejos.

—O la calentura no apagada__

Habla Reynalda.

__ A leguas se ve que andas clueca__

La respuesta de Cándida le duele.

—¡Pero no por tu gallo trespeleque!__

En el timón, Tolentino encaramado encima de la leña, entre regaños a los bueyes, canta una canción de la época. No tiene conocimiento de lo que se vive atrás, abajo. Todavía Cándida insiste, dejando caer sal a la herida.

—¡Porque no quiero, que si no!__

Herida, Reynalda va a golpearla, pero Cándida al verla le dice.

¡Ándale! Hagamos escándalo. ¡Así el Torito sabrá que su mujer anda de puta! —

Temblando de odio, Reynalda pone pie a tierra. Parada ve que la carreta se va alejando y con todo el furor que guarda le dice.

— ¡Perra!__

Tolentino empieza a jalar la rienda. Los toros, al sentirse lastimados por las nariceras, poco a poco se detienen. En ese momento desde la molienda, Servando saluda a Reséndez, quien aprovecha para apartarse de Fernando, alejándose poco a poco. Tolentino ya no alcanza a hacerlo con Reséndez que se fue, pero saluda a Fernando; momento en que Cándida salta de la retaguardia de la carreta y se abalanza diciendo.

—¡Nandito!__

—¡Cándidai__

Le responde Fernando.

__ Dije que hoy te buscaría, de nochecita__

—Sí, pero ya que ando aquí __

Contesta Cándida

__ Te vine a espiar__

Volviendo a acomodarse en la carreta.

El carretero, Tolentino, da marcha adelante haciendo caer el cuero del látigo en uno de los toros. Las ruedas rechinan al comenzar a rodar. A trescientos metros más allá, trabaja Ubaldo. Cándida sabe dónde buscarlo. Fernando La Flor los ve irse, se queda haciendo comparaciones con tal fuerza que, en su visión, Cándida y Facunda hablan con él al mismo tiempo.

¿Qué sucedió esa noche en casa de los Míguez Flament?

—Pa, en esa casa se siente que algo grande viene —

Dice Facunda y espera, mientras, mira cómo su padre, frente al espejo se unta limón en el cabello. A don Herlindo no le importa nada, su obsesión

es la señora de Míguez, de ahí que no tenga interés en contestarle.

—Pa, recuerda lo que queremos__

—¡Nivel, hijita, nivel! ¡Dinero, poder!__

El espejo lo toma de cuerpo entero; se observa en diferentes posiciones y sin dejar de verse, dice.

—Funciona la infusión. Las hierbitas son mágicas —

Ríe contento. Tiene ya en su mano la combinación de extractos de níspero, hoja de zapote negro y pan de palo. Lleva el vaso a sus labios, bebiendo camina hasta Facunda; termina el líquido, luego levanta el vaso y suspira satisfecho, solo para oír a Facunda decirle.

—Ilusiones, sigues igual o peor__

Don Herlindo cierra los ojos y dice.

—¡Vamos! ¡Mariana voy por ti!__

Tres cuadras separan las mansiones, sin embargo, la calandria de los Tlacuach se encuentra lista para partir. En el trayecto, Facunda reconoce que Belsasar es un imposible y don Celedonio es un fantasma que la ronda. Con exactitud, a las siete de la noche, les abren la puerta de hierro. Belsasar los recibe.

__ Mis padres y yo los esperamos gustosos__

Después toma del brazo a la dama; de inmediato siente el peso del grosor de sus carnes. El matrimonio Miguez viene al encuentro.

__ ¡Amigos, ésta es su casa!__

Dice don Celedonio.

Claro que antes los dueños de la casa han debido acordar su comportamiento para esta ocasión, pues quieren el apoyo incondicional del pundonoroso don Herlindo y su hija. Lo que es seguro, es que no se habló del despliegue de don Celedonio con la heredera Tlacuach, mucho menos de la ronda de don Herlindo a doña Mariana. Acomodados en el salón, Belsasar suplica a su madre.

__ Madre, por favor el vino__

La señora, de pie, con el ruido de tres palmadas exige al sirviente, quien viste de etiqueta y se ha mantenido discreto. Por un lado están los

hombres; entre ellos, don Herlindo, impaciente espera la entrada del sirviente con el vino; Belsasar y don Celedonio se miran, aprovechando que don Herlindo tiene su atención en otra dirección. Doña mariana se retuerce incomoda por las continuas miradas de don Herlindo; apoltronada, jala aire aparentando escuchar a Facunda; discretos golpes en la puerta, preceden la entrada del sirviente, que recibe la ayuda de don Herlindo, quien al oír los golpes, cruzó la estancia instantáneamente. Se sirve primero a los visitantes; cuando le toca a don Herlindo, este toma su copa y la traslada con galantería a doña Mariana.

Se han bebido dos vinos de buena cava francesa y en razón de que viaja a la capital, Belsasar se despide a los treinta minutos y se lleva a doña Mariana.

—Madre, permíteme, necesito hablarte__

Se retiran. Ya en el auto, a punto de largar, instruye a su madre.

—Facunda debe irse hoy con el nombre de Fernando metido en su pensamiento__

Ella con burbujeante alegría deja en claro su seguridad.

—¡Ay hijó! Tu viajá desapenadó, sin distraccionés__

El portón se abre. Satisfecho, Belsasar ordena a su chofer.

__! Vámonos ¡__

Parte por la mujer que ha de darle prestigio.

Facunda ha salido a buscarla; habrá caminado unos cien metros por diferentes pasillos. Pronto alcanza a ver que doña Mariana se aleja, y ya no va y decide sentarse en la banca de fierro, junto a una higuera. En la sala, donde inició todo, don Celedonio ha pedido un vino seco. Siente incomodidad. Luego encuentra un motivo para salir.

__ Dispénseme, Herlindo, voy por los habanos__

Se va. Entrando y saliendo de los pasillos, doña Mariana llega a la sala por otro pasadizo. Cuando ella entra al salón, don Herlindo hablaba solo. Intentó huir, incluso ya había dado la espalda, pero al descubrirla don Herlindo, caminando hacia ella le dice.

__ ¡Mariana, acompáñame!__

Para que no escape, le ofrece una copa. Ella regresa y él, agitado la obliga

a sentarse.

Buscando algo, don Celedonio se acerca. La verdad es que a partir de que se escabulló no busca nada. Camina de pasillo en pasillo, tal vez para quitarse el acaloramiento que lleva días sintiendo. La descarga que le corre por dentro es porque acaba de ver a Facunda sola. Emocionado le dice.

__ ¡Niña!__

Corre a sentarse a la misma banca, en la que ella está sentada. En el salón, don Herlindo ha tomado a doña Mariana del talle. Doña Mariana se ha soltado. Es momento que toma la gruesa mano morena y la deja caer en su muslo.

__ Herlindo, debemos, por los tiempos que corren, unirnos__

Gira un poco en su silla, lo que hace correr la mano hacia adentro.

__ Todo lo que podrías ganar__

Dice a don Herlindo que para ese momento, solo piensa en ella.

No hay nadie; el servicio descansa. Solamente don Celedonio y Facunda, pero están afuera, en el patio, también solos. A ellos, el vino también les ha ganado. Abrazada, d o n C e l e d o n i o la lleva fuera del patio, a caminar por los pasillos. Después de caminar, se quedan en la bodega de mantenimiento. El hombre descubre una mesa de tres patas. Con el millonario entre sus piernas, Facunda queda sentada por el lado de la esquina firme. Nunca ha dormido con hombre alguno, pero, ahora tiene las manos sobre la nuca del varón y una especie de calambrito camina por su piel y sus rizadas pestañas apuntan hacia arriba, al bajar sus parpados.

Fernando, Cándida y los demás

Siendo las siete de la noche, va por la parte de atrás de la hilera de casas. Lleva mucha precaución. En la última casa de la hilera, Macrinito duerme ya. Ella va a la penúltima choza, la que sigue siendo de Fernando La Flor. Las luces de todos los jacales son débiles.

Recuerda que él le dijo que la visitaría a las siete treinta. Ahora falta un poco para llegar a esa hora. Se asoma por entre las varas de la pared. Logra ver que Fernando, pegado a la vela, lee. Se decide ya y entra. La sombra que se proyecta sin esperarlo, sobre la pared de varas, es gigante. Asustado, Fernando se aleja. Pero cuando Cándida le dice.

__ Nandito, soy yo__

Siente alivio, un gran alivio.

En el fogón, Cristín, a la par que platica, deja caer el café en los jarritos.

—Comadrita, que ya no sea saraguato; un conejo__

—No crea. Otros ni eso logran —

Las dos son analfabetas y trabajan desde que dios manda el amanecer, hasta que se duermen. Adelfa se aparta del banco y va por su café, va con el afán incontrolable de platicar.

— Ora que se fueron, platíquemos bastante__

Apresuradas por revivir las emociones que les da la vida de lo demás, se sientan en el umbral de la puerta.

Uno de ellos lleva al hombro su escopeta de mechero. Por el momento van a medio bosque, pero su destino es hacia el lomerío, a tres kilómetros. Los ruidos naturales de la noche no son los únicos. Y se alertan.

—Compa Tolentino__

Dice Ubaldo.

__ ¿Cuántas almitas andarán vagando por aquí? Dese cuenta —

Lo obliga a detenerse

—Oiga atento compadre__

Concentrados, los dos hombres hasta respiran con lentitud. Pasado un tiempo Tolentino reacciona y dice.

—Compa Ubaldo, son pujidos de alguno que está en su necesidá; los otros, quién le dice que no andan por ai la Reynalda con el Tonatiuh —

Ubaldo baja la escopeta del hombro y declara.

— Hasta se puede uno morir del susto creyendo lo peor, cuando es otra la cosa__

Entonces a Tolentino le llega el recuerdo de la mujer de Tonatiuh, el domador. Y se expresa en relación a ella.

—Quién dice que el Torito no anda jugando por aquí. Ya se supo que a la Carmela, el marido no le cumple__

Y no lo dicen, pero la duda los atrapa. Sus mujeres quedaron lejos y solas.

—Caminando y hablando, compa Ubaldo__

Dice Tolentino.

__ Los conejos no están ahí nomasito__

Y empiezan a sentir que los chaquistes arrancan pedacitos de su piel y les dejan la sensación dolorosa de una minúscula brasa. Si reinician la marcha ya, regresarán rondando las tres de la madrugada. Ahora son las siete y media.

__ Preferí venir yo. Mi amá y mi apá no están__

Él coloca para ella una silla, luego se va a la cama. El silencio de los dos es largo. Ella lo está esperando. Él busca la manera de decir lo que quiere decirle. Voltea a verla. Al hacerlo su seguridad aumenta, después se agacha y de la caja de madera que toma del suelo, saca un papel que le ofrece.

—Míralo con atención. ¿Puedes decirme lo que ves?__

Le dice.

—Quiero enseñarte a decirme lo que ves en ese papel__

Sorprendida se tapa la cara con las manos; luego reaparece diciéndole.

—Fernando ¿me darás lo que tanto te costó?__

__ Es poco para alguien como tu__

Le responde con un hilo de voz.

Le está hablando, y a la vez, Fernando la tiene rodeada de la cintura, y ella le permite poner los labios en los suyos.

—Pa mí es malo, comadrita Adelfa —

Siguen en la puerta. Los chaquistes no han podido con ellas.

—Pa ella no, Cuantimás pal Tonatiuh, comadre Cristín, pa los hombres es

una fiesta__

Adelfa continua y entre risitas dice a la comadre.

—Pero qué divertidas se dará la Reynalda__

Perdieron seriedad y entre aplausos y risas Cristín le dice al oído.

—¿No ha deseado tener otro?__

—La mera verdá sí__

Contesta Adelfa

—¿Usté, comadrita Cristín?__

Pregunta.

—Hay noches que sí, pero, comadre, no tengo el valor de la cabrona Reynalda__

Tan interesadas están en la plática, que no han puesto en cuenta que los chaquistes ya se fueron. Ya pasan de las ocho y treinta de la noche.

Facunda y su padre aceptan la solicitud de Belsasar

En Arrayan de las Flores, Belsasar regresa de la capital del país y cita a Fernando para ese mismo día, en la tarde. Los Tlacuach también son esperados.

Ha dejado al caballo con suficiente reata y ya se dirige hacia la gran puerta, cuando de repente una voz de mujer lo nombra.

__ ¡Fernando! __

Cuando escucha su nombre, antes de poner la mano en la cuerda de la campana, voltea.

__ ¡Espérenos ahí vamosi __

Facunda que le habla, ha bajado de la calandria y espera a su padre, quien recoge el limón que se le ha caído; con dificultad por su talla, don Herlindo con el limón en la mano por fin logra enderezarse, Facunda lo abraza y avanzan. Antes de llegar hasta donde Fernando los espera, con el brazo extendido don Herlindo señala la campana, diciendo.

__ ¡Llama!__

Resulta que ese hombre al volverse acaudalado, supo del arte de dar órdenes. Fernando jala, luego, el profundo sonido del metal llega al guardia que asoma. La gran puerta se abre, dejándoles el paso libre; ahora es cuando don Herlindo introduce a Fecunda, entrando después él; Fernando los sigue hasta el pasillo donde tiene que doblar, para irse a tocar a una puerta

__ Adelante Fernando__

Dice Belsasar, abriendo el despacho.

—Señor__

Contesta Fernando.

Aunque no como antes, pero el lujo todavía lo abruma. Eso sí, su seguridad va creciendo, al paso de sus nuevas tareas. Y él, Belsasar, lo percibe, por eso le queda viendo la cara, luego le da la espalda y después se vuelve, cuando le dice.

—Calculo que en tres meses serás como mi sombra. Adonde vaya, irás —

También le hace recoger el libro del escritorio y prosigue.

— La casa de la esquina se rentó para que vivas, a lo mucho en tres días —

El hombre es directo, de pocas palabras, así que, sentándose al borde del enorme escritorio continúa.

— Saliendo anunciaré mi boda, que será para final del año, en diciembre. Tú y Facunda lo harán un poco antes —

Pero La Flor pensando en Cándida, quiere estar cuanto antes en Los Garabatos. Belsasar abandona el escritorio y ya en la puerta le dice.

— El diccionario es tuyo__

__ Gracias señor __

Contesta Fernando, levantando el libro.

Los platillos se encuentran en la mesa. Al lado, la nevera tiene a punto el champagne rosado. Delante de La Flor, Belsasar entra al salón. A un costado, en la trasera, Fernando no se separa. Apenas entrando, el dueño

de “Los Garabatos”, sin darles tiempo de nada, ya está hablándoles.

__Facunda, Herlindo__

Todos se ponen de pie.

__ Antes que cualquier cosa, quiero decirles del gozo que nos brinda su amistad__

Casi inmediatamente de forma que no es usual, se queda viendo a don Celedonio. Algo debieron haber hablado en la víspera, porque, con la sola mirada de su hijo primogénito, el papá que ahora aparenta mansedumbre, va a descorchar la primera botella. Doña Mariana que no les quita la vista de encima, tiene las copas ordenadas en la mesa.

__Por eso y por la alianza de nuestras familias es que los invito a brindar__

Se sirven las copas. Cada quien toma la suya. Con la vista escondida detrás de la copa que tiene en los labios, Fernando se asoma; le extraña la forma de mirar de don Celedonio a Facunda. Pero también, al voltearse, duda que doña Mariana no posea la fuerza para sostenerle la mirada a un hombre, el que sea. Y cuando baja la copa, y vuelve a mirarlos. Se pregunta.

__ ¿Por qué evita la mirada de don Herlindo?__

Se sienta siempre a la derecha de Belsasar, un poco atrás. Siempre en alerta de lo que el patrón solicite, enseguida investiga. Por eso es que puede ver, que don Celedonio, tratando de no llamar la atención, busca estar junto a Facunda; don Celedonio aprovecha el momento en que don Herlindo, que por eso ha dejado su silla, dice algo a Belsasar.

—Belchita, mi casa la pongo a disposición. Claro, espero buen trato__

—La disposición, Herlindo, la necesito total__

—Claro, claro, espero tu petición__

El brazo de Facunda siente la piel de don Celedonio, que, como no queriendo, pasa a traerla con el antebrazo. Ella se retrae cruzando los brazos.

Belsasar está a un paso de poner a prueba el compromiso de la casa Tlacuach Culebro. Para eso se pone de pie y se lleva al alto y fornido don Herlindo. Fernando cumple yendo apenas a un costado, en la trasera.

—Es indispensable que des a Facunda, en matrimonio a Fernando La Flor__

—De acuerdo, Belchita, cuenta con eso__

Al escucharlos, Fernando que está atrás, recuerda lo que dijo Belsasar antes de entrar al salón, hablando de las bodas.

__ “Tú y Facunda lo harán un poco antes”__

Se da cuenta que interpretó con error, ahora lo sabe; en ese momento, cuando Belsasar habló, él pensó en Cándida.

Don Celedonio, que ya se había apartado de facunda, vagando por ahí, hace el intento de unírsele otra vez, pero Belsasar deja a don Herlindo y actúa sin rodeos.

__ Facunda, brindemos por el nuevo tiempo__

La lleva. Caminan. Con decisión suelta nuevamente las palabras.

__ Cásate con Fernando La Flor__

Ella sabe de quién habla; pero se sabe de clase alta y piensa como tal. La pobreza le espanta. A solas, algunas noches, el miedo la ha consumido. Belsasar le hace saber lo que Fernando es.

__ Administra Los Garabatos, cumple como mi asistente, va para arriba__

Facunda Medita. Su casa es grande, lujosa, demasiado para dos. Voltea hacia donde su padre, don Herlindo, que ha dejado su lugar y ahora sentado en la silla que dejara don Celedonio, pareciera querer convencer a doña Mariana. Es fuerte, pero no igual que hace treinta años. Vuelve a mirar de frente a Belsasar para decir, lo que siempre ha deseado decirle.

__ Confiar no es fácil. No somos de tu clase__

Sus palabras provocan que él tenga el deseo de burlarse a carcajadas, que se oiga en todo Flores de Arrayán, pero, consiente de su deseo, con un fugaz empeño mental, Belsasar logra que se extinga. Y luego, con su equilibrio pendiendo de un hilo muy delgado, continúa.

__Vamos por el poder político, lo que sin lealtades no se logra___

Ella lo ve hablar y al pensar en los beneficios, un torbellino amenaza con desbocarse dentro de ella. Cuando ya no lo ve mover los labios, es cuando

aprovecha, y le dice sus condiciones.

__ Bueno, me hará falta una señal de tu parte, una prueba de tu lealtad, si ésa no es a la altura, me retracto__

La respuesta provoca que surja en él, el deseo de matarla; el gusto de poner las manos en el cuello y apretar hasta verla consumirse no es de ahora, pero sí es de mucho más intensidad. Con mucho esfuerzo, otra vez pone orden en su pensamiento y seguidamente anuncia, tratando de hablar con potencia.

__ ¡Vamos a brindar por eso! ¡Atención, un brindis por Facunda y Fernando!__

Y no es que Belsasar se distinga por tener un trueno en la voz, pero don Celedonio es sorprendido en el momento en que recordaba la noche cerca de Facunda, que a la vez, lo tiene inquieto. Por su parte, don Herlindo suspende las palabras untadas de seducción a doña Mariana. Ese hombre, por lo que se ve, no es fácil escucharlo al seducir. Es constante el cuchicheo que sale de su boca, pero entender lo que dice, es imposible, a menos que se tenga el oído casi pegado a su boca regordeta. Con la atención de todos puesta en él, Belsasar los obliga a brindar con las copas arriba.

__ ¡Salud!__

Acostumbrado al agua del pumpo, Fernando aprieta el cuerpo al bajar el champagne, mientras Belsasar sigue anunciando la bonanza que se aproxima.

__ ¡Dos jóvenes que con su aportación leal ayudarán a que nuestro porvenir sea luminoso!__

Doña Mariana hace entrar al que lleva la caja de puros. Caminando, el criado abre la tapa, llega con cada uno, empezando por don Herlindo. Sucede que Fernando no sabe qué hacer, pero Facunda está ahí, ordenándole retirar la anilla, cuando el habano arde. La reunión se agota y Fernando busca a Belsasar.

__Señor, su boda__

Con discreción le recuerda el motivo del concilio. Antes de responderle, Belsasar recorre a los demás con la mirada y con cierto desdén le dice, doblándose un poco.

__ Después, en otra ocasión, las buenas nuevas no hay porque

agotarlas__.

Facunda se dibuja desnuda

—Es una unión que conviene, hija__

—En caso de que Belsasar le dé al administrador bienes y posición, pa__

—Eso es, mijita. Eso es. Cuanto antes te veas a solas con el muchacho ése, adelantarás mucho__

La duda existe. Facunda siente vivamente el calor de don Celedonio. Realmente no quiere ser una quedada. Pero pudiera darse el caso de llevar dos vidas y aumentar el número de sus propiedades, piensa ella. Así es que, da indicaciones a su padre.

—Manda avisar a Belsasar, que por la mañana venga Fernando__

Sale don Herlindo a dar la orden. Al salir el hombre, ella asegura la puerta. Libera su pelo y comienza a desvestirse. El vestido cae, y sus parpados bajan al tiempo que sus labios se abren. Frente a ella, con los ojos cerrados, sin que pueda verlas, el espejo atrapa sus formas. La oscuridad allá afuera es de un negro intenso, pero aun la hora de acostarse no llega. Ahora saca el último botín sentada en la cama. Ha decidido dormir desnuda esa noche. De pie otra vez, se mueve ansiosa, se quita el liguero y atosigada por el calor de su sangre, va a su cajonera, de donde extrae una libreta de hojas con ensamble para lapicera. Parada de frente al espejo se deshace de la braga, que queda tirada a sus pies. Luego se dibuja mientras se mira directamente en el cristal. Al final, su lecho la recibe sin la libreta, pero tiene el dibujo en sus manos. Luego se extinguen las luces, y duerme. Con cada soplo del aire por la ventana, el boceto vuela, cayendo al piso.

Confiesa que había pedido a Cándida que fuera su mujer

Sobre sus piernas, Fernando tiene un sombrero calentano cosido a mano, de un negro azabache intenso. La muda es de buen precio, ni qué decir de las botas hasta las rodillas. Su presencia es diferente.

Siempre antes de salir de Flores de Arrayán, él deberá escuchar hablar a Belsasar, recibir sus órdenes.

—Antes vas con Facunda__

—Señor__

Compungido Fernando dice.

__ Me aflige un comentario. Mi lealtad es con usted, por eso le confieso. Hablé para mi mujer a Cándida, allá en Los Garabatos. Fue antes de lo de la niña Facunda, sin yo saber.

—Tu deber es arreglarlo de la mejor forma —

Le responde Belsasar.

Cuando hablan se miran a los ojos. Belsasar debió haber descubierto su pena, porque le aconseja.

— Por un lado se puede tener el amor, por otro, los beneficios__

Pero entonces, suena la campana del reformatorio de menores. El sonido puro del metal tiene, para Fernando, la representación de cautiverio; lo cree una advertencia de algunos.

—Señor don Belsasar__

Fernando vuelve a hablar.

__ Hoy mismo cumpliré la orden que me ha expresado__

Inmediatamente sale; va a su primera cita. Confiado en sus habilidades, para agradar a Facunda, camina seguro. Va completamente de negro.

Gabrielle y el dibujo

La limpieza parte de la alcoba de Facunda y se va por todo el caserón. Son cuatro las que se encargan. Gabrielle avanza a ritmo de una letra improvisada. A conciencia desempolva todo. Al llegar bajo el tocador, sus ojos ven el papel, lo recoge y va a tirarlo al cesto, pero de pronto al darle vuelta, el dibujo le atrae. Dos hombres con una letra en el pecho. El de la "C", de buena altura y calvo, luce muchas joyas de oro; quien está marcado con la "L" posee ojos enormes y brillantes. Delante de ellos una mujer con el cuerpo desnudo, parece disfrutar de algún recuerdo escondido. La sirvienta se esfuerza por entender, pero no lo logra, de tal manera, que lanza el dibujo al contenedor para que sea llevado al basurero.

Primera vez con Facunda

En los jardines hay un trinar que no termina. Los pajarillos intercambian ramas, algunos buscando sustento, otros en continuos roces. Sus cantos se mezclan. Aún se desprenden gotas de agua de las hojas. Con el marco de esa algarabía cantarina, Facunda está a punto de hablar, cuando, como

un relámpago llega un chupamirto, que aletea para mantenerse en el mismo lugar y parece observarla a los ojos. Al cabo de un fugaz momento, talvez tres segundos, la avecilla desaparece; solo así, Facunda comienza a hablar.

—Las apariencias importan. Su deber como su novia y futura esposa es visitarme todas las tardes__

De pronto es interrumpida; frente a ellos, un hombre de vestido elegante cruza el pasillo. La mirada de Fernando lo sigue hasta que se saluda con don Herlindo, luego, tratando de acomodarse lo mejor posible, cruzado de piernas, coloca las manos en sus rodillas y levanta la barbilla. Después toma las pesadas manos de la rubia mujer y antes de que su pensamiento lo lleve por otros caminos, le responde.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo en todo, doña Facunda__

Después, para familiarizarse con su nuevo rol, se pone de pie, con la mano extendida, invita a su novia a dejar la banca de hierro. En ese preciso instante, Gabrielle sale a la calle y lleva la basura al depósito público. Al salir se topa de frente con el acostumbrado aire de esa hora. Del cesto que lleva, un papel salta y vuela por la banqueta; se va conforme la fuerza del viento; a veces volando, a veces arrastrándose. Y ella camina, como es su costumbre, hablando sola.

__ Pasa cada cosa en esta casa. Ay, Dios mío__

El susurro se debe, a que, mira a la pareja que camina dándole la espalda. El hombre lleva del talle a su novia. De muy lejos se puede notar que tienen una buena diferencia en peso y altura; sin embargo, Fernando no afloja. Gabrielle dice otra vez, al mirar las espaldas de los amantes.

__Cosas que se ven y verán__

El hombre que antes había entrado, el del traje fino, sale de una puerta. Al creer que están solos hace un guiño a Gabrielle que en ese momento pasa cerca. Se relame entorchando sus bigotes cuyas puntas señalan hacia arriba.

__ ¡ Atrabancado!__

Le dice Gabrielle, encabritada.

Pero a él, el comentario de la chica por su arrebato, no le afecta nada.

El violonchelista es despedido

En cuanto sale el caballero, entra el maestro Galeano. Hoy no tiene sesión con Facunda. Acude en respuesta al recado recibido ayer mismo. Se dirige adonde sabe que encontrará a don Herlindo. Toca, pero la puerta no se abre como es costumbre.

__ ¡Espera un momento, Gale!__

Hombre estudiado, no soporta la descortesía de escuchar su nombre a medias. La impaciencia lo abruma. Adentro, don Herlindo cuenta cuatro paquetes de billetes y se cerciora de haberlo hecho bien, luego, de una vez los esconde en la caja de caudales; contento deja escapar un suspiro de satisfacción. Enseguida voltea a ver el paquete de escrituras y pagarés y sonríe. De sus momentos felices, éstos son los mejores. Del otro lado de la puerta, el violonchelista se pasea hosco. El silbidito que viene de dentro le provoca un dolor en la nuca y sus espejuelos comienzan a empañarse con el sudor. Y adentro, don Herlindo sigue hablándole a los billetes.

__ Mmm, qué olor__

Los paquetes son su delirio, pero en eso, el flato lo obliga a medio levantar de la silla una nalga, con lo cual, siente un aflojamiento en la presión que ejercen los gases del estómago. Sólo después de guardar sus papeles, aparece diciendo.

—¡Qué gusto! ¡Bienvenido, Gale! ¡Pasa, pasa por favor!__

Lo abraza y lo lleva a tomar asiento. Una vez que lo ha sentado, lo suelta. El maestro desconfía. El tipo de por sí no es de su agrado.

Desde su asiento, el viejo músico lo ve exprimir una tapa de limón y bañar de jugo su pelo negro. Tiene una rara sensación; esa forma de actuar de don Herlindo, no es común con él. Observa que la lonja que le rodea la nuca, salta impactante, y sólo de verla, le provoca mayor desconfianza. Por la forma que toman los labios del prestamista, cree que se burla.

—Mi receta para las canas__

Le dice mostrándole la tapa de limón.

__ Siempre te verás joven, Gale__

Proclive al enfado, Galeano va tomando fuerza, pero antes de descontrolarse, con lo poco de cordura que aún tiene, valora las descomunales manos del hombre que tiene enfrente, y mejor opta por decirle.

—Usted dirá, señor__

—Facundita se desposará pronto. Lo que aprendió, aprendió. Lo que no, no__

Al oírlo el músico trata de irse, al descifrar la postura del negociante; pero es detenido por un tono seco.

—¡Momento! —

Se detiene. Siente que le falta la respiración, pero medio logra escuchar que don Herlindo le dice.

— Cuando necesites, doy dinero al premio, diez por ciento__

Galeano, con la mirada vidriosa, le responde.

—¡Sí, le dejaré en prenda el violonchelo!—

Airado, se pone de pie y sale hablando sin importarle cómo reaccione el codicioso.

— ¡Mamarracho con dinero!__.

Fernando negocia con los compradores de miel

Los comerciantes de miel, venidos de la capital, llegarán pronto, y él se asegura de dar buena vista a los compradores. Después de dejar a Servando instruyendo a los operarios, todo de negro, monta para estar en la casa principal; a galope, va con una mano encima del sombrero calentano.

Parado justo en la entrada, acompañado por tres jovencitas del servicio y Cándida, recibe a los representantes de la firma mielera. Cuando llegan, del brazo, los negociadores son llevados al despacho. La botella de champagne se enfría junto a la mesita, la mesita donde se encuentran embrocadas ocho copas. Cuando ya están todos atentos y sin apenas moverse, Fernando, en nombre del dueño les dice.

__ ¡Reciban los respetos del propietario de la hacienda, ingeniero señor don Belsasar Míguez Flament!__

Los hombres parecen estar inseguros; miran a Fernando y luego se ven entre ellos. Primero se sienta uno, y los otros al verlo, también se van sentando. Por la edad, los hombres seguramente son expertos en negociar.

—Tenemos entendido que usted es Fernando La Flor__

Dice uno de ellos. Exactamente ahí se detiene toda actividad en el campo. Permanecen solamente los vigilantes del ganado. Los demás, corren agitados buscando llegar a bañarse. Mientras en la sala.

—Sí, Fernando La Flor, con instrucciones de ponerme a su orden__

Las mujeres se han sentado también, una a cada lado de los tres comerciantes; tan cerca que se tocan con cualquier movimiento. Con los roces los hombres se encienden.

Cerca de ahí, de la casa principal, Servando termina de bañarse junto con los otros y los motiva a ponerse la muda nueva.

—Rápido, rápido, en veinte minutos debemos estar en la casa principal__

Y les dice lo que deberán hacer.

—¡Tolentino entra conmigo! despuesito, unos diez pasos atrás, Ubaldo entra con Tonatiuh. Todos los demás ya saben qué hacer__

Ahora se encuentran en el baño colectivo que está a unos metros de la casa de los patrones; uno hechizo. De nuevo en la sala de la casa principal de la hacienda, las negociaciones siguen. Fernando habla.

—Debido a la vegetación y al clima, nuestra miel es de pureza única, muy perseguida —

Fernando tiene un frasco, que va, por donde mueve la mano.

— Del manejo ya no hablamos. A nuestros técnicos se les ha capacitado con los mejores especialistas__

Hasta ahí, de verdad que los hombres no han podido concentrarse en la negociación y al parecer no podrán hacerlo. Por no dejar, uno de ellos, que siente entrar una mano más allá del muslo, dice, sintiendo el nacimiento de saliva con sabor agrio, en la garganta.

—El color dice mucho, pero habría que reposarlo__

La Flor sabe lo que está sintiendo ese hombre y los demás. Sobrado, todo de negro con el calentano en otro lado, escoge otro frasco y lo muestra sin la tapa. Y muy seguro le contesta.

—Dos meses de envasada, sin rastros de azúcar__

Afuera, un clamor ha ido creciendo, hasta el punto de parecerse a un mercado. Adentro, la caja de los habanos llega a todos; Cándida va ofreciéndoselos. Así mismo, el champagne espera el momento. Por la inquietud que les ve, La Flor los invita a salir y también les hace aclaraciones.

—Vienen por nuestra miel —

Dice.

Señalándoles el camino, salen. Afuera, como si no estuvieran en el lugar, nadie los toma en cuenta. La gente recorre las paredes cubiertas de imágenes del proceso de producción, pero no voltean a verlos. Y a Fernando alguien le habla.

—Señor —

Dice Reséndez que va caminando y hablándole.

__ Dos compradores han llegado, se interesan en todo el producto__

Y los señala; Fernando eleva la vista y ve que, Servando y Tolentino esperan cruzados de piernas, vestidos de elegantes chaqués. Estos, distraídos, no se enteran de que son vistos. De la entrada, con prisa llega una pareja. La mujer grita.

__ ¡Don Apolonio. Aquí están dos que vienen por la miel! __

La pareja que entra hablando, se trata de Reynalda y su marido, el Torito. Los que dice Reynalda que llegan por la miel son, Ubaldo y Tonatiuh. Los negociantes con sólo mirarse se entienden y abrumados, sin decir nada, regresan al despacho. Puesto por Cándida que se quedó, el contrato ya espera en el lugar de Fernando. Uno declara.

__ Bien, firmemos el acuerdo con el precio que recibimos en el cable__

El corcho del champagne se dispara hacia arriba. Rebosando, la espuma se desliza por el cuello de la botella. El brindis es lo que sigue. Y ahora, de pronto, afuera cesa la bulla, pareciera que callaron de común acuerdo. Extrañamente, al salir para retirarse, nadie anda en el lugar.

Belsasar pierde entusiasmo

—¡La hacienda marcha excelente!__

Dice emocionado Belsasar.

__ La miel ha sido la reciente gran venta —

Don Celedonio, sin hablar, observa el entusiasmo de su hijo, que quiere el dinero de los Tlacuach, según lo dice.

— Y con la aportación que pudiera sacarle al corriente de Herlindo —

Pero de pronto, Belsasar se detiene, deja de hablar. El contrato de la miel lo distrae. Después, habla como si su padre no estuviera.

— ¿Cómo le haría con esos lenones? —

Reacciona con una sonrisa antes de dirigirse a su padre.

— Pues bien papá, los Tlacuach están a un pasito de cooperar para llegar al congreso__

Pero el señor Míguez está pensando en Facunda. Por un momento no le interesa lo que Belsasar habla. Es más, ya no lo escucha cuando dice.

__Mi plan es perfecto__

Él, Belsasar que es el hijo mayor, cree tener todos los derechos sobre todo y se engrandece cuando el aire entra en torrentes por su nariz. Enfrente tiene al hombre, que ha estado intranquilo desde la noche aquella. Desde esa noche, Facunda no sale de su mente, y su hijo habla de dinero y poder, cuando a él, su padre, le sobran. Se le notan los estragos de las noches en vela y ya sin querer saber nada más, le dice.

—Hijo, con recibir a Herlindo fingiendo alegría es suficiente__

Con seriedad cercana al disgusto, continúa.

— Puedes tomar de nuestros bienes, eso está dicho__

Belsasar camina buscando una respuesta, en lo que don Celedonio se pone de pie diciendo.

— Haré una cosa más por ti, sólo una, ya que, en adelante, con tu madre, nos ocuparemos de nuestras vidas__

Viéndolo que se alista para salir, ante la nueva circunstancia, pide a su padre.

—Acompáñame a la capital. Fernando va también__

Sin el entusiasmo de antes, el agrimensor alcanza a decirle antes de que

por la lejanía no lo escuche.

— ¡Pasado mañana!__.

La alegría de don Herlindo

Don Herlindo no es el mismo de siempre. Facunda lo sabe. La noticia de que don Celedonio, marido de doña Mariana, acompañará a Belsasar en viaje a la capital, lo tiene desbordado desde ayer. Por eso, sentado entre los novios, en el patio rodeado de flores, bebe y come como si no hubiera mañana. Entre bocado y trago, dice.

__ Bueno, hijo, brindemos. Echemos todo a una mano__

Un poco desconcertado, Fernando mira a Facunda. Y él sigue hablando.

__ ¡Sí, estoy contento! Si no fuera por el flato__

Pero no termina de decir la última palabra, cuando sale apresurado. Fernando mira otra vez a su novia, en el momento en que, una retahíla de vientos sonoros vienen del rumbo que tomó el suegro. Fernando se desconcierta, Facunda ni se inmuta, como si estuviera acostumbrada a esos ruidos. Después de un corto tiempo, don Herlindo regresa satisfecho y hablando.

__ Como te decía, chunco__

Pero Facunda sin esperar, se incorpora y se lleva a Fernando, diciéndole.

__ Vamos a platicar, despedirnos__

Todavía contento, don Herlindo se queda viendo cómo se van. Y dice algo que ellos no escuchan.

__ Zopilote arrastrado, metido en mi casa, quién sabe de dónde diantres__.

La traición de Gabrielle

El papel ha rodado de banqueta en banqueta. Ese jueves, Gabrielle sale al mercado y va recordando la figura de los novios. Siente arder con los caprichos de la niña, sus lujos y ocio. Imaginando estar de frente a ella, dice, como si le estuviera diciendo a Facunda.

__ Lo mío es mejor, mucho mejor__

Tan convencida está, que examina las formas de su silueta reflejada en el aparador de la tienda de zapatos. Camina y ondula su cuerpo a cada paso,

siguiendo el empedrado al mercado. Una hoja que revolotea la atrae. Sonríe. Siente placer al decir.

__Una de cal__

Excitada, va por la hoja. Por delante, un caballero la deja en el intento. Pero Gabrielle no se detiene, toma el papel arrebatándolo del sujeto, por cierto, conocido suyo. Como si en su interior el tipo guardara para ella un calorcito para los tiempos invernales, le dice.

—Gabita, qué delicia su presencia__

Con desdén ella lo recorre desde la cabeza hasta los pies y continúa sus pasos. El hombre de los bigotes con las puntas apuntando al cielo, camina atrás y le habla. Son palabras bien dichas, pero para ella no bastan.

—¡Vaya a decírselas a sus compañeras adineradas, atrabancado!—

Con rapidez se protege en la multitud dejando parado al enamorado. Pronto llega al puesto de productos locales; sabe lo que quiere y lo pide.

—¡La balanza!—

Sorprendido por la decisión con que se maneja la mujer, el mercader le pone a mano la romana, pero esta, nuevamente vuelve a ordenarle.

__ ¡Pésame este cojón de cochi!__

Después, puesto que tiene la facultad de ser exigente, le ordena.

—¡Escribe aquí! —

Le indica que lo quiere en la hoja de papel que arrebatara al fino caballero. Sin remedio, el hombre ensaliva la punta del lápiz y procede. Tarda cinco minutos, en los que ensalivó quince veces el carboncillo. Por fin el tipo le dice.

—¡Listo, niña, aquí ayudamos con sus necesidades!—

De entre la clientela saca la mano, arrebata la hoja y se retira con todo y lápiz. Se le nota apresurada. Entra al baño público. Cuando sale, sale sin la hoja y se siente inmoral, pero feliz. Levanta la cara para ver qué rumbo tomar, y decide que ahora sí va por el mandado de la casa Tlacuach. Al recuerdo de Facunda, vuelve otra vez a decir, al pasar por la tienda de zapatos.

—Gorda güevona, güila__.

Belsasar, Celedonio y Fernando en la capital

Invitan a la casona de Coyoacán a las amistades de mayor peso. Ahí, queda muy en claro quién es Belsasar Míguez Flament; primogénito del muy rico don Celedonio Míguez y Cordero y conocedor de los secretos que se cuentan solo a los elegidos. Alejado, sin escuchar, como una sombra, Fernando La Flor carga el portafolio. Belsasar se halla obligado a contar sobre su sirviente, una vez que las personalidades se interesan. Les sorprende que aprendiera solo, lo que sabe. Después, contada por La Flor, la historia de la miel les atrae. Ellos saben de eso; saben fingir. Ahora mismo varios disfrazan sus preferencias políticas. Pero es hora de empezar y el general con ropas de civil, arranca.

__ Hay escaramuzas en el norte, esas y otras traiciones amenazan extenderse al sur__

Experto, se mueve, los observa, busca a los traidores. Entre todos, dos se saben así, quizá por eso sienten el peso de su mirada. Camina hasta casi toparse con ellos, de frente, con maldad en los ojos, dice.

__Algo nos tiene aquí. Eso nos hace iguales, por ahora__

Pero en algunos de esos corazones, bien guardados hay algunos sentimientos de odio contra él. Él sigue diciendo.

__ Los enemigos de nuestro señor presidente, por supuesto que nos afligen y están en todas partes__

Y muchos se sorprenden con lo que continúa.

__ Hay algunos ahora aquí con nosotros. Que no sea motivo de enojo. Somos humanos___

El aplomo lo distingue, sin embargo, no se extiende en el tema.

Los demás se han ido y el general habla; al oírlo, Fernando siente que corre un aire helado entre neblinas.

__ En la confusión de la bola vamos a quebrarnos a Catarino. Te lo encargo, Belsasar. De Rizo, en Puebla, me hago cargo__

Fernando corre la vista buscando en las paredes, pero no hay ventanas y el frio que siente no es normal. Al voltear sobre Belsasar y don Celedonio, observa que ellos escuchan, como se escucha algo cotidiano. El general sigue hablando de los que cometen felonía en contra del presidente. Es

raro que no demuestre coraje cuando dice.

__ Ratas de coladera, traidores___

En ese momento, Fernando ya está mirándolo a él; Absorto en sus labios, ve que su aliento al flotar en el espacio va tomando cuerpo, uno blanquizco que traspasa el umbral, de lo transparente a lo oscuro, negro. Y eso, va haciéndose más grande, abarcando más y más espacio. De pronto, de abajo, del piso, surge un halo, luego otro y otro. Belsasar es ahora un ser, cuyos ojos brillan y sus pupilas son alargadas, que despiden un brillo malévolo; la risa de don Celedonio, no es de este mundo; al flotar en el ambiente, parece expulsar restos de inmundicia. El frio es quemante. Fernando siente que sus huesos se quiebran, cuando los halos, flotan moviéndose por encima de los tres socios y penetran como el humo por los poros, hasta que desaparecen. No tiene noción de la realidad y percibe siluetas quejándose de dolor, que caminan en la oscuridad, sobre el fango pestilente, hasta las rodillas. Un tirón le hace reaccionar; al despertar, ve a Belsasar que ya camina junto a su padre, atrás del general.

Facunda y don Herlindo van por caminos distintos

Él no lo ha dicho, pero Facunda lo sabe. Con precisión sabe adónde se dirige. Y ese es el motivo por el que ella decide que se va por ahí, por eso le dice.

__Caminaré para no aburrirme. Siempre hay chismes que oír__

Enseguida dobla la esquina, separándose de don Herlindo, que sigue de frente. Ella se desplaza con soberbia, especialmente ahora mantiene la vista en línea recta. Alcanza a darse cuenta de que la miran y hablan. No lo sabe, pero presiente que se burlan. Aún no sabe que se dice, y ya la llama del desprecio por esa clase sin riqueza, sin poder, arde impulsándola con más fuerza. En el momento en que entra a uno de los andadores, abre el abanico que lleva en una de las muñecas; la rosaleda está frente a ella. Se detiene cuando escucha a sus espaldas, a tres mujeres que pasan hablando.

—Dicen que ahí se ve desnuda con dos hombres —

—A mí me contaron que se ve claritito que esa cerda anda con dos —

—¡Pelémonos pa allá! ¡Con suerte y está todavía el papel!__

Se van. Ella las sigue. Va confundida. ¿Y si no es ella? ¿De qué papel hablan?. Su duda aumenta. Al verlas entrar al baño público, se detiene.

No se anima a seguirlas.

Adentro, zarandeándose por un lugar, las mujeres escuchan a una de ellas, que habla del dibujo.

—Clarito está que es ésa, gorda perdida__

Luego se retiran, contentas van recorriendo el pasillo, aproximándose cada vez más a la salida. Cuando están afuera, de entre las tres, una se estira y camina como si llevara un abanico, sin mirar a los lados, con la vista siempre al frente. Parada, Facunda escucha las risas y ve el remedo que se hace de ella. Alzándose el largo vestido blanco de encaje, camina con decisión por sobre el empedrado; a cada paso que da, provoca que los que andan por ahí, se muevan para dejarla llegar y ella pasa moviendo los hombros, apurada. Penetra, atrás queda, rodeado por la rosaleda, un tumulto ávido. El papel pegado hasta el fondo tiene su nombre. En el momento exacto en que llega para verificarlo, de uno de los escusados, una mujer joven de ropa barata va a lavarse y de la calle entran otras tres. La que se lavó, todavía estilando agua se agrega al grupo. Y van las cuatro a lo profundo, allá se encuentra Facunda. De afuera llega el sonido de un clarinete, que es seguido por los golpes de la tambora; es el sonido de la época, de epopeyas de hombres y mujeres valientes que se juegan la vida, sin importarles la muerte; es un corrido. Pero solamente es el inicio, se trata de la introducción, que es lo que, tanto facunda como las otras escuchan, paradas frente al dibujo. Para cuando afuera el tamborero inicia su canto, Facunda ya se dirige a las cuatro, quienes se encuentran a sus espaldas.

—Tuve la ocurrencia de dibujarlo. Tampoco puedo saber cómo llegó. Alguna acomedida envidiosa que no falta, pudo hacerme la maldad—

Parece haber controlado el enojo. La actitud acostumbrada de burla, en ella, ha cambiado, por el momento. Habituadas a sus desplantes, las mujeres, quizá esperaban gritos o amenazas. Pero ella es Facunda y como tal, va encendiéndose; con aparente calma, les dice.

—Estoy segura de que antes de tener marido tuvieron sus queveres. Hasta han de tener dos. ¡No se hagan pendejas conmigo!__

Lo dicho enardece y como no es un territorio donde por el momento valga su dinero, recibe respuesta.

—¡Sabes lo que dices! ¿Por qué lo sabes?__

—No porque yo sea rica y ustedes muertas de hambre —

Afuera sigue sonando el corrido, pero otras mujeres han estado entrando; ahora ellas son once dentro del baño, sin contar a Facunda, y se sienten

heridas. Una le contesta.

—¿Rica? ¡Sinvergüenza es la palabra!__

Facunda parece no dar importancia a lo que le han dicho y desdobla el abanico que lleva en la muñeca; abatiéndolo con rapidez a la altura de su mentón, parece ahuyentarle el sofocamiento. Después, abriéndose paso, va diciendo.

—Todas son miserables porque su preocupación es la vida de la gente. Hagan por ustedes. Con decirles que hasta nos ayudan a ser ricos__

Con las once pisándole los talones, ya se encuentra cerca de salir.

Espera un poco, pero al ver que no recibe respuesta de alguna, vuelve a decirles.

—Todo está ahí para agarrarlo, hombres, dinero. Lo pazguatas no se les quita. Por eso están —

Una sonrisa burlona aparece en su rostro y las mira de manera que sientan su lástima. Para luego casi gritarles, a punto de marcharse.

__ ¡pazguatas!__

Y se va.

—¡Pero tenemos marido!__

—¡Niña vieja!__

—¡Quedada!__

Ha tomado un baño con esencias. Por estos lugares es costumbre bañarse después de comer y esperar la hora del té. La bata que usa hasta los muslos es de seda y amolda su figura atractiva, cada que da un paso. Por fuera de su alcoba, le avisan que la visita espera. Con los labios apretados a propósito, se aplica crema, estirando el cuero del rostro lo más que puede. Entretenida con el lustre de su piel, escucha, con los ojos puestos en su efigie, el nombre que le han dicho. Hace a un lado el espejo portátil y voltea hacia la puerta cerrada de la habitación, para decir a quien le habló, que lo guie al despacho. Antes tuvo el impulso de ordenar dejarlo bajo llave, pero siente la emoción de estar sola y apura su arreglo. Cuando entra al despacho, doña Mariana parece tranquila y aparenta frialdad, cuando dice.

—Herlindo, bienvenido —

De pie para recibirla, el porfiado prestamista, le entrega la caja y le suplica que la abra. Al deshacer la envoltura, la aun hermosa mujer, como ahogando un grito, coloca una mano sobre sus labios, pero luego, superada por la euforia, retira la mano y grita.

—¡Vino! —

La seguridad que el grito provoca en don Herlindo, lo lleva a decir.

—Con un vinito se suelta uno —

Y ya sentados, se ha puesto lo más cerca que ha podido. Doña Mariana duda un poco, pero él tiene la suficiente experiencia para hacerla sentir en confianza. Pero él quiere llevarla a otros terrenos, por eso es que, conteniendo sus emociones, dice.

—Cuando viene uno a sentir, la juventud se quedó lejos, Anita, dejas de tener importancia__

—Desde antes Herlindo, hablando de hombres—

Responde doña Mariana.

Esa era la señal que él esperaba, para seguir por el mismo camino; así es que le dice.

—Siempre dediqué mi tiempo a la madre de mi hija, sin amarla__

En el poco tiempo que ha pasado, han tomado tres copas; van en la cuarta, a la mitad. Ahora doña Mariana se siente ágil, libre para decir.

—En eso coincidimos. Lo mío también fue sin amor —

Luego al caer, el vino baña el interior de las copas; la quinta. Y es ahora cuando la mano de ella, queda bajo la de él. Terminan y se sirve la copa siguiente, que es donde don Herlindo cierra el cerco, con las siguientes palabras.

— He estado con otra mujer, amándote como loco —

Y sin esperar a que ella reaccione, le toma la cintura y besa su cuello. Después ella siente en el oído la humedad de su aliento, en el momento que le escucha hablar.

—Con el tiempo mi pensamiento no se aparta de ti —

Luego se mueve de tal manera, que por detrás, la abraza completamente, muerde su hombro por encima del vestido y le pide amor.

Los enemigos del general Díez

El general Sofío Quirarte jefe de la plaza se reúne con otros. Esa tarde discuten los planes.

__ El primer día del año estaremos arrancando en las plazas impor tantes del estado__

Los oficiales, generales y coroneles, atentos al general Sofío, revisan mentalmente la información. No hay nada escrito. El encargado de la plaza en la capital del estado, general de carrera, tiene muy claro el asunto. Y lo dice, aunque todos saben la razón.

__ ¡Flores de Arrayán es un tema de prioridad! ¡De Arrayán nace toda la política! Es preciso deshabilitar al líder__

Todavía lleno de adrenalina, sin saber que un grupo poderoso lo ha sentenciado, se dirige a él; un oficial reconocido por su habilidad para estar con el enemigo.

__ ¡Usted, mi coronel Catarino Peñaloza será quien destruya el centro del oficialismo!__

Esa misma madrugada, un convoy de carga color olivo va a la salida. Las ruedas se detienen al llegar; el vigilante se acerca, se ve que hablan; luego con una señal hace que levanten la pluma. La serie de vehículos se mueven; al salir, doblan a la derecha, corriendo a la frontera. Bajo los toldos, los soldados vestidos de campaña van en alerta. La misión es entregar los mosquetones en un punto que ahora desconocen.

La noche antes y la muerte de don Herlindo

La tarde casi se ha transformado en noche; ya empiezan a verse las débiles luces amarillentas de los focos caseros, y él va por ahí; va satisfecho de haber alcanzado el anhelo de su vida; hablando de mujeres. Tiene prisa, pero el cuerpo no le responde, siente que empieza a entontecerse y ya sus pasos no son seguros, como si tuviera días de no comer. Saca el paliacate para recoger el sudor frio de la cara y el del pesado cuero de la nuca; todo el cuero de su cuerpo se le ha ido enchinando. Ha dejado atrás la casona de doña Mariana; como a veinte metros. Adelante, en la otra banqueta está el asadero, que empieza a reunir a la gente a su alrededor. Don Herlindo se aproxima y la gente lo ve llegar; entre ellos se encuentra Mardonio el Jiquipilteco Aguilar, que al

verlo, lo saluda levantándose el sombrero, interrumpiendo por eso, la ejecución que hace de una melodía en el macagüil. En un momento todos lo quedan viendo, también el Jiquipilteco que ya no pone atención en el macagüil. Don Herlindo llega directo a Mardonio que lo mira hacia arriba, aunque sigue tocando; luego, todos lo ven sacar el monedero, y de ahí lo que deja caer dentro del güiro; once monedas de plata, que es lo que alcanzó a agarrar. El jilguero, Cenobio Pardiñas, el voceador de Arrayan, se pega al Jiquipilteco cuando ve caer las once monedas; los demás, murmuran en su sitio. Don Herlindo busca a la niña de los hojaldres, quien al sentir su presencia, se detiene y se hace hacia atrás; tal actitud, no causa ninguna reacción en el hombre que estira la mano llena de monedas, entrando en la bolsa del mandil de la niña. El jilguero deja al Jiquipilteco y de cuatro pasos se coloca junto a Trementina, la de los hojaldres. Para ese entonces don Herlindo, ya va alejándose y Pardiñas mira a Trementina y luego al corpulento hombre que se aleja; esto deja ver que el voceador se encuentra indeciso, por fin, arranca para irse siguiendo al prestamista hasta caminar a su lado. Don Herlindo voltea a verlo cuando Cenobio camina agachado; luego, él camina mirando al suelo y Cenobio Pardiñas voltea para mirarlo. Cenobio no deja de mirarlo y don Herlindo lo siente, pero no reacciona; hasta que Pardiñas le dice.

__Don Lindo__

__ ¿Mmm?__

__ ¿Andaste en su sano juicio?__

El voceador al ver que no le responde, vuelve a hablarle.

__ ¿Don Lindito?__

__ Chunco__

Se oye que le responde.

__Usté no es usté, es usté otro__

__Soy yo mismo, pero entreverado. Verás, por ratitos soy yo, por ratitos no__

__ ¿Como si fuera usté luz y oscuridá?, ¿don Lindo?__

__Como si por momentos una luz me metiera la inteligencia, pero luego cuando esa se va, me llega eso de sentirme grande; más que todos, tata, pa que me entiendas__

__ Con su perdón, don, parece usté que estuviera muerto en vida, no se

le nota brío__

Don Herlindo voltea, y al verlo, el Jilguero Cenobio Pardiñas acorta sus pasos y va haciéndolos lentos, hasta que no da uno más. Se queda parado, viendo que don Herlindo se aleja, se va.

Poniendo un pie adentro, la grita, exaltado.

__ ¡Hijita, Facunda!__

Ella aparece, y él corre; la abraza sin decir nada. Ella recibe el beso en la frente, y cree sentirlo diferente; como de despedida. Siempre le ha demostrado su cariño, pero ahora es otro. Lo siente apurado.

__ Vamos a cenar, hija. En lo que me baño, que vayan preparando la mesa__

Facunda grita.

__ ¡Gabrielle, dile a Syanya que prepare la cena!__

Para aminorar el calor que lo tortura, a guacalasos, don Herlindo se baña a un lado del depósito de agua. Él, que ha sido un inconforme por regla, ahora dice.

__Ah, no hay como la frescura del agua a chorros__

Sosegado ya; terminando va a cambiarse. Cuando en el comedor se encuentran nuevamente, ella lo ve vestido de etiqueta, con su fino reloj de bolsillo. Recibe el beso en la mano y siente la ayuda al sentarse.

__ Gracias pa__

Cotidianamente tosco, es de sorprender su acomedimiento esa noche, aun siendo Facunda. Don Herlindo ordena a Syanya que se retire. Él atiende a su hija con mucho esmero. Luego de cenar, caminando entre los rosales, conversan media hora. Cuando ella lo decide, va a dejarla a su alcoba. Camino a su dormitorio ordena a la servidora tres tamales. Solo, como desde hace mucho, su habitación la tiene en penumbras y platica.

__ Es para sentirme ufano. Siendo serrano de los meros jodidos, logré plata, mucha__

Los tres tamales están deshojados, listos. Quiere comerlos, pero no termina lo que ha de decir. Y continúa.

__Mujeres también, muchas, hasta mi obsesión de siempre__

Parece no tener prisa. Más bien, parece que siente decepción, cuando dice.

__ Tanto corretear, enemistarse, ¿pa qué?__

Se coloca frente a los tamales.

__ ¡Soy patrón! ¡Doy órdenes! Es pa sentirme satisfecho, pero no. Siento como si estuviera donde empecé__

No está a gusto, pero eso no le quita el antojo. Sin hablar, se dedica a comer.

Una fina lluvia cae pertinaz por todo Flores de Arrayán y más allá; por toda la región. La noche se volvió sombría. El aire frío que corre por las calles solitarias entra por las rendijas de las ventanas, lo abarca todo.

La mañana es brillante. El arroyo que parte la ciudad, hasta el tope de agua, ruge; atrae a sus orillas a mucha gente. A simple vista todos están felices. Una pareja lleva a casa a su hijo nacido en la madrugada. La madre, con los estragos del parto, sufre a cada paso que da, pero sonríe.

En la casa Tlacuach, la mañana avanza sin contratiempo. Facunda ha desayunado sola, como casi siempre. Es costumbre que don Herlindo salga muy de mañana a controlar sus negocios. Son las once. Facunda pregunta. Nadie le da razón. Sabe que su padre, a esa hora, atiende su negocio de préstamos al premio. Mientras tanto, la sirvienta quiere terminar su trabajo, por lo que, va y dice lo que sucede.

—Doña Facunda, la puerta del patrón no abre. No se ha barrido__

—¡Pues anda por la llave! ¡Ya sabes dónde!__

Las probabilidades de que encuentre a su padre, en el despacho, está segura, son muchas y va; ahí piensa encontrarse con él. Trata de girar el pomo de la entrada, pero no se mueve. Encendida está a punto de decir una grosería. Pero antes de que suceda. Unos gritos la distraen.

—¡Doña Facunda, el patrón!__

Enojada se dirige a la alcoba, de donde salió la voz que se ha dirigido a ella por su nombre. Pensando que ahí lo verá, va directo a reclamarle. Pero al entrar, en lugar de encontrarse con don Herlindo, que es su padre, lo que encuentra es una escena que así, de golpe no logra comprender. Si

no es, hasta que le gritan, cuando la ven entrar.

—¡El patrón, doña! ¡El patrón se ve desmayado! ¡No se mueve!__

Al instante siente desvanecerse. Pierde sentido todo a su alrededor. Con esfuerzo llega hasta donde lo atienden.

—¡Abran, abran!__

Dice.

Y se pone de rodillas, y hace el intento de reanimarlo. No siente que respire, sus ojos abiertos parecen sin vida. Por otro lado, pero cerca, se ve el plato vacío. Eso indica que cenó los tres tamales. Facunda empieza a dictar indicaciones.

—¡Rápido, el doctor!__

No hay señas de violencia. Don Herlindo aún viste de manera impecable. A los veinte minutos llega el médico. Utiliza sus aparatos y nota que el pulso no existe. Sabe que ha muerto. De pie, desconcertado busca explicarse las causas del deceso; inmóvil. Solo reacciona cuando le hablan.

—¡Doctor, mire! —

Gabrielle, a don Herlindo inerte le tiene separadas las mandíbulas y observa dentro.

— ¡Ahí se ve algo, en el gañote!__

Rápido, con la espátula, el doctor de rodillas toca el objeto. El instrumento recoge partes de masa, y ordena ponerlo boca abajo. Nadie de los ahí presentes esperaba que Gabrielle se montara en la espalda del difunto y golpeara con furia, como lo hizo. Acostumbrada a los arrebatos, muy segura la joven dice,

—En mi pueblo se les desatora con unos cuantos guamazos en el lomo —

De pronto una masa con incrustaciones de diversas tonalidades sale y el grito de Gabrielle, pone en alerta a la hija del extinto.

—¡Patrona, es el tamal de toro pinto!__

Facunda deja de llorar al oírla.

—¿Tamal de toro pinto?__

—¡Sí, doña, el último bocado de toro pinto lo mató!__.

Servando reprocha a Reséndez

—Según se dice, pronto será el marido de la hija de un ricachón__

Servando recuerda las palabras de Fernando para responderle.

—Ha hecho, parece, lo suficiente para merecer__

Encargado interino del proceso para el negocio de la miel, Servando repasa los números bajo el pequeño domo.

—¡Yo me he jodido bastante, besado los pies del señor como has testificado!__

—Don Apolonio, si no bate usté bien el pozol, hasta yo puedo ponerle un pie adelante__

Diciendo lo anterior, el muchacho deja la lista y sale para mostrarle todo el horizonte de la hacienda. Señalando a la lejanía le dice.

—Los conoce desde que llegaron__

Se refiere a la carreta, que se ve lejos, llevando la leña a la casona.

—Ése que la lleva es Tolentino, sigue igual que cuando vino, bueno, un poco mayorcito__

Luego señala a Ubaldo, el estercolero desde que Fernando dejó de serlo, que por allá, lleva en la mancerina el estiércol para batirlo en una composta. Y a él se refiere cuando le dice.

—Mire, ni siquiera ha podido conseguirle barraco a la Cándida, cuantimás__

Servando ha cambiado; el Servando de antes ya no existe. Ahora se aleja por la pradera; Reséndez lo sigue.

—Si les pregunta el porqué, seguritito le contestarán que es por Diosito santo__

Dice Servando.

__ Quién quita, y hasta lo culpan a usté__

—¡Ni que juera yo sus tata!__

Contesta al instante Reséndez.

También Cándida va por ahí, cargando el morral que lleva a su padre. Al verla, Servando se detiene, y con una seña invita a Reséndez a mirarla, para luego decir.

—Don Apolonio, ella, como yo, aprendimos un poquito de cuentas y letras con Fernando. Ya no somos los mismos__

Los papeles parecen invertidos; Servando habla como el jefe, pero no lo es.

—Cuesta cojón y medio, don, aceptar lo bueno de otros__

Por su lado, ocupado en entrenar a los caballos, Tonatiuh lleva de la rienda a un animal y vigila a Reynalda, que da de comer a su marido, el Torito. Servando lo señala cuando se refiere a él, diciendo.

—De caballerango a padrote, de padrote a caballerango. No pasa, ni pasará__

Ambos miran que Tonatiuh, pasa el cepillo sin darse cuenta, que lo hace sobre un ojo del caballo, por estar pendiente de Reynalda; Servando y Reséndez se miran y aquel, hace la invitación de visitar las colmenas. Llegan. Reséndez sólo escucha.

—Usted ya se parecía a esos ricachones que quieren que ansina siga todo igual. Seguro si a ellos del diario les chilla el sartén__

Parado a un lado de la enorme batea, Servando saca una penca, que al meter los dedos con fuerza, hace que la miel vaya corriendo hacia fuera de las celdas; cristalina, gotea espesa. Con la penca chorreando y llevándola a la boca, se dirige una vez más al tozudo hombre.

—Usté lo sabe. Un solo animalito de esos no haría este manjar__

A la luz, la miel que estila, despide un brillo cristalino y cae en cascada en la lengua de Servando. Apolonio está firmemente parado, viéndolo. Luego le da la espalda y se va; al notarlo, Servando lo sigue y le dice.

—Si en vez de enmuinarse con Fernando, usté se hubiera unido a él, otra cosa fuera, digo, como católicos y pobres que somos__

Tratando de alejarse, Reséndez abre el compás, pero aun así, sigue escuchándolo muy cerca, casi en la nuca.

—Para terminar, don Apolonio, note usté cómo los de la alta son unos cuantos, pero bien unidos los maldecidos__

Y, se ve obligado a irse casi corriendo. Cuando ya ha caminado algo, todavía oye sus gritos.

—¡Ya está cerca la bola!__

El ambiente en la marcha al panteón

La calandria ya tiene el ataúd que guarda a don Herlindo Tlacuach Roblada. Es del conocimiento de su hija que a su muerte, tenía el deseo de ser transportado en su carruaje adonde quedarían sus huesos. En vida, solía decir que le gustaban los tirones del caballo. Faltan dos minutos para arrancar al panteón. Una multitud de pobres espera la salida. Antes de salir, aparece Galeano Terceto Fujioka; violonchelista de padre Italiano y madre venida de Japón. Facunda da la orden. Las dos comisionadas, Syanya y Gabrielle, lloran a gritos. El caballo da sus primeros pasos, y, cuando ya empezaba a tomar fuerza, llega el elegante automóvil francés. La pareja Míguez Flament ha llegado. Las comisionadas suspenden el llanto. Todo se detiene.

__ Facundita, vamos todos con tu santo padre__

El que así habla es don Celedonio y aprovecha para ponerle mano en el talle.

__ ¡Vamos!__

Se escucha que vuelve a ordenar con energía.

Al paso se incorporan las mejores familias Arrayenses. Todas buscan la cercanía de los Míguez Flament. Para cuando el difunto está por llegar a su destino, el contingente que lo sigue es mayúsculo. Los más ricos, que son pocos, van al frente; en medio, los ricos a secas, y en la cola va la mayoría. Como no hay un segmento de músicos, Terceto Fujioka camina con los pobres; avanza agachado con las manos atrás. Parece apenado, pero lo que piensa es diferente.

__ Acabó tu orgullo, ¡cerdo!__

Él es muy conocido, aparentemente apreciado. A la par, dos señoras de rebozo negro, por el luto, se refieren a su origen con mucha discreción.

___ Asegún que este seco tiene sangre de chino. Si juera, tuviera los ojos como ellos, recogido ha de ser__

Con recogimiento, don Celedonio camina en medio de su mujer y Facunda. Piensa en el fallecido, quien se atragantó con el último bocado de tamal de toro pinto.

__ Un corriente menos, riquillo a medias, conquistador de mentiras. Gracias grasoso por dejarme a mi Facunda__

Su mujer, doña Mariana, parece recordar algo que le agradó. Nadie ve que sonríe, porque la sonrisa es sutil.

__ Herlindo, feo y corriente__

Piensa para sí.

__ Pero más potente que éste__

Y voltea a ver al marido.

__ Un garañón__

Dice en su mente.

Poco a poco Facunda va deshaciéndose del dolor

Teniendo todavía la aflicción de la reciente pérdida, Facunda, encerrada en la habitación que fue de don Herlindo, busca encontrar la decisión que le convenga. De viva voz recuerda el compromiso y hace de cuenta de que su padre se halla presente.

__ Pa, tú y yo, tragándonos el rencor por ellos, acordamos con los Míguez, por simple negocio__

Sin su padre con ella no puede continuar. Las lágrimas, por más que pretende evitarlas, al deslizarse por sus mejillas son prueba de que sufre.

__Pa__

Le habla con dulzura y deja que el caudal corra libre. Mientras llora, los recuerdos afloran siempre junto a él. Su madre falleció por efecto de su nacimiento, precisamente en el momento en que Facunda nació. Ahora, después del desahogo, la fortaleza vuelve y sonríe. Tal vez recordó algún exabrupto de los dos.

__ Pa, me casaré, pero no por el acuerdo. Lo haré sólo por mi puro

gusto__.

El regalo recibido de Belsasar

—Todo marcha conforme a lo estipulado__

Dice Belsasar al momento que busca entre los papeles. Sin dejar de buscar mira a Fernando y vuelve a decirle.

—Hoy mismo dices a Facunda del regalo de la residencia que se haya junto al Registro Civil__

Fernando se siente de importancia grande; internamente hace cuentas. Y extiende la mano.

—Toma, son los papeles que acreditan tu propiedad__

Su euforia no se nota, aunque sí existe. Sus ojos brillan al momento de contestar.

—Con lealtad, todo el tiempo a sus órdenes, señor —

Después, siempre con el calentano en la mano, espera paciente las siguientes instrucciones.

—Mañana muy temprano partimos a la capital del estado__

Le confía Belsasar.

__ Estaré con todos los cuadros para dar inicio la campaña por el Congreso__

Fernando asienta varias veces con la cabeza; sabe que debe estar pendiente de que nada falte para el acontecimiento. Belsasar le da la espalda al ir a sentarse; diciéndole, siempre de espaldas, antes de llegar a la silla.

—Terminó la panela y el jugo de caña. Necesito traigas también un galón de miel de dedo__

—Como ordene, señor —

Contesta y enseguida se despide; dando los pasos hacia atrás y mirando siempre de frente a su patrón, se retira. Se siente seguro con el

documento que lleva.

Facunda decide la fecha de la boda

—El señor Belsasar ordenó que sea antecito de diciembre —

Las palabras de su prometido la llevan a dudar. Algo en su interior le dice que no responda enardecida.

—Bueno, infórmale a tu señor que no me caso__

—Sin embargo, a la luz de lo que ha pasado, es adecuado__

—¡No metas a mi padre muerto!__

Ante la negativa de Facunda, Fernando se siente con miedo. Su inteligencia se ha bloqueado. Al pensar en Belsasar, el pavor crece. No sabe cómo reaccionará el agrimensor metido a político, por la negativa de Facunda. No puede manejar la situación. Su problema es el miedo que lo atormenta, lo paraliza. Enajenado dice con tono subido.

—¡Los papeles!__

Esperanzado, le entrega a Facunda las escrituras. Y le dice ilusionado.

—¡Nos la dio en regalo!__

Ella no da importancia a los papeles, pero se los queda. Y le dice tajante.

—¡En diez días es la boda!__

Fernando queda rígido, ido. Apenas alcanza a oír, a los lejos, que su prometida habla. Y así se queda.

—Voy a atender a los clientes de dinero al premio__

Y se va, terminando de hablar en el camino, rumbo al despacho que fue de don Herlindo. Ahora ella atiende los negocios.

Gabrielle anda por ahí, dando mantenimiento a los rosales. Lo ve y se sonrie.

Facunda pone en evidencia a don Celedonio

Belsasar y Fernando han salido esa madrugada. El regreso está considerado por ahí de la media noche de ese mismo día. Belsasar presidirá el inicio de la operación para elegir a quienes estarán en la cámara alta del país. Los personajes de la mayor importancia política no

faltarán. En Flores de Arrayán, Facunda ha llegado de visita. Doña Mariana empezó a sentirse incómoda con su presencia. Antes de lo suyo con don Herlindo, compadecía su alejamiento de la realidad. Ahora, en la terraza, los tres ven oscurecerse la tarde.

—Tienes nuestro apoyo —

Don Celedonio toma su mano para ratificar lo que acaba de decir. Por instinto, tal vez, doña Mariana no se distrae. Los ojos de Facunda reflejan mucha luz. Cuando mira su sonrisa, la cincuentona siente que se mofa. Y encima don Celedonio le dice, dándole por su lado.

— Niña, en cuanto lo requieras, al momento estamos contigo__

Facunda se encuentra a gusto. Siente el tenue frotamiento del hombre en sus dedos y lo hace notar.

—Siempre tengo en cuenta sus atenciones. Por ahora me ocupa mi boda con Fernando en diez días__

Dichas palabras dan a doña Mariana tranquilidad, siente alivio. A don Celedonio en cambio la sorpresa lo silencia.

—Con permiso de ustedes. Este día no fue nada común. ¡Basta de emociones! ¡A dormir!__

Dice.

Sin esperar nada más, Facunda se pone de pie y se retira. Se ve contenta.

La reunión en la capital del estado y el regreso a Flores de Arrayán

Le ha dicho que esté cerca de Catarino, que nada más lo vea; ni tan lejos ni tan cerca. De modo que el coronel no le hable ni se las huela. Ciento treinta hombres, acomodados en dos líneas, derecha e izquierda, que salen de la mesa principal, dándole forma a un rectángulo. Las dos líneas se juntan al fondo, lejos, frente a los jefes principales. El coronel se siente cómodo, donde se juntan las líneas. No tiene manera de saber quién lo vigila. Fernando se encuentra en una de las líneas, un lugar antes del vértice. El coronel Catarino tiene dos hombres. Fernando lo sabe, porque ha visto las señas que les envía.

Ya entrada la noche, retornan acompañados de militares con ropas civiles, convenientemente armados. Mostrando confianza, Belsasar dice a

Fernando.

__El acontecimiento dejó ver que estamos fuertes. Otra cosa es que debemos estar muy al pendiente de nuestros rivales. Si pudiéramos precisar sus planes__

—Señor, solicito su permiso.

—¿Qué tienes por decir?__

—La bola llegará, señor; pero el coronel es un peligro de vida para usted__

Son las dos de la madrugada. Belsasar ordena parar el auto. El jefe de la guardia, un sargento primero, llega para preguntar. Quien lo atiende es La Flor.

—El señor va a su necesidad__

Belsasar confirma con la cabeza.

Por una veredita corta, llegan los dos a unos pasos del macizo rocoso. El ingeniero hace todo el movimiento para orinar; a un costado, Fernando le dice.

—Con su venia, compruebo la traición del coronel Catarino para su fusilamiento —

Lo que Belsasar escucha, es un tema para pensarse. Catarino no está solo; pero Belsasar es de carácter, y responde.

—En eso estoy de acuerdo, en cuanto lleguemos habrás de decirme la estrategia, convencerme__

De la luna hace ratos sale la claridad que borra la penumbra del lugar. A Fernando le viene el deseo de desechar sus líquidos y procede. Atento, Belsasar lo espera.

—Señor, con la gente de Los Garabatos tenemos para el asunto__

En el instante en que el sirviente termina su necesidad, Belsasar voltea a verlo. El hombre queda impresionado por la constitución del que está convertido en su mejor hombre.

La discusión y amenazas

Se pregunta, ahora que la ve revisar el pantalón de montar, acomodar las

botas y el fuete cerca de éstas.

__ ¿Adónde irá?__

La dama se coloca el sombrero y observa en el espejo la belleza de sus rasgos. Es entonces que sus hermosos labios se abren para cantar.

__ Allons enfants de la Patrie le jour de gloire est arrivé__

Primera ocasión que escucha a su mujer hablar el idioma. Petrificado, don Celedonio puede testimoniar el timbre soprano de doña Mariana. Y lo que oirá después le paralizará las entrañas.

—En Los Garabatos debe haber hombres jóvenes, fuertes, que me acompañen a trotar__

Al instante, al oírla, don Celedonio ve amenazada su hombría, y más todavía, de ribete su apellido. Siente deseos de asesinar. Con furia animal le grita.

—¡Antes que eso pase, te vas a la calle, muy lejos a morir de hambre!__

No ha terminado, y la señora ya está mirándolo, tan cerca, que el millonario siente los senos en el pecho.

—Cuidado Cele. Piensa en mis hijos, que no se te olviden, ¡cabrón!__

Todavía le levanta un dedo entre ceja y ceja.

—¡Oye lo que te digo, como vuelvas a rondar a la Facunda esa, en mi presencia o no, te los corto durmiendo, hijo de la chingada!__

Aturdido, don Celedonio prefiere salirse. En bata de dormir se sienta en la banca, en la que una noche, no hace mucho, estuviera con Facunda.

El enojo de Belsasar por la renuencia de Facunda

Flores de Arrayán es una ciudad que raya entre lo urbano y lo rural, importante, sí; así que entran y salen carretas, autos de lujos; manadas de burros divagan asentándose donde el verde del pasto da vida. Los caballos no faltan. Como ahora mismo, uno llega a la residencia de gran lujo y dimensión. Lleva sobre sus lomos al hombre de elegante vestir, todo de negro, hasta el sombrero. Al tocar es recibido con gran respeto.

—Adelante, señor__

Deja ahí, en manos del guarda todo lo que pueda estorbarle. Al llegar al despacho, llama. En cuanto toca, pierde la característica de opulencia que

desde años muestra. Con cada éxito su petulancia ha ido en aumento.

—¡Entra, Fernando!__

—Señor, a sus órdenes__

Sin siquiera tomar asiento, Belsasar le dice impaciente.

—Explícame pormenorizado lo de Catarino__

Con el humo que escurre hacia arriba entre los dos, Belsasar escucha dando fumadas al habano. Después de lo dicho, satisfecho, se levanta y le ordena fumar lo que ha sobrado del puro. Fernando toma el cabo y rondándole en la boca todavía el humo, sin previo aviso, le dice.

—Facunda dijo que no. No quería casarse, patrón__

Como un reptil lleno de veneno, el amo se lanza sobre él y lo levanta de la chaqueta. Él, con la voz apenas en un hilo, humillado, le dice.

—Señor, la convencí. Aceptó matrimoniarse en diez días. Creo que le tiene envidia__

Belsasar no dice nada, pero Fernando con el rostro transformado, siente que le da largas. Al tiempo que ya no siente el peligro, el color va volviendo a su cara. Con el cabo del habano en la boca, termina sus argumentos.

—Sé que tiene muchos asuntos por resolver, de la mayor importancia —

Va con tiento para no verse flagelado otra vez.

— La bola es un peligro cercano. La rebelión no tarda, patrón. ¿Podrá hacerse el casorio como lo ordenó?__

El poderoso, de espaldas, hace con la mano en alto, que se vaya. Un hombre armado lo espera en las afueras de la casa. Al verlo que sale de prisa, se alista.

__ ¡Vámonos Nolberto!__

Dice Fernando.

__ ¡A Los Garabatos!__

Lleva coraje. Siente correr por dentro el frío de la muerte. Sube a su

caballo y espolea rabioso, pensando.

__ La muerte no es suficiente. Todos morimos__

Galopa apenas inclinado para evitar el golpe del aire; lleva una mano sobre el calentano y con la otra detiene el ronzal. Los brincos del potro hacen que las alforjas se levanten y bajen, dando tumbos durante todo el camino. Pronto están frente a la entrada de la hacienda; se baja del caballo y pasa la enorme puerta casi corriendo, sin saludar. Uno de los vigías toma las riendas, llevándose el caballo. En la cocina, las del servicio alistan su desayuno.

Reséndez entra acompañado de Servando. Repantigado en el secreter, Fernando les dice.

__Vamos a hacer un remedo de la bola, de aquí a cinco días__

Luego de entre una gaveta que jala, saca tres puros y les reparte. De su encendedor plateado sale la llama que los enciende; suelta el humo hacia arriba y les dice.

__ Es de urgencia para el patrón y de suma delicadeza__

Y durante un rato, en el que fuman a discreción, Fernando habla y ellos dicen que sí. Al terminar, una vez que ha expuesto sus planes, llega el sosiego de su sangre. En la quietud del estudio recuerda a Belsasar Míguez Flament.

Fernando se entera del engaño de Belsasar

Desde su silla, Facunda se estira; llega y pega los labios en la oreja de él; deja que corra un tiempo, como calibrando la fuerza, luego le dice.

__ ¡Con él hicimos un acuerdo! ¡No le vendí mi alma!__

Sucede que discuten lo relativo al casamiento. Ella no resiste cuando se trata de Belsasar. La muchacha dice con encono.

__ ¡Mi socio no decide por mí, socio estafador por cierto!__

Fernando guarda silencio, no contesta ni media palabra. En cuanto terminan la cena, entran al despacho. Lo cerrado del cielo presagia lluvia.

Junto al despacho se encuentra el jardín, con un adoquinado donde se acostumbra la cena. Syanya, de carácter tranquilo, escucha a Gabrielle,

que da la impresión de nunca cansarse.

—Ora que se peló don Herlindo, el chaparrito ése será el mero, mero__

De pronto un trueno parte el cielo con su potencia luminosa. Syanya se ladea; mirando al cielo empieza el rosario y se protege con las manos, y alarmada dice.

—¡Jesús, el dislumbre! ¡Protégenos, Señor!__

Asustadísima, corre al comedor. Por el contrario, la serenidad de Gabrielle le permite terminar el trabajo, cuando enormes gotas caen de arriba.

—Capaz que onde está paradota la Sya se le derrumbe el techumbre__

Con energía, pasa a un lado cargada de trastes lanzando habladas; mientras, Syanya sigue orando hacia arriba, con los ojos cerrados.

Y Gabrielle sigue hablando.

—Tarde que temprano, con dislumbre o sin, vamos pal hueco. Ahí está el gordo de don Herlindo. Un triste tamal de toro pinto lo mató__

Mientras, adentro.

__ ¡Es un traidor, farsante!__

Ésas son las palabras de Facunda que no quiere serenarse; más de pronto dice.

__ Sí, eso haremos __

Ahora va contenta a darle un beso en la boca a su novio, a Fernando que, hasta el momento, todavía no sabe el motivo del carácter cambiante manifestado. Resbalando los labios, de la boca al mentón de Fernando, inclinada, dice.

__ Me la vas a dar media vez estemos casados__

Luego, Facunda se mueve para quedar enganchada sobre las piernas de Fernando, que siente ahogarse; después de acomodarse bien, a su gusto, con una mano se toma los bucles, como si fuera un manojo de hierbas, y la otra desaparece en su escote, saliendo con unos papeles que coloca en la cara del prometido. Fernando tiene enfrente las escrituras del regalo de su protector y el amargo sabor de lo que escucha.

__ Falsas, no existe tal notario. Si lo sabré. Mi pa, que en su gloria lo

tenga el Señor, trabajaba en ese campo__

En Fernando La Flor, estupor es lo primero que aparece, pero también una especie de odio no tarda en llegar. Embravecido dice.

—¡Vamos a casarnos en siete días! ¡Luego notariamos a tu nombre!__

Habla con tal consistencia que Facunda lo mira con satisfacción, lo aprieta por la nuca a su pecho y cerquita de besarlo le dice.

—¡Sí, así se habla, como hombre!__.

Simulación de la bola

Los días se van descontando; faltan cuatro para la boda. Ese miércoles, lo que sucederá por la tarde, ya casi a oscuras, será motivo para que se adelanten planes y decisiones. Algunas vidas inician su final por ello. Fernando se halla encerrado en su despacho de la hacienda; conocedor de todo lo que se avecina, espera; pretende llevar buenas noticias a Flores de Arrayán. Acaba de consultar su reloj, que le marca la seis veintiocho. Va por un habano mientras se imagina lo que sucede en ese camino que viene de la selva. Cuando falta un minuto para las seis con treinta, vuelve a sentarse y saborea el humo del puro importado de Cuba.

La noche anterior hicieron su campamento cerca, a seis kilómetros del rancho Los Melquiades. Son cien hombres; noventa y nueve armados y cien caballos. Ahora han montado. Todos se han embozado. El joven de movimientos finos, pareciera tener un encargo diferente; no tiene arma; un morral de cuero es lo que cuelga por su costado. Los que van al frente, casi no dan Instrucciones. Por la cercanía, se da por sentado que faltan doscientos metros para llegar. Orfanel, uno de los dirigentes, atiza la turba.

__ ¡Vamos cabrones!__

Por sí solo, el tropel de cien animales, aunado a los gritos perturbados de los jinetes, crea sorpresa, pero las descargas, al llegar a las inmediaciones de la casa, llevan miedo a quienes están por ahí. Antonio, alias el Toño, grita mientras corre por toda la cerca.

__ ¡Llegó la bola, desgraciados!__

El joven de maneras finas ha entrado a los Melquiades. Cuando se voltea ya tiene la cámara enfocada en sus cómplices. Otro, picando con las espuelas, apura a su montura al momento que escucha la orden de Iván.

__ ¡Te toca!__

Una vez que ha puesto al caballo en posición, lee un comunicado a duras penas. Eso da oportunidad al fotógrafo de disparar varias veces el dispositivo.

Más tarde, regresan, van por el camino a Flores de Arrayán. Nuevamente son fotografiados. Es hora en que todavía hay gente en los caminos. En total oscuridad desaparecen por donde aparecieron.

El coronel Catarino es apresado

En el cuartel militar, Sofío Quirarte se ha enterado por el periódico, de cierto grupo por la zona de Flores de Arrayán. Las fotografías son contundentes. El cuartel se halla en alerta máxima. Se ha dispuesto un convoy para apoyar en labores de persecución. El general estaba en las instrucciones cuando entró una llamada al teléfono. Todas las miradas se dirigieron a él, que sostuvo el teléfono sin contestar de inmediato; luego dijo.

__ Sí, señor. A la orden, señor. Como su superioridad ordene, señor general secretario__

No dijo una palabra más, bajó el aparato y sin soltarlo, pregunta por el coronel Catarino; que anda franco. Entonces ordena traerlo a su presencia.

__ ¡Que venga a la hora que sea!__

Es noche, las ocho para ser precisos. Lo que el jefe militar no sabe es que, a Peñaloza lo llevan escoltado con destino a la capital del país. El auto, seguido por otros dos, está por salir de Huajuapan de León, Oaxaca, y entrar al estado de Puebla.

De madrugada en la guardia, el oficial a cargo ordena dejarlos pasar. La pluma es levantada y la escolta que regresa con las manos vacías, entra. En el cubículo, se rinde el informe.

__ ¡Negativo, señor!__

Es el parte. El documento se hace llegar con rapidez al despacho de Sofío Quirarte, a quien el subalterno mostrándole el escrito, le dice.

__ No lo localizamos, mi General__.

El casamiento

La tambora delante de los novios garantiza alegrar a todos sin importar de dónde vienen. Sólo importa que estén dispuestos. La sensación de los que miran es que la pareja, sin importar la baja estatura del novio, no encaja. Ya en la entrada de la iglesia, pasando entre algunos, Belsasar los alcanza. Pareciera que su prisa obedece a que le incomoda estar ahí y lo vean. Se pega a ellos y les dice.

__ ¡Mucha dicha, muchachos!__

Es un abrazo, apenas poniendo las manos en los hombros. En su turno, Facunda pega los labios y le dice en el oído.

__ Pena que no puedas dárselo, pero, un beso a Cele, tu padre__

Lo dicho le produce a Belsasar una sonrisa fría. Gabrielle, que siempre está donde debe, no deja de verlo. Belsasar se va y ella con la vista, sigue sus pasos.

Más adelante, por donde se dirige Belsasar, el hombre vestido de caqui suelta la manigueta cuando muere la última nota de la Adelita. Tiene la mala fortuna de topar su cachucha, también caqui, con Belsasar. Todos han entrado a la iglesia, pero Gabrielle sigue con un pie afuera.

__ Pa la música, patrón__

Dice el hombre, subiendo y bajando la cachucha.

A punto de llegar, Belsasar le ordena con la mano, que se quite. Desde el Umbral de la iglesia, Gabrielle que está pendiente, le grita.

__ ¡Así te va a ir en el infierno!__

Sin ver, trata de ir tras él y grita otra vez. Al dar la primer zancada, da de frente a medio paso, con la rodilla de un caballero, lo cual, a este le obliga a dar un quejido apretado. Y, ella le dice.

__ ¡Órale cabrón! ¡Ya le di en el mero macollo!__

El golpeado siente que se le entume la pierna, pero no lo demuestra y a su pesar sonríe.

Terminan celebrando en donde Facunda ha vivido siempre. Los invitados son los empleados, quien quisiera llegar y Servando. Los dos, ella y Fernando, entienden que pasarán los años, pero no serán aceptados en la alta sociedad. Resuelta, Facunda se pone de pie, sonrie mirando a todos, luego levanta su copa. En ese momento, los que llegaron para la

celebración, acaso unos sesenta, también se levantan. Facunda les dice.

__ ¡Salud! __

Y ellos responden con las copas arriba.

__ ¡Salud!__

Como si fuera la señal, la tambora se arranca y la fiesta da comienzo con algarabía.

__ ¡Los petardos, Salustio!__

No se sabe quién lo nombró, pero, Salustio, de su morral, hace aparecer tres carrilleras. Moreno, de piel ajada, camina sobre las sandalias de cuero viejo y, encorvado, va a los rosales. Ahí cuelga las carrilleras; despega de su boca el cigarro que va fumando y prende de un solo toque las mechas entorchadas. Los sonidos secos van uno tras otro como respingos y Salustio apenas logra poner distancia. Facunda se dirige a su marido.

__ Vamos a olvidarnos de todo, que sea para recordar bonito__

Sin hablar, Fernando se incorpora y al hacerlo, grita para suspender la melodía.

__ ¡Mi mujer, la señora Facunda aquí presente y yo, estamos dichosos de estar con ustedes!__

Luego toma de la mano a Facunda, y caminan juntos para bailar. La melodía vuelve a empezar, y ellos bailan, pero de repente hacen un alto, y él con un grito, pide a la tambora.

__ ¡El Alcaraván!__

Y continúa diciendo.

__ ¡Terminando la pieza, hoy mismo comeremos satz!__

Al concluir de hablar Fernando, la tambora se arranca otra vez; ahora a ritmo de zapateado, las parejas bailan con denuedo. Servando siguiendo la costumbre, para empezar el baile, espera un poco de la mano de Gabrielle.

Belsasar se siente ya en el Congreso

La amenaza terminó. Los conspiradores han ido cayendo; uno de ellos, Catarino, tiene ya fecha de fusilamiento por sedición. En principio adusto,

Belsasar dice.

__ Mi general Díez satisfecho, me informan, recompensará mis resultados, lo dijo__

Viéndolo, Fernando sabe que esconde su alegría. Puede ser para no darle el crédito de lo logrado y así no sentirse obligado con él. La Flor, casado apenas un día antes, ya mudó su residencia adonde su mujer, y han debido hablar de los engaños de su patrón, porque ahora su sigilo es mayor, premeditado, difícil; cualquiera sabe que Belsasar es astuto, calculador. Tratando de aparentar que sigue siendo el de antes, Fernando dice.

__ Señor, tiene la vía libre__

Su mirada es de frente y lucha por no demostrar lo que desea. Trata de contenerse porque ya le sudan las manos. Su respiración se torna difícil. Siente que el ojo derecho le parpadea y para evitar, según él, que lo descubra, le dice.

— Sabe usted que deberá cuidarse de sus propios camaradas. Las palabras del general le traerán envidias__

Belsasar responde orgulloso.

—No me equivoco, mi llegada al Congreso es el premio__

Y por fin su expresión cambia. Imagina el futuro entre personajes de gran importancia. Es tanto el realismo que, menciona.

__ La cima __

Desprovisto de la presión del principio, Fernando ya equilibrado, lo ve alegrarse de cosas malas. No le recuerda un acto de alegría sincero. Es cuando teme por lo que pueda venir. Pero el hacendado todavía le dice.

—Ya en el Congreso, tendré mi escolta. Ya los tengo en la lista. Tú atenderás aquí en Flores de Arrayán__

Entonces comprende que debe buscar la manera de protegerse de este que considera un loco, que insiste en sus afanes.

__ Arreglaré mis bigotes como los de mi general. Entonces andaré a pie por todo Arrayán__.

La casa de Belsasar pasa a ser propiedad de Facunda

Los Míguez no la vieron volver, sin embargo, Facunda fue el tema de sus reiteradas discusiones. Los reclamos de doña Mariana son cotidianos, por ese motivo. Por su lado Facunda administra sus bienes y tiene tratos de negocios con gente importante. Los domingos ella y Fernando utilizan la calandria de don Herlindo para pasearse por todo Flores de Arrayán. Son convidados a tertulias y festejos; total, se relacionan con gente de buena posición. Faltan once días para el casamiento de Belsasar en la capital del país. Como lo aseguró hace años a su jefe, el festejo se hará en la casona de Coyoacán. Ya ha informado a La Flor ese viernes que desistirá de su presencia. Al entrar Fernando al despacho que fue de su suegro muerto, Facunda le dice.

__Ya telefoneé al notario en la ciudad de Villahermosa, debemos partir hoy__

Fernando se sienta en el sofá y vuelve a oírla ordenar.

Gabrielle aparece a su llamado. Llega mascando como es costumbre su chicle con olor a yerbabuena. Facunda le dice.

—Te quedas al frente. Vamos a salir. No abras a nadie, sea quien sea__

—¿Ni al de la leche?__

Responde Gabrielle.

—¡A nadie!__

La unidad familiar de los Míguez se agrieta

La noticia que corre trae preocupaciones. Se sabe que antier, en tres estados del norte, aparecieron grandes contingentes armados. Belsasar discute con su padre.

__ Por ahora estamos a salvo__

Dice Belsasar a don Celedonio.

__ Para nuestros enemigos ya sentenciados, éste levantamiento era la señal de arranque__

Doña Mariana entra, pero, al ver al marido, da la vuelta y sale del despacho. Don Celedonio da un respiro al notar que se va. Tiene varios días que Belsasar nota distanciamiento de su madre y pregunta enojado.

—¿Qué pasa, que se ha perdido la unidad aquí dentro?__

—Pasa, hijo, que tu madre anda encelada —

El padre se sirve un vino, bebe y continúa.

__ Me liga con Facunda__

Enfadado Belsasar protesta.

—¡Pregonamos la unidad afuera! ¡Resulta que en privado no hay tal!__

Su padre va también progresivamente mostrando coraje.

—¡Así somos! ¡Así seremos! ¡Quien no esté de acuerdo, nadie lo detiene!__

—¡Ayudaré a cavar la tumba!__

Replica Belsasar antes de salir y de azotar la puerta.

En Los Garabatos ya hablan de la bola

Ese domingo, después de la misa en la capillita de la hacienda, Servando y el Torito platican afuera de la casa de aquel. Al pasar con destino a sus viviendas, otros se van quedando.

__ Pasen pa dentro. Ensíllense, si encuentran__

Les va diciendo Servando.

Tonatiuh encuentra asiento en la mesita y se estira. El olor que sale de un traste hace que busque. El Torito y Ubaldo quedaron sentados en el suelo, con la pared de embarro tocando sus espaldas. Con la camisa en el hombro Servando comenta.

—El levantamiento ya empezó allá, por el norte, dicen__

Tolentino, que juega con una brasa sobre el fogón, responde juguetón.

—Servando, ansina, ¿no será como la pantalla que hicimos el otro día?__

Tonatiuh pasa con el traste y reparte los nanchis, incluyendo al Torito. El torito, es un hombre todavía joven, chaparrón, fuerte; su característica es la facilidad con que se ríe. Nadie lo ha visto enojado. A todo le encuentra algo que disfrutarle. Ahora que se frota en el embarro para quitarse la comezón de la espalda, dice, sintiendo evidente placer.

— Onde que viniera de verdá. ¿No, cumpa Tonatiuh? Pa que téngamos

mucha alegría__

Enseguida se pone de pie y va por el machete que cuelga envainado. Con su propia camisa se emboza. Desenvaina, levanta el brazo y de pronto, tiene el machete arriba de Tonatiuh, desesperado, Servando le grita.

—¡Maximiliano, no, desdichado! —

Pero él, sin inmutarse imita con voz grave y rasposa.

— ¡Soy el coronel Graco, aquí a cargo de este piquete! ¡No los estoy envitando, me los voy a llevar pa que lentren a la bola!__

De inmediato se siente el alivio de todos.

—¡A ver tú, tienes tierra!__

Antes de que Tonatiuh conteste, Tolentino entre risas responde.

—¡Sí, en las pezuñas!__ Maximiliano, el torito, voltea entonces hacia él y camina sin hablar; cuando llega a donde está Tolentino, las risas se extinguen y Maximiliano dice.

—¡Cuántas veces vas con el dotor! —

Al no recibir respuesta, decide que él lo hará, y continúa hablando.

— Que dotor ni que dotor, nomás mascas monte, pa curarte como los chuchos —

Enseguida se corre al centro y dice.

__ Efectivamente, veo que están demasiado jodidos—

Envaina el machete y remeda estar leyendo un comunicado.

—Ándenle, ándenle, sigan de gatos__

Motivado, con el puño en alto, termina diciendo.

__ ¡Vamos a darle; a quitarle a los que tienen demás!__

Servando aúlla, igual los otros; con los puños arriba, entre todos dicen.

—¡Le entramos! ¡Viva la bola!__.

Se materializa la escritura a favor de Facunda

—Sin el documento, no es posible —

Ella ha tratado, desde que se trabó el asunto, de convencerlo. El licenciado se mantiene firme en la observancia de la ley. El fuego que lleva dentro da señales de tomar fuerza y el notario siente el calor de su mirada.

—Es un riesgo, puedo perder el registro__

Dice el profesional.

__ ¿Sólo por ayudar?__

El secretario llega, deja los papeles en las manos del fedatario y le aclara.

—Demasiado exponerse licenciado. Lo que el señor presenta es la fe de edad__

El notario le responde a su ayudante.

—De acuerdo actuario, y considerando la cuantía del inmueble, el peligro se potencia__

Al verlos, Fernando sospecha. El actuario toma nuevamente su lugar. Desde ahí sigue hablándole a su empleador.

__ Lo que usted reparte arriba, sale de sus honorarios. Casi trabaja usted de regalado__

Educada por don Herlindo, para Facunda su dinero es intocable. Sospecha que está en peligro y arrebata la escritura primeramente y después dice.

—Conmigo está segura__

Ante eso, los dos hombres recurren al esposo.

—Conocemos a todos los notarios. No hallarán uno que quiera trabajarles__

La Flor sabe que es una advertencia, y el documento urge. Y decide participar; así es que se dirige a los dos.

—¿Cuánto reparten? Damos eso y los honorarios; una condición__

Como un tiro responden los dos.

—¿Cuál?__

Estupefacta, Facunda no es capaz de hacer algo.

—De aquí salimos con la escritura a nombre de mi señora esposa. Decidan__

El notario deja que su secretario responda.

—En tres horas cuando mucho__

Así fue como la enorme casa, que seguía siendo de Belsasar, cambió efectivamente de dueño.

Cambia la actitud de Belsasar hacia Fernando y Facunda

Belsasar regresa de la capital. Ha mandado arreglar la residencia que ocupará con Eloísa Fernández Rivera, su esposa; una dama bien criada, conforme a los buenos principios familiares; es devota católica. Pero sin embargo, no se ve en ellos el gusto de estar juntos. Fernando no tarda en llegar, Eloísa lo sabe y se retira, por lo cual, dice.

__ Escribiré a mis padres__

Ella es una mujer con grado académico en letras. Proviene de una familia de lo más selecto de la capital del país. El trato con Belsasar es de respeto, mayormente, pero falto de pasión. Cuando ella ya va caminando, Belsasar le responde sin mayor emoción.

__ Recibiré a mi sirviente. Luego saldré a visitar a compañeros__

El pensamiento parece tenerlo lejos, como en otra dimensión; camina pero parece no darse cuenta que lo hace y entra a su despacho. Se sienta y se recarga en el respaldo. Pega la cabeza a la pared, pero no encuentra paz; siente el peso de sus responsabilidades y soledad, mucha soledad. Escucha a Fernando saludar en el pasillo.

— Señor, buenos días___

Pero no contesta el saludo; al oírlo hablar, comienzan a emerger los recuerdos, de lo que él conoce de la vida de su servidor, sobresaliendo en ellos, la lealtad a sus decisiones. Ahora mismo sabe que no se irá, que esperará hasta saber de él. Cuando han pasado diez minutos, da su visto bueno, diciéndole.

—Adelante, pasa Fernando__

Lo recibe con la mano extendida. En la puerta, antes de cerrarla pide champagne. Cierra y regresa a encontrarse con su colaborador, quien lo ha estado observando. Fernando siente espanto, porque descubre que Belsasar habla y cuenta los dedos de las manos, pero luego de un tiempo que no es mucho, reacciona cuando llega la botella. Ha perdido brillo pero no la altivez. El vino y los vasos están ahí, sobre la mesa y él se ha quitado el chaquetín. Sus movimientos son lentos cuando levanta la botella. Fernando sufre esperando un arrebato en cualquier momento, pero no, Belsasar jalando con propiedad, retira el corcho hacia arriba, luego sirve el vino. Con las copas en las manos, entrega una a Fernando y le dice.

—Brindemos __

Así lo hacen. Después de unos pocos tragos, también le ofrece un cigarro y le da fuego. Y beben en silencio un buen rato, hasta que Belsasar dice.

—Fernando, te he pedido lealtad y yo te he engañado —

Ese que habla, piensa La Flor, no lo mira igual que antes.

— He pisoteado tu dignidad__

Oye nuevamente a Belsasar decir.

__ Por considerarte obligado a servirme__

Atento a descubrir otro engaño, Fernando sigue sus palabras, busca sus facciones, su mirada. Descubre que es el otro Belsasar, que inesperadamente le confiesa.

—El notario de la escritura no existe. Te quitaría la casa en cuanto lo considerara__

—Señor, siempre he sido pobre. Me han enseñado que siempre seré pobre porque sí__

Belsasar camina. Da un último trago, se vuelve a dejar la copa sobre la mesa, se acuerda del chaquetín y antes de ir por la prenda, la busca de reojo. Cuando camina para recogerla, le dice.

—La casa es tuya. No es regalo. Es en pago a tu servicio inteligente—

Se coloca el chaquetín y después lo invita a ir juntos.

__ Hacia los compañeros__

Le dice.

Caminan a la par, a veces en las banquetas, otras abajo. Flores de Arrayán está perfectamente iluminada por el sol de la mañana. Los dos visten de negro, pero diferente. Un sombrero calentano contra uno de copa alta. Belsasar habla y Fernando responde.

—Estuve con nuestro general Díez. Me citaron para instruirme. Fui elegido para el Congreso__

—Más que merecido, señor __

Llegan adonde dijo que iban. En cuanto entran, los hombres sentados se levantan con uniformidad.

Pasados varios minutos, al cabo como de veinte, salen de la congregación.

Van de regreso por donde llegaron, pero inesperadamente, Belsasar dice.

—Me nace presentarle mis respetos a tu esposa__

Fernando se sorprende al oírle, pero, más sin embargo, reacciona con prontitud; aunque vacilante, le dice.

__Señor__

Trata de ganar tiempo para serenarse y poco después con mayor aplomo, vuelve a decir.

— Su presencia nos valora ante los ciudadanos__

Belsasar sonrie, da palmadas en su hombro y luego tuercen el rumbo, para tomar con destino a la residencia que un día fuera del extinto prestamista don Herlindo.

Fernando baja el calentano y lo sostiene por la copa, pegándolo a su pecho por su costado izquierdo, a la altura del corazón; lo sostiene con la mano derecha; inmediatamente Belsasar saluda la cortesía, alzando el sombrero de copa, moviéndolo ligeramente hacia adelante. Con la puerta abierta de par en par enfrente de ellos, Fernando lo invita a pasar primero. Aunque Belsasar entra en primer lugar, Facunda que anda en el área de los rosales, al que ve primero es a Fernando. Todavía ella se toma de la barbilla extrañada. Cambia la vista hacia Belsasar; al verlo, no es fácil saber qué pensó. Con la vista, Facunda busca respuesta a su confusión. El tramo que falta antes de que lleguen a ella, le da

oportunidad a su pensamiento de imaginar de todo. Eso sí, la sonrisa del marido le parece buena señal. El momento llega. Belsasar se baja el sombrero y dice.

—Facunda, buenas tardes __

Ella va a responder, cuando de súbito, Gabrielle llega con el pedido.

La muchacha llegó, como acostumbra, con sus gritos y gestos intensos; llegó con alborozo. Pero ante la cercanía con Belsasar, los insultos claman por salir de su boca y opta por irse de ahí. Es notorio su coraje, al darse la vuelta y largar sin hacer el entrego. Entre tanto, impresionado, Belsasar le dice a Facunda.

—¡A esa muchacha le sobra carácter! __

Mirándolo a los ojos, sin distraerse, Facunda no le contesta, entonces, turbado Belsasar le cuenta de la reciente visita a sus compañeros, de donde vienen con Fernando. Teniendo cerca a Facunda que no ha dejado de mirarlo de frente, termina sin recibir respuesta. Parece como si los elementos de una tormenta estuvieran preparándose para agitarse con fuerza asesina, destructora. Fernando lo sabe por eso dice.

—Doña Eloísa esposa y señora del Ingeniero te manda saludar __

—La he visto de lejos algunas veces__

Responde Facunda.

Sin dejar de ver a Belsasar

__ Su apariencia es angelical, de buena gente, ojalá y la divina providencia la proteja__

El general Víctor Huerta Iannone gana la presidencia del país

Desde hace varios años la inconformidad se ha ido elevando. Hoy ha llegado al punto de que una élite de militares se ha sumado a campesinos, artistas, obreros, pequeños comerciantes y población en general. Los aires de revolución corren desde el campo hasta las ciudades de toda la nación. Para terminarla, se adelantarán las elecciones. El general Díez confía en alargar su presidencia. Hay un hombre que piensa lo contrario: el general Víctor Huerta Iannone. Impulsado por una parte del capital nacional, el general Víctor tiene posibilidades de ganarle.

La junta de elecciones se ha declarado lista. Mañana por la noche los ciudadanos habrán decidido. En Flores de Arrayán hay nerviosismo. Belsasar no ha podido dormir bien y prefiere caminar por la estancia. En el

reloj de pared han sonado las cuatro de la mañana. Cinco horas más tarde, Fernando llega para irse al centro de mando. Ya entrada la noche, el ambiente es tenso. Los rumores corren y los disturbios son una amenaza. En la madrugada del día siguiente, ocurre lo impensable. Por el telé-fono, Belsasar se entera. Víctor Huerta ha salido victorioso; sin embargo, él ha llegado al Congreso. Su celebración es a medias. Se sabe que en todo el país hay algarabía.

La desaparición de Servando y Gabrielle

—¡Señor, la bola toma fuerza! __

Hablando, Fernando ha llegado corriendo con "El Sureño" en la mano. Gacetilla en mano, ávido, Belsasar corre las páginas. A punto de dar su comentario, llega Reséndez. Quien le dice.

—¡Patrón, Servando no amaneció! No se sabe qué pasó. Si se fue u qué__

Fernando reacciona; ordenándole.

—¡Búsquenlo en las cercanías! ¡Nomás tenga las órdenes del patrón, los alcanzo!__

Apolonio se va.

El diputado electo da vueltas. Lee la nota y piensa, luego con satisfacción, se dirige a La Flor.

—¡Perfecto! No todo es en contra —

Se refiere a la bola.

— Mira que éstos son otros, si no, ¿por qué seguir alborotando?__

No obstante, al recordar el pasado, la poca alegría termina. Se acuerda de que sus enemigos tienen un poder enorme y él acabó con Catarino Peñaloza. Se voltea para decir algo a La Flor, pero se detiene al entrar Facunda con la escandalera.

—¡No aparece, no está!__

Los rulos se estrellan entre sí, por efecto de los movimientos bruscos de la mujer, que habla con desesperación. Angustiada, le dice a Syanya que va con ella.

—¡Cuéntales, diles!__

Agarrada de una de sus trenzas, Syanya juguetea; mirando su guedeja, sin levantar la vista, con cierto temor les dice.

—Pos me dijo que ya staba hasta la madre. Ansina me lo dijo, nomás así—

Con cierto rubor expresa a los hombres.

— Yo le dije, ai lo mirás__

Retomando el asunto, Facunda se expresa con firmeza.

—¡Ya buscamos! ¡Preguntamos! ¡Nadie sabe!__

Para ese entonces, Syanya ya ha entrado en confianza, y terminando Facunda entra ella, diciendo.

—Pos como es arrecha, ¡al saber sino se jue con un caballero!__ Preocupada, su patrona se lamenta.

— Es recomendada de mi pa. ¿Qué le voy a decir a su mamá?__

Lamentándose, como llegaron se van. Al verlas que se retiran, Fernando reacciona.

—¡A quién buscan! __

—¡A la Gabrielle! __

La amenaza a Belsasar

Ha llegado el momento del discurso. El nuevo presidente, general Víctor Huerta Iannone, ha tomado posesión. Belsasar, junto con sus compañeros, conversa y apenas pone atención. Su estado cambia cuando el general termina con el puño levantado.

__ ¡Los enemigos de la nación, los que la han saqueado, pagarán!__

Siente que el temor camina por todo su interior. El general tiene fama de vengativo, que odia con facilidad. Dando con el puño sobre el atril, el presidente finaliza con una sentencia.

__ ¡No tendrán descanso, ni un lugar para esconderse!__

El presidente Iba a retirarse, pero el escolta le habla al oído y retoma el

discurso.

__ ¡A los bandoleros que pululan por los caminos de este gran país, les advierto!__

Los noticieros acaban de informar de la marcha de grandes turbas, a esa hora, en casi todos los estados. El general termina con una sentencia, diciendo.

__ ¡Serán aniquilados!__

Al ser despedido, el presidente va para afuera entre dos líneas de legisladores. Con apretones de mano, avanza. Frente a Belsasar, dirige las siguientes palabras.

__ Los conspiradores serán los primeros__.

El discurso de Belsasar

La inestabilidad sigue creciendo hasta el punto que ya se dan enfrentamientos. El ejército persigue a los alzados. Hay mucho miedo. La gente sale atemorizada a la calle. La región de Flores de Arrayán no es la excepción. A Fernando se le asigna el cuidado de Eloísa. Por eso, de Los Garabatos ha traído doce hombres armados que vigilan día y noche, turnándose. Hay noticias de que el ejército aprovecha la revuelta para desaparecer enemigos.

Confiado en su estirpe, el diputado Belsasar se lanza contra el gobierno con un discurso provocador, que dice.

__ ¡Es un gobierno asesino, que destila odio; un gobierno que mata aprovechando la confusión, como si estuviera ebrio con una pistola en la mano! __

Esa mañana, en la primera página de todos los periódicos de la capital del país, se lee: “Discurso incendiario del diputado Belsasar Míguez Flament”, y abajo, la fotografía del momento de sus palabras en el congreso, vestido de traje en color azul marino. En Flores de Arrayán, herido desde siempre por la arrogancia de Belsasar, gobierna un político de bajo perfil. Justo lo que necesitan sus enemigos.

Convencido de hacer lo correcto, apoyado en el impacto nacional de su discurso, Belsasar va a las plazas públicas gritando contra la violencia del gobierno y llamándolo “asesino”.

El peligro es real. Resguardan a Eloísa. Fernando y Facunda

desaparecen

__ Señor, se ha expuesto demasiado__

Le dice Fernando.

__ Rondan hombres desconocidos, preguntan por su familia, amigos y empleados__

Belsasar escucha, pero confiado en el poder de su posición social, decide hacer una última declaración.

—Bien, en Flores de Arrayán daré el discurso final__

Fernando sabe que todo está de más, que no hay ni antes ni después, y siente otra vez el frio de la muerte. Tratando de hacerlo desistir de seguir en contra el presidente, le dice.

—Don Belsasar, patrón, sus camaradas lo abandonaron__

El comentario de su empleado lo decepciona; dejándose caer en una de las sillas, lo obliga a retirarse, pero antes le responde.

—Lo haré, no hablaré mas__

Dice desencantado, desmoralizado.

__ Y tú, has lo tuyo__

—Patrón, encomendaré a Reséndez buscar refugio para su señora esposa, debe ser mañana__

Belsasar ya no pone atención a lo que dice Fernando; ya no lo escucha. De un momento a otro dejó de ser el imponente hombre con poder. Poco a poco se ha dado cuenta de su realidad.

Eloísa sale de su casa. Va vestida sin extravagancia y lleva una canasta. Con toda normalidad hace compras en un puesto de dulces. A la orilla del pueblo, a seis cuadras de donde camina, un pequeño vivero ha abierto sus puertas. Sin demostrar ninguna prisa llega hasta allá. De pronto le hablan.

__Señora, debo llevarla. Nos esperan__

Es Ubaldo, que, luego por delante, la conduce por caminitos de vereda. Cuando estos terminan, los dos quedan en un pequeño claro. Del carro viejo que se encuentra, en apariencia abandonado, sale Reséndez, que va

directamente a ella, y a buena distancia, le dice.

__Suba señora. Nos vamos ahora__

Ayudada por Reséndez la dama entra al carro; cuando Reséndez voltea, Ubaldo ya ha desaparecido. El destino es Guatemala. Al anochecer estarán en la línea para ingresar, también por veredas. El chofer da marcha adelante.

Belsasar aparece muerto en Los Garabatos

La casa grande del rancho, Los Melquiades, arde. Un tumulto de hombres a caballo y armados asaltan el rancho. Once jinetes corren y le dan vueltas con el grito victorioso de.

__ ¡Viva la bola!__

Era una noche serena hasta que aparecieron. Temerosos por los acontecimientos recientes, que presagiaban violencia, la familia de hacendados se mudó hace días a Flores de Arrayán. Con el correr del tiempo, satisfechos por lo logrado, se reagrupan al mando del líder; contemplando entre la oscuridad las llamas que se alzan sobre la casa, escuchan un grito.

__ ¡Vámonos!__

Y toman el camino que se sabe, va a donde se asienta la propiedad, Los Garabatos.

Se desplazan con orden, a oscuras y en silencio; sus cuerpos enganchados sobre los caballos, suben y bajan, según el trote de estos. Casi para llegar, del contingente sale uno, espoleando a la bestia, llega junto al que va a la cabeza; algo le dice, porque el tipo levanta el brazo y dice.

__ Despacio, ya llegamos __

Caminan un pequeño tramo más, y quedan a la puerta de la hacienda. Al notarlos, los guardias gritando, salen corriendo a parapetarse.

__ ¡La bola! ¡Llegó la bola!__

Poco a poco los habitantes se enteran y corren hasta hacer un grupo en la oscuridad. Mientras, afuera se escucha la instrucción.

__ ¡Quémenla! ¡A la gente no la toquen!__

Adentro el gramófono ha sonado todo el día y parte de la noche. Por las ventanas abiertas entra el aire que satura de frescura toda la casa.

Truenan los balazos de advertencia. La lujuria está presente en los gritos de los bandidos, quienes huelen sangre. Unos recorren a toda carrera parte de la llanura. Por la negrura de la noche sólo se oye el tropel de los caballos y resaltan las antorchas que llevan levantadas. Los que se quedan prenden fuego a la casa principal. La realidad los motiva a destruir con desprecio. Ocho de ellos desmontan para meterse a la casa antes de que la lumbre tome fuerza, y buscan a un hombre.

__ ¡Eh!__

Grita el que entró al despacho.

__ ¡Se adelantaron! __

Llegan los otros, que se quedan parados, expectantes, hasta que alguno dice.

__ ¡Ándale cabrón! Te trataron bonito. No, si una vez que te señalan, no hay pa dónde jalar__

Ahí yace sobre una silla. Su vestimenta es de lujo; tiene las piernas cruzadas y el sombrero de copa en el regazo. De su sien corrió un río de sangre que pasó sobre el bigote parecido al del general Díez. Para estar seguro, el jefe alumbra la faz con el afocador y su odio se transforma en dolor; con pesar, habla.

__Con el tiro bastaba. No había necesidad de mas__

El rostro tiene varios cortes que hicieron caer la piel a ambos lados; vienen desde la frente hasta el final de la cara. Le destrabaron las mandíbulas para sacar la lengua, que se ve negra por la enorme presión del alambre enrollado. Impresionado todavía dice.

__Y se lo hicieron en vida__

Luego apaga el foco y en el momento que decide sacarlo, el gramófono vuelve a sonar por algún motivo.

__ ¡Lleven a don Belsasar a uno de los jacales, pero antes quiten el alambre de su lengua!__

A caballo, Belsasar Míguez Flament llega al que fue el jacal del estercolero, Fernando La Flor. Sobre un petate quedan sus restos en el piso de tierra.

Ebria y con visiones, Facunda se va de su casa por terreno

peligroso

Ha perdido a su padre a causa de un ahogo. Sus bienes ya no son suyos. El marido, desaparecido piensa ella, muerto, sin saber en qué barranco de aquella serranía. Tiene lo que pudo llevar de efectivo; pero ahora llora. Habla sola. Por eso las otras mujeres la abandonaron. Facunda sigue tomando alcohol hasta que sale corriendo a la puerta. Ahora ríe, pero después habla.

__ ¡Pa, pa, volviste!__

En realidad no hay nadie; pero ella insiste.

__ ¡Pa, papito, te necesito!__

Con claridad se da cuenta de que don Herlindo voltea para irse. Y entonces llora y corre gritándole.

__ ¡Si te vas, me voy contigo! ¡No volverás a dejarme!__

Facunda se va de su casa. Aparentemente, con su padre van cuesta abajo, por donde están al acecho, los peligrosos desfiladeros.

Servando Y Gabrielle Salvan A Fernando De Ser Colgado

__ ¡Calma, sosiégate Tito!__

El que habla, además del rifle, carga un machete en el cinto. Picando dos veces con las espuelas, adelanta su caballo y queda entre Fernando y siete hombres que observan a este, con ansias de matarlo. Se supone que Tito es el encargado de ejecutarlo, porque se ha detenido y hurgando al prisionero les dice.

__ La facha de éste no parece de peligro__

Otro se despega por el lado contrario y ofrece su versión.

__A yo se me hace conocido. Sí es, lo vi allá abajo junto al ciudadano una vez que juimo a Flores. Antonces le demo lazo __

Desesperado, el sentenciado quisiera hablarle con los ojos. Ha entendido que puede ser asesinado por los suyos. Todavía el tipo se arrima, juzgándole los ojos. La vida de Fernando por instantes parece haber llegado al final. Está a un golpe de caballo. El del machete toma las riendas y de esa forma le da un respiro al que está a punto de ser colgado. Algunos comienzan a mostrar aburrimiento y dan inicio al

desorden con el grito de.

__ ¡Lo ahorquemo ya!__

Ante tal fuerza, el del machete suelta la brida. Tito vuelve a colocarse y se quita el enorme sombrero para azuzar a la bestia. En eso, al golpe de la grupa, entre el grupo y Fernando, una pareja se abre paso a caballo; espantado, el hombre dice a gritos.

__ ¡Nandito, don Fernando! ¡No, es de la plebe!__

Son tan potentes los gritos que el del machete se abraza al colgado, aunque el caballo que lo sostiene no termina de dejarlo al aire. Un machete con filo de navaja corta la reata arriba de su cabeza y también las amarras. Libre, Fernando quitándose la mordaza corre junto a los jóvenes, diciéndoles casi con devoción.

—¡Servando, Gabrielle, por voluntad divina llegaron!__

—Es que a mi señora le llegaron las ganas de ajuerear. Por eso nos quedamos. Ni modo de dejarla sola, con tanto mañoso por ai__

Responde Servando.

El que había tomado la brida habla con fuerza en busca de una respuesta para todos.

—¡A ver colega! ¡Cómo es eso de que es de los nuestros! ¿Pues de que raiz viene?__

Tito no se ha movido. Sigue en la trasera del caballo. La cuerda ha sido cortada, pero lazo es lo que sobra, y el caballo ha sido puesto en el mismo lugar. El único que lleva dos cananas cruzadas al pecho, montado arma una soga y al mismo tiempo fuma y habla sin agarrar el cigarro.

—Es correcto así como interroga el compañero Pepe Luis, de los Flores; de los merititos Flores de El Remate. Ya lo creo__

Como antes, Pepe Luis detiene la rienda. Ahora solicita al acusado, diga cosas que obren a su favor.

—¡Diga lo que tenga que decir, pues! ¡No ve que tenemos duda y andamos con ansia!__

Sus palabras hacen que la inconformidad regrese a la multitud. Y vuelve a insistir amenazador.

__ ¡Que diga de una vez o lo colgamos!__

Ante tal actitud a Fernando no le queda otra cosa que decir.

—¡Yo soy Fernando La Flor, sirviente de don Belsasar Míguez Flament! ¡Eso me tiene aquí, perseguido por el enemigo y a punto de ser colgado por ustedes!__

Pepe Luis Flores con la cara dirigida a sus socios, vuelve a intervenir.

—Pos sí, ya lo conocíamos de nombre. Onde íbamos a saber que era usté —

— Además pues__

Continua.

__ Esas historias que sabemos, nos hicieron pensar en un pelao bragao, raizudo, que al mirarlo diera ganas de salir corriendo__

Las risas del grupo hacen que vuelva a hablar.

—Perdone a los compas, es que tiene usté una facha que no espanta—

Las risas vuelven, pero, esta vez son menos. El llamado Tito, mudo hasta ahora, prende la alarma de nueva cuenta al preguntar con picardía, atrás del caballo.

—Nandito, allá abajo hay una casita nueva. Aparte, nada más que se sepa, ¿verdá?__

Entonces Servando también quiere saber.

__ Nandito, tú eres de ley. Diles__

Nervioso, sabiendo que no puede callar, automáticamente mira a Gabrielle antes de complacerlos; sin dejar de verla les dice.

—Vive ahí Cándida —

Con la confesión, Servando ha comprendido el asunto, pero, a un lado de su señora, guarda silencio. Fernando observa a Tito, quien en ese momento se prepara un cigarro, luego, deja de mirarlo y dice para todos.

— Huyendo por las amenazas nos venimos pa acá arriba. Colaboraba conmigo en Los Garabatos__

Señalando el rumbo, Pepe Luis interviene diciéndole.

—Cuando lo hicimos preso, usté confesó venir de como a una legua y media, que ahí vive__

Servando podría intervenir para terminar el mal suceso y despedirse, pero la duda lo atormenta y con un grito lo obliga a seguir.

—¡Nandito!__

—Efectivamente, señor__

Contesta Fernando.

__Ahí vivo con mi señora, doña Facunda Tlacuach__

Sin previo aviso, los gritos de Gabrielle a medio metro, retumban en sus tímpanos.

—¡Hombres maldecidos! ¡Todos son iguales!__

Inmediatamente se oyen los gritos de celebración de los alzados, que levantan el puño y azuzan a sus bestias en señal de victoria. Los gritos suenan como gritos de guerra.

Fin